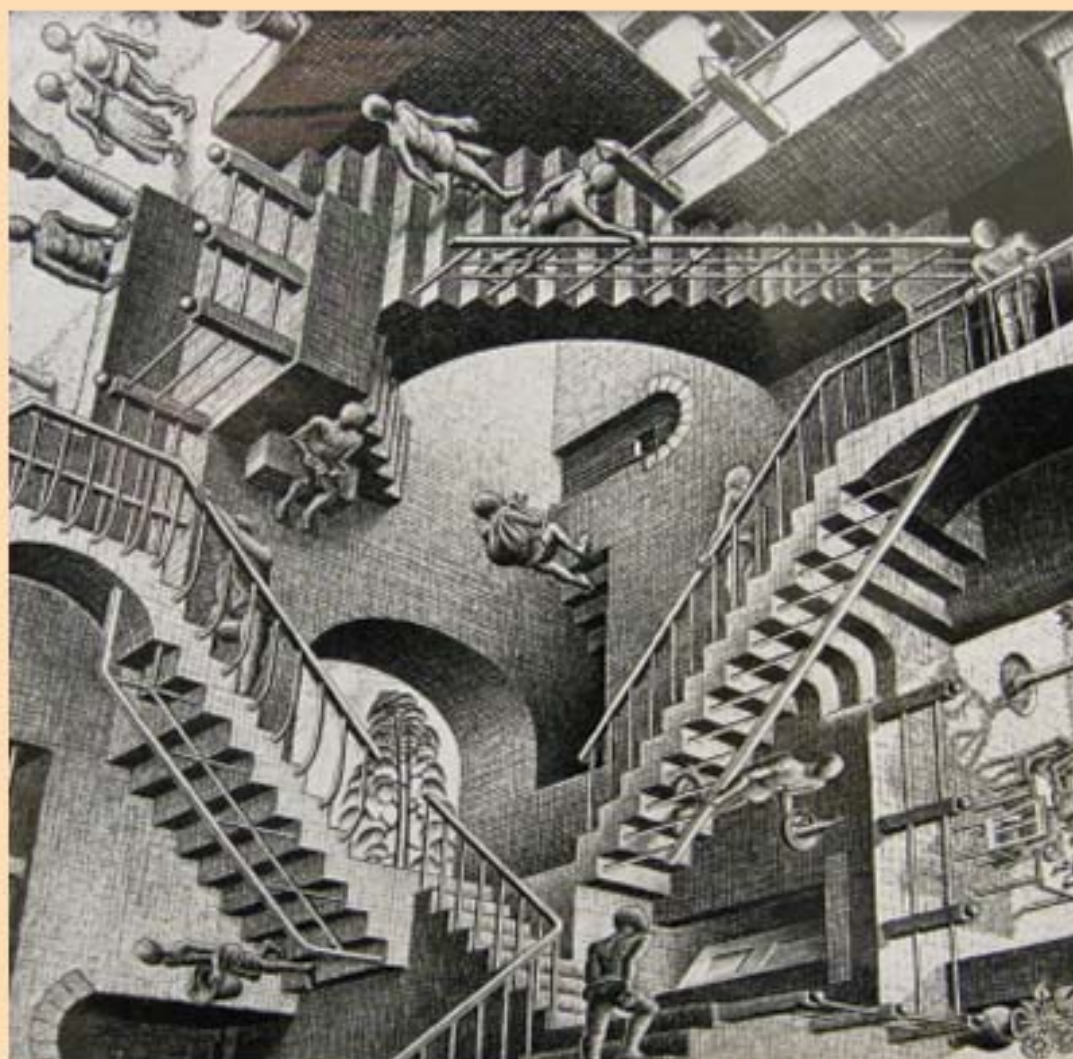


# **OTRAS REALIDADES II**

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL ARMARIO DE LA CASA DE MI ABUELA	3
EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA	10
LA PUERTA	20
CASO CERRADO	36
EL PUENTE	56
SOMNIUM	71
LAS DOS MANOS	80

## PRESENTACIÓN

Dentro de los diversos subgéneros en los que se divide la ciencia ficción, uno de los que siempre me han interesado más ha sido sin duda el de los universos alternativos, ya que me permite dar rienda suelta a mi imaginación sin salirme de los límites de la ciencia ficción -y sin caer por lo tanto en el campo de la fantasía- sin estar constreñido por éstos. No muy diferentes son las ucronías -basta con cambiar otro universo por otra línea temporal-, gracias a las cuales me es posible conjugar la ciencia ficción con otra de mis aficiones, la historia, entremezclándolas a mi gusto sin miedo a que el resultado pudiera ser poco o nada verosímil. Así pues, encuentro justificado agrupar ambos tipos de relatos en una única categoría que he venido a denominar -no sé si acertadamente- las otras realidades.

No ocurre lo mismo, a mi modo de ver, con los relatos correspondientes a los viajes por el tiempo; aunque se trata sin duda alguna de un subgénero cercano, he preferido presentarlos por separado al contar éstos con unas características propias diferentes a las de los universos paralelos y las ucronías, ya que en estos últimos no nos encontramos con ningún tipo de desplazamiento temporal en la misma realidad -cambiante o no, según el caso-, sino con realidades alternativas, bien sea en otros universos o bien en líneas temporales diferentes a la nuestra.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en dos volúmenes, siendo éste el segundo.

*José Carlos Canalda*

## EL ARMARIO DE LA CASA DE MI ABUELA

Dicen que una de las señales más evidentes de que estás empezando a hacerte viejo es cuando comienzas a recordar con nostalgia los tiempos ya lejanos de tu niñez, y algo de verdad debe de haber en ello dado que, a mis cincuenta y tantos -por fortuna todavía pocos-años ese síntoma ha empezado a manifestarse con una intensidad creciente. Qué se le va a hacer... como dicen también, de forma tan mordaz como cierta, tan sólo hay una cosa peor que cumplir años, y es precisamente dejar de cumplirlos.

El caso es que todavía hoy recuerdo con total nitidez la antigua casa de mi abuela, tan vinculada a mis andanzas infantiles. Ocupaba parte de la planta baja de un viejo caserón situado en pleno casco antiguo de una pequeña y somnolienta ciudad castellana, y en ella había fallecido mi abuelo mucho antes de que yo naciera, se habían criado mi madre y mis tíos e incluso había dado tiempo para que yo mismo llegara a nacer en ella. Esta casa ya no existe, puesto que el edificio fue demolido hace años siendo reemplazado por uno nuevo mucho más impersonal y, por supuesto, para mí completamente ajeno.

La casa de mi abuela era en su mayor parte interior, ya que la única parte de ella que daba a la calle estaba ocupada por la tienda y la trastienda de mi tío. Aunque las ventanas de la cocina y el pasillo se abrían al patio de la finca, las principales habitaciones, siguiendo la costumbre antigua y, al parecer, por temor a las perniciosas corrientes de aire, no recibían más luz natural que la que les entraba por sus respectivas puertas. Según los criterios actuales sería decididamente incómoda, pero allí se habían criado varias generaciones de mi familia y con su desaparición se irían para siempre buena parte de mis referencias infantiles, supervivientes tan sólo en mis propios recuerdos.

Aunque yo vivía con mis padres en un edificio de nueva construcción, las visitas a la casa de mi abuela eran muy frecuentes, por lo general en compañía de ellos aunque en ocasiones, mucho más esporádicamente de lo que yo hubiera deseado, se me autorizaba quedarme a comer allí o, todavía con menor frecuencia, incluso a dormir. La distancia entre ambas viviendas, la mía y la de mi abuela, no iba más allá de unos diez minutos andando, pero a mí me parecía viajar a otro mundo.

Sin embargo, hubo una ocasión en la que experimenté en casa de mi abuela una sensación extraña. Fue en pleno verano, allá a mediados de los años sesenta, cuando yo tenía alrededor de seis o siete años. Estaba de vacaciones, y como todavía no se había generalizado ir a la playa y toda mi familia era de la ciudad, por lo que tampoco quedaba el recurso de trasladarnos al pueblo, pasábamos los largos y calurosos meses del estío en casa. Aunque yo solía jugar con los vecinos de mi edad en el solar existente frente a mi casa era inevitable que acabara aburriéndome, por lo cual una visita a casa de mi abuela solía ser el

mejor revulsivo contra la rutina. Y si además me dejaban quedarme allí, miel sobre hojuelas.

Bien, el caso es que ese día me permitieron quedarme a comer, quedando bien claro que por la tarde irían a recogerme y que bajo ningún concepto me dejarían quedarme a dormir, tal como yo hubiera deseado. Menos daba una piedra, así que acepté.

Mi abuela me dio de comer y luego me dijo que debería echarme la siesta. Eso ya me agradaba menos, pero era algo que entraba dentro de las condiciones establecidas por mi madre y, por supuesto, no quería arriesgarme a que un conato de desobediencia arruinara la posibilidad de obtener permisos futuros. Además a esas horas el sol caía a plomo en la calle, mientras la única cadena de televisión existente entonces interrumpía la emisión tras la sobremesa no volviendo a reanudarla hasta bien entrada la tarde, con lo cual las posibilidades de diversión alternativas no se podía decir que fueran tampoco demasiado interesantes.

Así pues me acosté en la cama que solían reservarme cuando dormía allí, en la habitación que había ocupado mi tío hasta que se casó y se marchó a vivir a su nuevo domicilio. En realidad ésta era poco más que un ensanchado pasillo que enlazaba la parte de la casa donde se hacía la vida, como se decía entonces, con el lóbrego comedor que apenas se usaba y, cruzándolo a su vez, con la tienda y la trastienda de mi tío. La habitación, estrecha y de pequeñas dimensiones, apenas daba para poco más que para colocar la cama a un lado del paso y un pequeño y derrengado armario al otro.

Me dormí, pero recuerdo que mi sueño fue agitado. Desperté tras un período de tiempo indeterminado, arrullado por el silencio que se respiraba en la casa. Mi abuela probablemente dormía en la habitación principal, y no era mi intención despertarla. Pero yo no conseguía volver a conciliar el sueño, y estar en la cama me incomodaba con esa impaciencia infantil que impide a los niños estarse quietos un solo momento. No hacía más que revolverme en la cama cuando, al fijar mi vista en el armario, descubrí, en el seno de la semipenumbra que envolvía la habitación, algo que no encajaba: el armario, más estrecho que el hueco de la pared en la que se apoyaba, siempre había ocupado el rincón derecho de la misma, junto a la puerta que conducía al comedor. Pues bien, ahora se encontraba justo al lado opuesto, a la izquierda, en la parte que daba al interior de la casa.

Aunque este hecho me llamó la atención, no puedo decir que me intrigara especialmente. De hecho, mi mayor interés en ese momento se centraba en abandonar la cama, que de repente semejaba haberse convertido en un dogal, y vagabundear en busca de alguna distracción. Y así lo hice, tras vestirme y calzarme, ya que la casa era fría como todas las antiguas y mi madre siempre insistía mucho en que no anduviera descalzo para no acatarrarme.

Puesto que mi abuela dormía, o al menos eso suponía, en la parte de dentro de la casa, encaminé mis pasos hacia el otro lado, ya que no quería despertarla ni, mucho menos, que me regañara por haberme levantado antes de tiempo. Así pues, desdeñando el aburrido comedor, me interné en la tienda de mi tío, que a esa hora estaba todavía cerrada.

Mi intención no era otra que la de jugar un poco sin tocar nada que me pudiera suponer una reprimenda, pero lo primero que hice fue echar un vistazo por los cristales de la puerta, que estaban abiertos a la calle ya que mi tío sólo acostumbraba a echar los cierres por la noche.

La calle, o mejor dicho las calles, puesto que la tienda se encontraba frente a un cruce de dos de ellas, se mostraba, como cabía esperar, desierta. Aburrido recorrí con la mirada los familiares edificios cercanos; y fue entonces cuando sentí de nuevo la inquietante sensación de que algo había cambiado. Las casas eran todas las mismas, de eso no cabía la menor duda, pero presentaban un aspecto que, incluso bajo el prisma de mi limitada capacidad de discriminación, las mostraba diferentes. En esencia aparentaban ser más viejas o, por decirlo con mayor exactitud, presentaban un aspecto de abandono que las hacía parecer mucho más deterioradas de lo que yo las recordaba, sensación que se repetía con el propio pavimento.

En ese momento un peatón cruzó por la acera de enfrente, doblando la esquina para tomar la dirección que conducía a la cercana plaza. En principio nada de particular tenía esto, salvo que allá afuera debía de hacer un calor de justicia, pero me llamó la atención lo furtivo de su caminar; parecía como si huyera o, cuanto menos, como si recelara de algo, ya que mientras caminaba no dejaba de echar intranquilas miradas en torno suyo y hacia atrás.

Pero pronto me aburrí de mi escrutinio, por lo que decidí dedicarme a actividades más entretenidas. Cogí una de las hojas de periódico que usaba mi tío para envolver -los tiempos de las bolsas de plástico todavía no habían llegado- y, tras cortar lo que sobraba, me enfrasqué en la trascendental tarea de hacer con ella una pajarita tal como me había enseñado mi padre unos días antes.

Estaba terminando la pajarita, de rodillas sobre el suelo y apoyado en el asiento de una de las sillas que tenía mi tío para uso de los clientes, la cual utilizaba como improvisada mesa, cuando oí un ruido que provenía del interior de la casa. Sin duda debía de tratarse de mi abuela, que vendría a buscarme tras comprobar que no estaba en la cama.

Pero no parecía ser la abuela que yo conocía, una anciana -aunque entonces todavía no había cumplido los sesenta años- bondadosa e incapaz de la más mínima violencia ni tan siquiera verbal, sino otra persona que, pese a tener los mismos rasgos, mostraba en su encendida mirada una actitud muy distinta a la que yo conocía.

-¡Vaya, estabas aquí! -exclamó en un tono de voz que me hizo estremecer- ¿No te había dicho que no te levantarás de la cama? Además, estoy harta de decirte que no te asomes a la calle cuando estés solo, y menos a las horas en las que haya toque de queda.

De tan larga perorata yo no entendí prácticamente nada, salvo que me estaban echando un buen rapapolvo sin que alcanzara a entender las razones del mismo, puesto que no era consciente de haber hecho nada malo o que me estuviera prohibido.

Pero mi abuela, esa extraña abuela que parecía serlo pero que no lo era, no debía de pensar así, por lo que tras agarrarme del brazo me obligó a levantarme -de hecho me hizo daño- tirando de mí en dirección al interior de la casa. Arrastrado por ella troté completamente confuso, conservando en la otra mano la pajarita que acababa de terminar y de la cual me sentía tan orgulloso, doliéndome todavía más que el brazo, por el cual me seguía teniendo aferrado mi abuela, que ésta no mostrara el menor interés por mi obra.

Volvimos a la habitación y mi abuela, tras liberarme de su presa, me ordenó, algo que jamás hubiera esperado de ella, que me desnudara y me volviera a acostar hasta que me permitiera levantarme. Obedecí, confuso y asustado, aunque todavía me dio tiempo a exclamar:

-¡Abuela! ¡El armario!

-¿Qué demonios le pasa al armario? -masculló al tiempo que me miraba con cara de pocos amigos. Aparentemente, se la veía asustada.

-Está cambiado de sitio... antes estaba allí -expliqué, al tiempo que señalaba al otro rincón.

-No digas tonterías... ese armario siempre ha estado en el mismo sitio. Como si yo no tuviera otra cosa que hacer que andarlo moviendo.

Pese a mi excitación, me volví a dormir. Cuando desperté de nuevo, para alivio mío, mi abuela volvía a ser la misma de siempre y, cosa curiosa, el armario volvía a estar en su sitio. Sin tener demasiado claro si todos esos recuerdos extraños no habrían sido sino un sueño, los olvidé con la prontitud con la que suelen hacerlo los niños pequeños. Eso sí, todavía conservaba la pajarita que de forma inconsciente me había llevado conmigo a la cama, la cual enseñé orgulloso a mis padres cuando éstos fueron a recogerme.

Y eso fue todo durante más de cuarenta y cinco años en los que yo, como cabe suponer, acabé olvidando por completo esta extraña peripecia infantil. Pero hace tan sólo unas semanas, rebuscando por las profundidades de los armarios de casa de mi madre, encontré una antigua maleta repleta de objetos que, según todos los indicios, habían sido arrinconados allí hacía mucho tiempo. Movidio por la curiosidad empecé a husmear en su interior, encontrándome con toda una serie de baratijas que no tenían más valor que el

puramente sentimental, puesto que todas ellas me traían a la mente recuerdos que yo creía ya olvidados.

Uno de los objetos que contenía la maleta era una de esas carpetas de cartón de color azul que se cerraban con una goma elástica encajada en las esquinas, la cual aparentemente contenía papeles en su interior. La abrí, descubriendo un conjunto dispar de papeles de todo tipo: recordatorios de comunión y de fallecimiento, una o dos amarillentas invitaciones de boda, algún recorte de periódico, fotografías antiguas de mis padres y de personas para mí desconocidas, cartas de cuarenta años atrás todavía metidas en sus sobres, el diploma de un curso por correspondencia que había seguido mi padre cuando yo era pequeño...

Y la pajarita. Era esa, no me cabía la menor duda; al parecer mis padres, y más probablemente mi padre, la habían guardado con ese cariño que suelen mostrar nuestros progenitores hacia las pequeñas manualidades que realizamos cuando somos niños, por más que éstas resulten ser, vistas bajo el prisma de la objetividad, perfectamente prescindibles.

Fue entonces cuando me vino a la memoria, a modo de fogonazo, el vívido recuerdo de todo lo que sucedió aquella extraña tarde de verano en la ya desaparecida casa de mi abuela. Y siendo por vez primera consciente de que algo no acababa de encajar, procedí a desdoblar con cuidado la amarillenta hoja de periódico, a la que el tiempo había vuelto frágil y quebradiza.

Ésta correspondía a un ejemplar del diario PUEBLO, que era el que se solía leer en casa, y tal como yo sospechara estaba fechada en el verano de 1965. Las noticias recogidas en ella eran las habituales en un periódico de la época, pero hubo dos de ellas que me llamaron poderosamente la atención puesto que, según toda lógica, no deberían haber estado allí.

La primera hacía alusión a la buena cosecha que se esperaba para ese año, lo que permitiría Dios mediante aliviar el racionamiento de pan y quizá también de otros productos de primera necesidad como el aceite, las legumbres o el tabaco. Esto me desconcertó, ya que el racionamiento implantado tras la Guerra Civil se había acabado bastantes años antes de que yo naciera, mientras la España de 1965 estaba ya inmersa en un frenético desarrollismo que permitía olvidar las penurias de la posguerra.

Más inquietante era si cabe la segunda noticia, situada en la cara opuesta. En ella se afirmaba, con la grandilocuencia propia de la época, que las tropas occidentales habían obtenido una gran victoria sobre el Ejército Rojo logrando romper el cerco de la ciudad de Colonia, y que las unidades españolas adscritas al ejército aliado se habían cubierto de gloria combatiendo en primera fila en la batalla que había supuesto la derrota rusa.



¿Una guerra mundial en pleno 1965? Eso sí que no encajaba, y menos todavía que España estuviera inmersa en ella. Pero ahí estaba el periódico, de cuya autenticidad no me cabía la menor duda. Por desgracia faltaba la parte final de la noticia, que era la que yo había cortado para cuadrar el papel.

Sin decir nada a nadie, ya que no quería que me tomaran por loco, guardé la hoja y, en cuanto me fue posible, acudí a una hemeroteca, donde pude consultar el periódico correspondiente a ese día comparándolo con mi reliquia. Y mi sorpresa fue que, salvo esas dos noticias, el resto de ellas coincidían plenamente, estando sustituidas éstas por sendos reportajes mucho más verosímiles, el uno sobre la inauguración de un pantano por parte de Franco, y el segundo acerca de unas maniobras de la OTAN en el Mediterráneo. Nada extraño, pues, en la versión de la hemeroteca.

Entonces, ¿qué pasaba con mi hoja de periódico? ¿Y con los extraños recuerdos de aquel mediodía de estío? Pese a que no he cesado de darle vueltas, sigo sin encontrar una explicación lógica a todo ello... a no ser, claro está, que abandonando las sendas de la razón me interne por los caminos de la especulación. Al fin y al cabo soy aficionado a la ciencia ficción, por lo que estoy familiarizado con el tema de los universos paralelos.

¿No pudiera ser que, por alguna extraña razón, hubiera sido trasladado temporalmente a un universo ajeno al mío, un universo en el que la III Guerra Mundial llegó a estallar y España seguía sumida en las penurias, y probablemente también en la represión política, de la posguerra? Al fin y al cabo la hipótesis no es tan disparatada, tan sólo tres años antes la crisis de los misiles cubanos había estado a punto de provocar el estallido de un conflicto bélico entre la URSS y los Estados Unidos, conflicto que sin duda habría arrastrado al resto de sus respectivos aliados... España incluida, tras los acuerdos que habían permitido el establecimiento de varias bases militares norteamericanas en nuestro territorio.

La crisis de los misiles se había resuelto de forma pacífica y la guerra no había llegado a estallar... en nuestro universo. ¿Habría ocurrido de forma diferente en ese otro que presuntamente habría visitado de forma involuntaria? Lo ignoro. Por un lado es la única explicación que puedo encontrar a todo ese cúmulo de piezas sin encajar: las noticias del periódico, el extraño aspecto de la calle, la actitud asustada de mi pobre abuela, el armario cambiado de sitio... pero por otro, mi mente racional se niega a admitirla, una cosa es disfrutar con una narración literaria y otra muy distinta creer que esto pueda ocurrir realmente.

En cualquier caso, y con independencia de que todo pudiera haber sido fruto exclusivo de mi imaginación -¿la hoja de periódico que todavía conservo también?-, me alegra saber que mi hipotética incursión por esa otra realidad alternativa, sin duda mucho menos acogedora que la mía propia, fuera tan sólo fugaz, ya que me estremezco al pensar que hubiera podido quedar atrapado en ella para siempre.

Y como, siguiendo los razonamientos de los escritores de ciencia ficción, también cabría suponer que en esa realidad alternativa existiera un sosias mío, con el que me habría intercambiado durante ese breve lapso de tiempo antes de retornar cada uno a sus respectivos universos, no puedo evitar apenarme por la dura vida que sin duda le tocó afrontar.

Para su desgracia, le tocó el lado equivocado del armario.

## EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA

L.M.D. era un tranquilo profesor de una universidad de provincias que no destacaba en las estadísticas nacionales ni por ser especialmente buena, ni tampoco por ser especialmente mala. De mediana edad, casado y sin hijos, L.M.D. era de costumbres pacíficas y nada dado a las discusiones, de modo que nadie le había conocido nunca enemigos y, como mucho, se había visto obligado a enfrentarse a algún que otro envidioso, algo que, como es sabido, en nuestro país resulta de todo punto inevitable.

Por lo demás tanto su vida conyugal como la profesional se desarrollaban con total placidez y sin sobresaltos, algo que, dicho sea de paso, desquiciaba enormemente a nuestro buen profesor.

Pero se equivocaban quienes estaban convencidos de que L.M.D. no tenía lado oscuro... empezando por él mismo.

Ocurrió durante una apacible tarde de otoño cuando L.M.D., terminadas sus responsabilidades laborales, abandonó la facultad dirigiéndose a casa. La distancia a recorrer no era demasiado larga y el camino era tranquilo, por lo que éste acostumbraba a ir paseando en vez de recurrir al transporte público, única alternativa posible ya que nunca se había preocupado por aprender a conducir.

Su itinerario pasaba por mitad de un parque, un aliciente adicional que, en pleno otoño, se mostraba como un auténtico recreo para la vista con los árboles y arbustos revestidos de toda la gama posible de tintes dorados. L.M.D. caminaba despacio, recreándose con una visión que no le podía resultar más placentera, y no advirtió hasta que ya fue demasiado tarde que tres o cuatro fornidos individuos, vestidos completamente de negro, le rodeaban cerrándole el paso en todas las direcciones, impidiéndole toda posibilidad de esquivarlos.

L.M.D., es necesario volver a repetirlo, no tenía enemigos conocidos y, casi podría asegurarse, tampoco desconocidos, pero aunque la ciudad donde residía era tranquila y los delitos eran en ella escasos, eso no quería decir que estuviera completamente a salvo de un intento de atraco u otro tipo de agresión. Así pues, cuando se vio atrapado entre esos desconocidos de ademán adusto e intenciones presumiblemente preocupantes, sintió un repentino miedo.

-¿Qué... qué quieren ustedes? -logró balbucir en un intento desesperado por mantener la dignidad.

-Que nos acompañe. -respondió el que parecía llevar la voz cantante- No se preocupe. -añadió al ver el tono terroso que adquiría el rostro del interpelado- No le haremos ningún daño.

-Si lo que buscan es obtener dinero por mi rescate, les aseguro que se han equivocado de persona; no soy rico, ni tengo más posesiones que el piso donde vivo.

-No somos secuestradores ni delincuentes, sino policías. -explicó a su vez éste, al tiempo que le enseñaba una placa de aspecto oficial que L.M.D. no consiguió identificar.

-Policía... -dudó el profesor, con sus esquemas mentales completamente descuadrados-  
¡Pero si yo no he hecho nada!

-Lo sabemos, pero necesitamos que nos acompañe. Y no se preocupe, no le ocurrirá nada malo.

L.M.D. sentía un respeto casi religioso por la autoridad, y aunque algo desde un rincón de su mente le gritaba que no se fiara, ya que había delincuentes que se hacían pasar por falsos policías para cometer con impunidad sus fechorías, él siempre había sido confiado, algo que era consustancial con su carácter.

-Está bien -concedió-. Supongo que me querrán como testigo... -añadió más para su colete que para sus aprehensores, pese a que por más que se esforzaba no conseguía recordar que se hubiera visto involucrado en nada que pudiera reclamar el interés de la policía.

En cuanto a éstos no respondieron a su pregunta, limitándose a abrirle paso en dirección hacia el corazón del parque, escoltándole a continuación dos a cada lado.

Una vez que llegaron a una pequeña plazoleta profundamente escondida entre el follaje, el jefe de los policías, o lo que fueran, hizo un gesto mudo ordenándoles que se detuvieran. A continuación sacó del bolsillo un artefacto que L.M.D. no pudo identificar bien y que durante un instante temió que pudiera ser una pistola, y apuntando con él a uno de los árboles hizo ademán -o eso al menos le pareció al profesor- de pulsar en su superficie.

El efecto fue inmediato. Donde antes no había nada, entre el tronco y el lugar en el que se encontraban, se materializó un rectángulo de color negro y forma y dimensiones parecidas a las de una puerta. L.M.D. no pudo ver de dónde salió; simplemente no estaba y, un instante después, se alzaba ante su vista.

Y era una puerta, como pudo comprobar cuando el hombre se aproximó a ella y la cruzó, desapareciendo en su interior. Una leve presión en el costado le indicó que querían que él siguiera el mismo camino, por lo que venciendo su estupor y poco menos que arrastrado por sus captores se zambulló en el oscuro rectángulo. ¿Qué remedio le quedaba, sino obedecer?

Si L.M.D. pensaba que ya había agotado su capacidad de sorpresa, estaba muy equivocado. Una vez traspasado el irreal umbral se encontró no delante del tronco del árbol, tal como parecía dictar la lógica, sino en un recto pasillo de paredes y techo bruñidos, iluminado por una luz cuyo origen no podía identificar. Perplejo volvió la vista atrás, observando por encima de los hombros de los hombres de negro que cerraban la marcha que tras ellos tan sólo había un muro liso cerrando de forma hermética el lugar por el que se suponía que habían entrado. A él le hubiera gustado volver atrás y estudiar con detenimiento tan extraño fenómeno, pero le bastó con atisbar las miradas que le dirigieron para tener bien claro que no se le permitiría la menor distracción.

El pasillo por el que ahora caminaban tenía puertas a izquierda y derecha distribuidas según una secuencia regular y todas cerradas, pero sus acompañantes pasaron de largo por delante de varias sin prestarles la menor atención. L.M.D. comenzaba a preguntarse cuánto tardarían en llegar a su destino, cuando el cabecilla se detuvo frente a una de ellas, empuñó de nuevo el artefacto que usara en el parque, u otro similar, y atravesó el umbral con paso decidido, seguido por la cohorte que escoltaba al prisionero.

Entraron en una habitación de tamaño mediano, aparentemente sin ventanas y sin más puerta de entrada que la que habían utilizado, aunque teniendo en cuenta todo lo visto desde que le interceptaran en el parque, a L.M.D. ya no le quedaba nada claro. El mobiliario lo componía una mesa de despacho rodeada por varias sillas, junto con un largo sofá que corría a lo largo de la pared opuesta. La luz que iluminaba el recinto, cálida y agradable a la vista, al igual que ocurriera en el pasillo parecía emanar de las mismas paredes, sin que se pudiera apreciar rastro de lámpara alguna.

Respondiendo a un mudo gesto de invitación L.M.D. se sentó en una de las sillas situadas frente a la mesa, mientras el jefe del grupo lo hacía frente a él. El resto de sus captores, según pudo apreciar por el rabillo del ojo, tomó asiento en el sofá sin abrir en ningún momento la boca.

-Y bien... -el policía, o lo que fuera, acabó rompiendo el silencio, tras unos segundos de mutismo-. Supongo que se estará preguntando por qué razón le hemos traído con nosotros.

Y puesto que la respuesta era evidente, continuó sin darle tiempo siquiera para responder:

-Usted es L.M.D., nacido en fecha... con DNI número... y actualmente profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de... casado y sin hijos. ¿Es correcto?

-Sí, pero... ¿por qué razón estoy aquí? ¿De qué se me acusa? ¿Y qué es esto? No se parece a una comisaría...

-En efecto, no es una comisaría, al menos tal y como usted las conoce -concedió su interlocutor al tiempo que depositaba sobre la mesa la tableta electrónica, o lo que fuera, en la que había estado leyendo los datos-. Y nosotros tampoco somos policías normales en el sentido estricto de la palabra, aunque -añadió al ver el gesto de alarma del profesor- le aseguro que somos agentes de la ley y que estamos obrando conforme a lo que usted considera el estado de derecho. Sólo que no formamos parte de ninguno de los cuerpos de orden público que le son familiares: policía nacional, guardia civil, policía urbana...

-¿Son acaso agentes secretos? -preguntó L.M.D. sintiendo un nudo en la garganta.

-Tampoco, no al menos como lo entiende usted. Digamos que somos una especie de policía internacional que opera por encima de todas ellas. Y, desde el momento en el que se desconoce nuestra existencia, sí podríamos decir que somos secretos, aunque nuestra labor no tiene nada que ver con el espionaje.

-¿Por qué me han detenido? -a esas alturas L.M.D. comenzaba a tener la íntima convicción de que no se le había requerido como testigo, sino como inculpado-. Yo no he cometido ningún delito.

-Aquí no -fue la sorprendente respuesta.

-¡Y en ningún otro sitio tampoco! ¿O es que se cree que me dedico a llevar una doble vida en plan el Doctor Jekyll y Mister Hyde? ¿Qué pruebas tienen? ¿De qué se me acusa? L.M.D. estaba cada vez más asustado.

-Señor M... -suspiró el policía con un atisbo de compasión reflejado en sus ojos- mucho me temo que voy a tener que explicarle una serie de cosas que quizá le resulten difíciles de comprender...

-Explíquemelas -le retó- Y espero que tengan una buena razón para obrar así, porque no pienso consentir que se atropellen mis derechos.

-No se preocupe -fue la enigmática respuesta-. Le aseguro que nadie los va a atropellar. Insisto de nuevo en que obramos con total legalidad.

Y a continuación, volviendo a leer en su tableta electrónica, comenzó a desgranar una retahíla de delitos.

-Estafa millonaria en XB-403. Genocidio en PQ-178. Violación y asesinato en AJ-651. Pederastia en HI-219. Espionaje y traición en MB-237 -aquí frunció el ceño y suspiró-; un mundo poco agradable, por cierto. Insurrección armada en YZ-450. Asesino múltiple en FF-476. Criminal de guerra en LJ-788. Delitos contra la religión -volvió a fruncir el ceño- en GV-111. Atracos a bancos, al parecer hay varios, en FF-255, XC-269 y MX-903. Terrorismo en DB-600 y en LÑ-643. Tráfico de estupefacientes prohibidos en VY-457 y

media docena de lugares más. Atentado ecológico en KF-008. Tráfico de órganos humanos en HS-267. Tráfico de materiales radiactivos en TW-472. Blanqueo de dinero negro en al menos diez o doce mundos distintos... y el expediente sigue. Sinceramente -le miró al rostro con dureza-, resultaría difícil encontrar un criminal con mayor historial delictivo que usted.

-¿Bromea? -exclamó L.M.D. al tiempo que se levantaba de su asiento; no llegó demasiado lejos, puesto que unas manos le aferraron con fuerza por detrás obligándole a sentarse- Yo jamás he hecho, ni por asomo, nada de esa sarta de estupideces.

-En su mundo no, por supuesto... pero sí en el resto -fue la desconcertante respuesta.

-¿En mi mundo? ¿En el resto? ¿Qué galimatías es ésta? ¿Me toma por un imbécil?

-Discúlpeme -suspiró el policía-. Olvidaba que en CZ-690 todavía desconocen la existencia del multiverso.

-Cada vez entiendo menos...

-Es muy sencillo. El multiverso es el conjunto de todos los universos paralelos posibles, y CZ-690 es de donde usted, o mejor dicho, su avatar, procede. Pero hay otros muchos universos, y en cada uno de ellos existe una réplica suya...

-Ya, y yo soy Flash Gordon y estamos en el planeta Mongo... ¿Acaso quiere hacerme creer que toda esa jergonza es cierta? Eso está muy bien para una novela de ciencia ficción, pero no para molestar a honrados ciudadanos.

-Le aseguro que todo lo que le he dicho es cierto. Existen múltiples L.M.D., al igual que cualquier otra persona, repartidos por los diferentes universos, y si bien es cierto que usted en concreto no ha cometido delito alguno, muchos de sus... digamos sosias no han sido tan respetuosos con la ley, de modo que todos ellos han acumulado esa larga lista de delitos que acabo de leerle.

-Bien, usted acaba de decirlo... yo no he hecho nada, y por supuesto no soy responsable de lo que pudieran haber hecho esos otros individuos, por mucho que se pudieran llamar igual que yo.

-Se equivoca. No son distintos individuos sino uno solo; ¿acaso las distintas facetas de un diamante ponen en duda su unicidad?

-Pero yo no tengo nada que ver con ellos; ni siquiera tenía la menor sospecha de su existencia hasta que usted me lo ha dicho, y todavía dudo sobre si creérmelo o no...

-Puede creérselo.

-Eso no cambia las cosas. Insisto en que YO -enfaticó con una elevación de la voz- no he hecho nada.

-Le repito que lo sé, ya le he dicho que no existe acusación alguna contra su avatar particular CZ-690; pero sí contra el resto. Y conforme a las leyes multiversales, un individuo es responsable de cualquier acto delictivo cometido por uno cualquiera de sus avatares, sea en el universo que sea. Así de sencillo.

-¡Eso es absurdo! -L.M.D. estaba más indignado que lo que hubiera podido estar en toda su vida.

-No lo es. ¿Imagina que usted cometiera un delito ayer y que hoy rehusara asumir la responsabilidad del mismo alegando que se trataba de diferentes fases temporales?

-*“En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos...”*

-¿Cómo dice? -al parecer la filosofía clásica no era el fuerte del policía.

-Citaba a Heráclito. Pero no tiene importancia. Lo que sí la tiene, es la comparación absurda que me ha pretendido hacer. Yo soy el mismo de ayer, y seré el mismo mañana; pero no tengo absolutamente nada que ver con todos esos individuos que, según usted, son réplicas mías... eso sería como acusarme de los actos de mi hermano gemelo, suponiendo que lo tuviera.

-Quizá la comparación no haya sido la correcta -reconoció el policía-. Pero mi afirmación es cierta. Si un asesino mata de un disparo a una persona no se arresta a la mano que empuñó el arma, sino a todo el individuo.

-¡Pero yo no formo parte de ningún tipo de extraño gestalt multidimensional! -L.M.D. se descubrió gritando y gesticulando como jamás en su vida lo había hecho- Yo soy responsable tan sólo de mis actos personales, y lo que pretende hacerme creer es una completa aberración jurídica. No soy experto en temas legales, pero conozco mis derechos.

-Sus derechos en SU mundo -puntualizó su interlocutor con suavidad.- Pero no en el multiverso.

-¡Déjese de majaderías baratas! Toda esa historia que me ha estado contando no es más que una tomadura de pelo. No puede ser verdad.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo explica usted esto?

L.M.D. no llegó a ver lo que hizo el presunto policía, pero sí fue consciente de sus consecuencias. Repentinamente dejó de estar en ese frío despacho para flotar ingrávido, o al menos eso le pareció, en mitad del espacio. En torno suyo brillaban las estrellas con una intensidad desconocida en la Tierra, y a su derecha apareció, casi al alcance de la mano, un



gigantesco planeta Saturno... aunque no era Saturno, sino otro planeta distinto, también anillado. Además al otro lado, donde debería haber estado el Sol, brillaban dos estrellas gemelas, una con fulgores dorados y la otra en tonos más apagados y rojizos.

-¿Se convence de que no miento? -la voz del policía le sacó de su estupor, dándose cuenta entonces de que había vuelto al despacho. Acaba de ver una panorámica del Sistema Solar de UV-475, aunque por supuesto se trataba de un holograma; no hubiera sobrevivido sin protección en el espacio.

-Ya. Spielberg y Lucas también saben jugar con los efectos especiales, eso lo saben hasta los niños.

-Está bien -suspiró su captor-. Lamentablemente no puedo mostrarle ningún objeto procedente de otro universo dado que las leyes físicas impiden el intercambio de materia entre ellos, pero sí puedo hacerlo con algo manufacturado en el suyo con una tecnología desconocida para su cultura. ¿Me creerá entonces?

Y abriendo un cajón de la mesa le alargó un pequeño objeto oblongo de unos quince centímetros de longitud. Parecía una caja metálica similar en su forma a los estuches de las gafas, pero aparentemente no se apreciaba ninguna ranura que permitiera abrirla. De hecho, no parecía haber nada en su pulida superficie que permitiera adivinar su utilidad.

-Apoye el pulgar sobre esa pequeña depresión de la cara de arriba -le indicó el policía al verle dudar.

Así lo hizo, para soltar el objeto instantes después como si una serpiente le hubiera picado... porque efectivamente eso era lo que se había materializado ante él, una gigantesca cobra en actitud de ataque.

La cobra desapareció para tranquilidad suya, pero su corazón seguía latiendo a ritmo de locomotora.

-Discúlpeme -se excusó el hombre de negro sonriendo por vez primera-. Preferí no advertirle para no condicionar su respuesta.

-¿Qué...? ¿Qué es eso? -preguntó L.M.D. con un hilo de voz a la vez que señalaba con el índice el artefacto, caído sobre la mesa, poniendo cuidado en no rozarlo siquiera.

-¡Oh, puede tocarlo sin miedo! Tan sólo se activa cuando se pulsa el sensor que le indiqué. Se trata de un juguete inofensivo que sirve para reproducir de forma holográfica aquello que su mente imagina en ese momento. Por cierto -añadió con socarronería-, veo que usted me estaba comparando con un reptil venenoso...

-Yo... -el atribulado profesor entre la sorpresa, la vergüenza y el miedo- Sí, tiene usted razón, estaba pensando en serpientes, de ahí mi sorpresa al ver ese bicho a dos palmos de mis narices.

-No se preocupe, no era real aunque lo pareciese. Y ahora, si es tan amable, le ruego que vuelva a pulsar el sensor pensando antes en algo agradable, preferiblemente en algo que sólo usted sea capaz de identificar.

-Está bien... -respondió, todavía no muy convencido.

En esta ocasión lo que se materializó sobre la mesa fue un pequeño perro que ladraba alegremente al tiempo que agitaba la cola.

-¡Pirri! -suspiró L.M.D. al tiempo que se derrumbaba en su asiento.

La imagen del perro desapareció en el momento en que dejó de pulsar el artilugio.

-¿Se convence ahora? Por cierto, ¿ése era un perro suyo?

-Lo fue... -el detenido parecía estar en otro mundo- murió hace dos años.

-Si quiere alguna otra comprobación...

-No es necesario -suspiró-. Le creo. Pero sigo insistiendo en que no me hago responsable de esos delitos, y que me parece de todo punto injusto y abusivo que se pretenda hacerme pagar por ellos.

-Lo siento infinito, pero ésas son las leyes, y cualquier ciudadano del multiuniverso las conoce... salvo, claro está, los de aquellos espacios dimensionales más atrasados que, como el suyo, ignoran su existencia. Lamentablemente eso no les exime de responsabilidad, y le aseguro que es algo que se escapa de mi control.

-No es necesario que siga: ya me sé eso de que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento... aunque no se tenga ni la más remota idea de ella. ¡Cuántas injusticias se han cometido bajo su amparo!

Y ante el silencio de su interlocutor continuó, en tono apagado:

-Lo que no entiendo es tamaña inflexibilidad. Si mi mundo es, a efectos globales, poco más que una reserva de tribus primitivas completamente al margen de la civilización, ¿por qué no dejarnos en paz? ¿Qué mal hacemos a nadie?

-Su mundo es también mi mundo -rezongó el policía en voz baja-. Y también el de mis compañeros. No puede ser de otra manera porque, como ya le he dicho. los distintos universos son impenetrables para la materia, aunque eso no impida una comunicación

mutua por otras vías. Y quizá no le falte tampoco razón si nos considera unos cipayos al servicio de nuestros poderosos amos... pero es lo que hay. La jurisdicción del Gran Consejo del Multiverso abarca a la totalidad de los espacios dimensionales sin excepción alguna.

-¡Un momento! -a la mente de L.M.D. afloró un pensamiento a modo de pistoletazo- De ser cierto lo que dice, ningún criminal cumpliría condena en las cárceles... normales; y eso no es cierto.

-No es tan sencillo como usted cree. -en la mirada del policía había un destello de simpatía- Muchos de los delitos cometidos por un avatar cualquiera de una persona, de hecho la mayoría de ellos, son dejados a cargo de las respectivas policías locales, ya que suele tratarse de hechos, digamos, aislados que no afectan al resto de sus réplicas en otros universos alternativos. Incluso algunos criminales reconocidos son personas de lo más honorable en otros lugares, por lo que se les deja en paz.

»El problema -continuó-, es cuando el comportamiento delictivo se repite en un porcentaje elevado de avatares, aunque no necesariamente en todos; entonces se entiende que tal persona, en su completa multiplicidad, es peligrosa en cualquier entorno, y es cuando entramos en acción nosotros. Cada una de las secciones locales recibe la orden de detener a nuestro correspondiente criminal, y así se procede sin excepciones de ningún tipo. Es cierto que, según su criterio, en ocasiones pueden acabar pagando justos por pecadores... pero le aseguro que existen fundadas razones para obrar así.

-Y en mi caso... -aventuró el profesor, cada vez más compungido; sabía de sobra la respuesta que iba a recibir.

-Ha tenido usted la mala suerte de ser una de las pocas variantes honradas de uno de los multicriminales más peligrosos de la historia. Lo siento -y parecía sincero.

-¿Qué van a hacer conmigo? ¿Juzgarme?

-Usted ya fue juzgado... y condenado. Ahora se está procediendo a detenerlo en todos los universos en los que usted existe, que obviamente no son todos.

-Condenado... sin haber hecho absolutamente nada reprobable en toda mi vida -gimió el atribulado prisionero con un hilo de voz-. ¿Cuál es el castigo? ¿La pena de muerte?

-No somos tan sanguinarios. Simplemente una retención de por vida. ¡Por favor! No piense en las cárceles que usted conoce, ni tampoco en una reclusión a cadena perpetua. Usted gozará de unas condiciones de vida muy satisfactorias, probablemente más que las que había mantenido hasta ahora; tan sólo se le impedirá volver a su mundo.

-¿Y le parece poco? -estalló- ¿Y mi mujer? ¿Y mis amigos? ¿Y mi trabajo?

-Todo, o casi todo, podrá ser replicado aquí.

-No le creo. Y aun cuando así fuera, no me interesan los simulacros. ¿O acaso se cree que me voy a conformar con un holograma de mi esposa?

-Lo siento, pero no puedo ofrecerle más. Yo sólo cumplo órdenes.

-Por cierto, ¿me van a reunir con mis otros yos, los culpables de mi desgracia? Sería divertido... -concluyó, con un dejo de ironía.

-No. Ya le he dicho que es imposible intercambiar materia entre dos universos distintos. Cada uno de ellos está retenido en un lugar como éste, una especie de burbuja, para que lo entienda, generada artificialmente en la frontera de probabilidad negativa que separa a su universo del contiguo. Huelga decir que no existe la menor posibilidad de abandonarlo, y si lo hiciera se encontraría en mitad de la nada más absoluta, en un lugar donde no pueden existir ni la materia ni la energía. Obviamente desaparecería.

-Una advertencia muy halagüeña. ¿Me permite una última pregunta?

-Hágala -suspiró el cancerbero con gesto cansado; era evidente que estaba deseando terminar.

-No es muy normal que un ciudadano desaparezca sin dejar ni rastro en mitad de la ciudad a pleno día...

-Eso también estaba previsto. Justo antes de proceder a su detención generamos una copia suya... perfecta e indistinguible del original para los medios técnicos de que disponen en su universo, pero carente de vida. Un cadáver, si así lo prefiere. -L.M.D. se estremeció- Tras proceder a su detención un equipo de técnicos compañeros nuestros la depositó justo en el mismo lugar donde le interceptamos. Todo el mundo creerá que falleció víctima de un ataque cardíaco cuando cruzaba el parque camino de su casa. ¿Desea saber algo más?

L.M.D. negó con la cabeza. ¿Para qué seguir indagando? Tan sólo le quedaba aceptar su cruel e increíble destino. Así pues, obedeciendo dócilmente a sus carceleros les siguió hasta que una de las puertas del pasillo le abrió paso a lo que a partir de entonces sería su calabozo.

## LA PUERTA

La Puerta surgió de repente sin que nadie lo advirtiera ni, mucho menos, lo previera, en un remoto rincón del desierto de Nevada. Ciertamente su aparición estuvo precedida por una serie de inusuales fenómenos naturales tales como temblores de tierra, tornados o inusitadas lluvias torrenciales que desconcertaron a los expertos, los cuales acabaron llegando a la conclusión de que no habían sido estas convulsiones telúricas y atmosféricas la causa de la aparición de la Puerta, sino su consecuencia.

Aunque se le bautizó con el nombre de la Puerta, en realidad no tenía nada en común con estos elementos arquitectónicos. De hecho, no era *nada* que pudiera ser comparable con cualquier cosa que pudiera resultar familiar a nuestros ojos: tan sólo se trataba de un amplio espacio circular, de aproximadamente un kilómetro cuadrado de extensión, velado por algo que en un principio se definió erróneamente como una espesa niebla, pero que más tarde se pudo identificar como una extraña e inexplicable distorsión óptica que impedía ver su interior no sólo a nivel de suelo, sino también por el aire hasta una altura de mil metros, a partir de la cual se interrumpía bruscamente sin que existiera tampoco una abertura por su extremo superior. Excavaciones realizadas posteriormente junto al borde exterior determinaron que continuaba también bajo tierra al menos hasta un centenar de metros, la profundidad máxima que se pudo alcanzar.

Para desesperación de los militares, que rápidamente se hicieron con el control de la situación estableciendo un infranqueable cerco en torno a la singularidad, tal como preferían llamarla los científicos, resultó de todo punto imposible saber qué se ocultaba en su interior... sin intentar franquearlo, claro está, ya que si bien se pudo apreciar que algunos de los pequeños animales del desierto lo hacían sin ningún obstáculo, ninguno de ellos pudo ser localizado de vuelta.

Ésta era, pues, una de las peculiaridades de la Puerta. Aparentemente permitía el paso sin problemas no sólo de lagartos y otros bichos, sino también de todos los objetos que fueron arrojados a su interior, desde piedras hasta los más sofisticados robots exploradores, al tiempo que resultaba completamente impenetrable a cualquier tipo de sensores o radiación conocida.

Su opacidad a las ondas de radio resultó ser un verdadero incordio, ya que no sólo fueron inútiles los intentos de sondearla con radar -y de paso con otras frecuencias como infrarrojos, radiación ultravioleta, rayos X e incluso rayos gamma-, sino que asimismo impidió que los robots controlados a distancia pudieran recibir órdenes, ya que en el momento en el que atravesaban la superficie de la Puerta se perdía el contacto con ellos. Tampoco sirvió de mucho recurrir a robots autónomos programados para realizar una exploración por el interior de la Puerta, tras lo cual habrían de retornar al exterior por sus

propios medios; al igual que ocurriera en los casos anteriores, éstos se desvanecieron sin dejar rastro.

Quizá de haber ocurrido en otro país, preferiblemente del Tercer Mundo, el *impasse* en el que se encontraron habría sido resuelto de una manera expeditiva pidiendo *voluntarios* -a la manera castrense, se entiende- para adentrarse en la misteriosa perturbación; pero había ocurrido en los Estados Unidos, razón por la cual nadie se atrevió a arriesgar la vida de un solo soldado, incluso aunque no se tratara de un *wasp*.

Sí se intentó con un perro -por supuesto evitando que llegara a oídos de las sociedades protectoras de animales- al que se le ató a una larga cuerda de varias decenas de metros cuyo otro extremo quedó firmemente atado en un poste clavado en el suelo. Aunque en un principio el animal no puso demasiado interés en colaborar rehusando entrar en la Puerta, el efecto combinado de un par de días de abstinencia forzada y el estímulo de una apetitosa chuleta lanzada con energía al interior de ésta por un fornido sargento, consiguieron convencerle de la necesidad de cooperar por el bien de la ciencia.

El perro se internó, pues, en la impenetrable -para la vista- barrera corriendo en pos de su pitanza, y a juzgar por lo que tardó en llegar hasta donde le permitía la longitud de la cuerda el hambre le debió de estimular bastante, puesto que bastaron apenas unos segundos para que se tensara ésta sufriendo además unos enérgicos tirones que hicieron temer su rotura.

Una vez constatado que el perro seguía aparentemente vivo al otro extremo de la barrera, halaron de la cuerda arrastrando más que trayendo de vuelta al desesperado can, sano y salvo aunque con un humor de mil demonios al no haber conseguido alcanzar la chuleta, calmándose tan sólo después de devorar otra no sin antes haber asestado unos cuantos mordiscos.

Bien, al menos se sabía que lo que pudiera haber al *otro lado* no resultaba al parecer peligroso, pero esta información, aunque valiosa, seguía siendo insuficiente. Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió la idea de repetir el experimento del perro pero con un robot automático que, atado asimismo con una cuerda, se pudiera recuperar con las grabaciones de sus sensores. Así se hizo duplicándose la longitud de la cuerda -no se encontró ninguna más larga-, asegurándose de que la velocidad y la potencia tractora del artilugio no impidiera su recuperación a fuerza de brazos una vez que éste hubiera llegado a su destino.

El ensayo resultó satisfactorio en la forma, recuperándose el robot sin problemas después de haber permanecido media hora dentro de la enigmático muro. No así en el fondo, puesto que lo único que registraron sus sensores fue ruido blanco en todas las frecuencias utilizadas, tanto de radiación electromagnética como de sonidos y ultrasonidos. La conclusión a la que llegaron los técnicos fue que el espesor del muro debía de ser

superior a la longitud de la cuerda, lo que explicaba por qué el sufrido can no había podido encontrar su chuleta.

Estaban debatiendo los responsables del destacamento los posibles ensayos a seguir, con claras discrepancias entre los mandos militares y los científicos civiles que les asesoraban, cuando un soldado llegó corriendo con un lagarto muerto colgando por la cola. Era sin duda un magnífico ejemplar de reptil de considerable tamaño, pero su superior inmediato a punto estuvo de arrestarlo por perder el tiempo cazando bichos en lugar de mantenerse ojo avizor vigilando la posible aparición de un ente potencialmente hostil.

El pobre chico, tras capear como mejor pudo el chaparrón de invectivas, logró al fin explicar que el lagarto había salido *de dentro* de la Puerta y, aunque no mostró una actitud agresiva sino que se limitó a intentar escabullirse bajo las ardientes piedras del terreno, tal como hubiera hecho cualquiera de sus congéneres en similares circunstancias, optó por descerrajarle un tiro pensando que, dada su procedencia, el infortunado bicho podría resultar de interés para la ciencia.

Todavía escéptico -al fin y al cabo para él todos los lagartos eran iguales- el sargento llamó al capitán, que a su vez llamó al comandante, que a su vez llamó al coronel que estaba al mando del destacamento... siempre con el difunto saurio, que ya comenzaba a desprender cierto tufillo a causa del calor, en manos de su cazador.

El coronel, aunque tampoco era demasiado ducho en herpetología, estuvo de acuerdo con la opinión del soldado, que así logró pasar de carne de calabozo a ser nombrado en la orden del día. Tras ordenar que la pieza fuera preservada en frío, lo que obligó a requisar el frigorífico de las bebidas de la cantina de tropa, el coronel se puso en contacto con sus superiores solicitando que le enviaran lo antes posible un zoólogo experto en reptiles.

Cuando éste llegó al día siguiente no se puede decir que estuviera de mejor humor que el perro, ya que le habían arrancado literalmente de un congreso científico y, lo que era todavía peor, justo antes de la cena de clausura. Pero él era uno de los más reputados herpetólogos del país y, tratándose de una emergencia nacional, estaba claro que se debía a su patria.

Su monumental cabreo se esfumó como por ensalmo cuando pudo echar un vistazo al difunto espécimen, conservado donde antes se refrescaban las latas de Coca Cola. Tras una rápida inspección del animal determinó que, según todas las apariencias, se trataba de una especie desconocida, aunque aparentemente emparentada con aquéllas que habitaban en los desiertos de la zona. Eso sí, tan sólo podría emitir un informe completo estudiándolo con detenimiento en su laboratorio. Así pues, y espoleado por el deseo inconfeso de bautizar a la nueva especie con la versión latinizada de su apellido, pidió que se lo entregaran.

El coronel le respondió que habría que esperar a la llegada de un camión frigorífico para transportar el lagarto sin que el calor lo estropeará, pensando a su vez que así los muchachos podrían volver a tomar bebidas frescas para alivio del cabo furriel encargado de la cantina. El zoólogo protestó alegando que esto le retrasaría varios días, pero ante la irónica propuesta del militar de prestarle una máscara antigás acabó aviniéndose a razones.

Mientras tanto se había levantado la veda de la cacería y, estimulados por el ejemplo de su compañero, los soldados que formaban un anillo de vigilancia circunvalando toda la circunferencia de la Puerta comenzaron a matar su aburrimiento cazando a cualquier bicho de cuatro patas o de dos alas que tuviera la desgracia de ponerse a tiro de sus fusiles. Y aunque los frutos de la cacería -incluyendo un infortunado coyote- fueron dispares, principalmente porque no ponían demasiado interés en comprobar si salían de la Puerta o si simplemente pasaban por allí, lo que obligó a desechar a la mayor parte de las piezas cobradas, el herpetólogo, pese a no ser experto en aves y mamíferos, pudo incrementar su cosecha con nuevas especies desconocidas entre las que se encontraban una rara serpiente de cascabel, varios roedores y un ave corredora emparentada con los correcaminos... lo que causó el daño colateral de dejar sin bebidas frías también a la cantina de suboficiales.

Pero merecía la pena, o al menos eso pensaban todos -en especial el herpetólogo,- hasta que llegó la inesperada noticia de que existía un testigo presencial -o al menos así se autoproclamaba- que afirmaba haber franqueado la Puerta hasta más allá del muro que la separaba del mundo exterior.

Aunque el Ejército, con su proverbial eficiencia, mantenía un férreo cerco en torno a la Puerta que impedía tanto la entrada de posibles -y hasta el momento inexistentes- enemigos hostiles, como la llegada de indeseables curiosos y, lo más peligroso de todo, de molestos periodistas, por todo el país, y principalmente en las poblaciones más próximas del estado, habían surgido infinidad de visionarios que afirmaban haber entrado en contacto con seres extraterrestres cuya apariencia oscilaba desde humanos de aspecto seráfico a horribles monstruos con formas diversas -pulpos, hormigas, dinosaurios, enanos cabezones...-, con pretensiones que variaban asimismo entre salvar a la humanidad de un inevitable holocausto nuclear y conquistarla a sangre y fuego -bueno, más bien con rayos láser o desintegrantes- sometiendo a los supervivientes a una amarga esclavitud.

Sin embargo, en este caso el sheriff de una polvorienta población relativamente cercana insistía en que su protegido, al que conocía de toda la vida, no era ningún iluminado ni nadie que pretendiera gozar de sus quince minutos de gloria, sino un ciudadano honrado merecedor de toda consideración. Pero no fue esto lo que convenció al desconfiado coronel y a sus colaboradores de la sinceridad del testigo, sino el hecho de que, por boca del sheriff, éste les comunicó detalles que no podría haberse inventado ni oído a ningún periodista, puesto que se habían mantenido en secreto.



-¡Que lo traigan! -bramó el desesperado militar, cada vez más añorante de la perdida placidez cuartelera.

\* \* \*

Tom Silly, que así se llamaba el testigo, llegó al campamento acompañado y casi empujado por el sheriff. Era un estólido granjero de mediana edad, y bastaba con verle, sin necesidad de ser psicólogo, para convencerse de que no podía tratarse ni de un farsante ni de un iluminado, ya que carecía de la suficiente imaginación para poder ser cualquiera de ellos. De hecho, desde que se hizo pública la existencia de la Puerta se había encerrado en su granja sin querer hablar con nadie, y tan sólo una confidencia hecha al *barman* del local que solía frecuentar durante sus visitas al pueblo, después de que varias copas lograran desatarle la lengua, puso sobre aviso a las autoridades locales. No le había sido nada fácil al sheriff convencerlo para que relatará su experiencia a los responsables del campamento, y sólo la insinuación -en absoluto probada- de que quizá pudieran darle una recompensa por su testimonio consiguió vencer a duras penas su terca renuencia.

Aunque Tom vivía básicamente de los productos de su granja, redondeaba su presupuesto con diversas actividades de variados tipos, una de las cuales era la caza de las serpientes de cascabel que abundaban por la zona. Con sus pieles, sus cascabeles y sus cabezas elaboraba cinturones, sombreros y diversos objetos de adorno que vendía a un comerciante de la zona, el cual a su vez los revendía como recuerdos típicos en Las Vegas, donde eran muy apreciados por los turistas. Tom no se había enterado -no solía ver la televisión, ni leer los periódicos- de la aparición de la Puerta a apenas una treintena de kilómetros de su domicilio, y se encontraba rastreando la zona en busca de ofidios cuando se topó repentinamente con ella. Cotejando fechas los investigadores llegaron a la conclusión de que Tom había sido probablemente uno de los primeros en avistarla, y sin duda alguna el primero que se acercó a ella -los demás testigos optaron por mantenerse a una prudencial distancia- antes de que los militares tomaran cartas en el asunto impidiendo el acceso a sus alrededores.

Intrigado por tan desconcertante fenómeno, Tom detuvo su todoterreno a veinte metros de la Puerta; aunque habitualmente no solía interesarse por todo cuanto no enajenara en su rutina diaria, lo desmesurado de su magnitud le movió a acercarse a ella. Su intento de tocar su superficie derivó en susto cuando notó que la mano la atravesaba limpiamente, pero se tranquilizó al comprobar, tras retirarla con brusquedad, que ésta permanecía intacta. Movido por una curiosidad que más de uno habría considerado temeraria, pero que hizo palidecer de envidia al coronel lamentándose de no tener bajo su mando a soldados como él, introdujo a continuación la cabeza... lo que no le sirvió de mucho, puesto que tan sólo pudo atisbar una grisura uniforme que se extendía en todas direcciones.

Con la cabeza a buen recaudo -al igual que la mano ésta tampoco había sufrido el menor daño- y de vuelta al tranquilizador exterior de la Puerta Tom comenzó a reflexionar,

algo que para él suponía un esfuerzo considerable. Aparentemente la cosa era inofensiva, así que sin pensárselo dos veces penetró con decisión en ella. Inmediatamente se vio rodeado de la nada gris que ya conocía, pero lejos de arredrarse se encaminó hacia su interior procurando mantener una dirección aproximadamente perpendicular al lugar por donde había entrado. Si tal como parecía era una especie de muro, tarde o temprano acabaría llegando al otro extremo.

Así ocurrió, tras recorrer un tramo que, conforme a sus indicaciones -Tom estaba acostumbrado a calcular distancias-, los técnicos estimaron en unos ochenta o cien metros, superior por tanto a los sondeos que éstos habían realizado. La salida por la otra *pared* de la Puerta fue tan abrupta como la entrada, quedando Tom momentáneamente cegado por el fuerte resplandor del sol. Los científicos, que ya habían especulado con la posibilidad de que la Puerta estuviera hueca conteniendo un espacio cilíndrico en su interior, preguntaron al granjero si, efectivamente, era así, pero para su sorpresa éste les respondió que no había salido dentro de ella, ya que de haber sido así se habría encontrado dentro de un tubo de algo más de un kilómetro de diámetro, sino *fuera*. Salvo la pared grisácea que se curvaba hacia atrás en ambas direcciones de forma similar a como lo hiciera al *otro lado*, nada había que perturbara su visión del paisaje.

Preguntado sobre qué había visto, Tom se mostró turbado. La orografía era la misma, de eso no le cabía la menor duda, con los familiares montes y las no menos conocidas quebradas. Pero ahí acababan las similitudes. Por la hondonada cercana, habitualmente seca salvo con ocasión de una esporádica lluvia, discurría ahora un plácido río. El reseco terreno que él recordaba estaba ahora recubierto de vegetación, frondosos bosques en las laderas y fértiles campos de cultivo en las tierras bajas. Pero lo que más le perturbó fue ver en la lejanía, allá donde sólo debería haber existido la vastedad del desierto, el perfil de una fantástica ciudad que le recordó a las que aparecían dibujadas en los *cómics* de ciencia ficción de su infancia. Bueno, eso... y también los vehículos aéreos que surcaban grácilmente el cielo, que no eran ni aviones ni helicópteros puesto que carecían tanto de alas como de rotores que pudieran sostenerlos en el aire. De hecho, por su forma y tamaño a Tom le parecieron más bien coches voladores que cualquier otro tipo de aparato.

Tom era ante todo un buen cristiano, y tenía presentes los sermones en los que los predicadores recordaban a sus feligreses la necesidad de estar siempre prevenidos frente a las acechanzas del Maligno. Así pues, al ver que uno de esos extraños aparatos perdía altura con la evidente intención de aterrizar a su lado, y atribuyendo una condición diabólica a tan perturbador fenómeno, dio media vuelta y echó a correr despavorido buscando retornar a su acogedor y familiar desierto.

El camino de vuelta ocurrió también sin incidentes, a excepción de la piedra con la que tropezó al salir de la Puerta haciéndole caer cuan largo era al suelo. Aunque se había desviado ligeramente del lugar por el que había entrado, pudo atisbar a su vehículo apenas

a unos centenares de metros de distancia. Y lo que era más tranquilizador, el desierto terreno volvía a tener el mismo aspecto de siempre.

Tom se había apresurado a montar en el todoterreno y, cual alma que llevaba el diablo, corrió a la mayor velocidad posible hasta su rancho, donde se atrincheró hasta que algunos días después, ajeno por completo al trajín montado por los militares pero necesitado de provisiones, se vio obligado a viajar hasta el pueblo en las circunstancias ya conocidas.

Una vez que se le hubo agradecido su colaboración encomiándole su patriotismo el coronel le permitió volver a su granja, cosa que Tom se apresuró a hacer, mohíno eso sí al no haberse embolsado la ansiada y en realidad nunca prometida recompensa, sino tan sólo el reconocimiento público de su arrojo junto con el compromiso de transmitir la relevancia de su testimonio ante las autoridades del estado y, quizá, hasta de las federales... nada de lo cual le garantizaba que fuera a ayudarle a pagar la hipoteca.

No obstante, el testimonio del frustrado granjero no cayó en saco roto. Aunque nadie dudaba de la veracidad de su relato, la pequeña comunidad del campamento se escindió en dos bandos irreconciliables. Por un lado estaban los científicos que, excitados como un niño con juguetes nuevos, presionaban con todas sus fuerzas para que se les permitiera hacer una excursión al *otro lado*. Y por el otro estaban el coronel y tras él, por la obediencia debida, las tropas bajo su mando; imbuido en la tradicional paranoia militar, estimaba que si había gente más allá de la Puerta y ésta, según todos los indicios, gozaba de un nivel tecnológico superior al nuestro, cabía la posibilidad de que pudieran ser hostiles e incluso que intentaran invadirnos, algo que los científicos, que como civiles no estaban sometidos a la disciplina militar, no se recataban en calificar de absurdo. Pero como era en él en quien recaía el mando, y éstos se veían obligados muy a su pesar a acatar sus decisiones, no sólo prohibió tajantemente que nadie se acercara al borde de la Puerta, en especial los poco fiables científicos, sino que reforzó considerablemente las líneas de defensa solicitando refuerzos de infantería, artillería ligera y varios helicópteros de vigilancia.

Mientras tanto, y a pesar de que estos descubrimientos se habían mantenido lógicamente en silencio ya que lo que menos se deseaba, y en esto sí estaban de acuerdo unos y otros, era sufrir una invasión por parte de periodistas o simplemente curiosos, sí se contactó con expertos en física, mecánica cuántica, relatividad y hasta cosmología, en un intento de desentrañar el misterio que encerraba la Puerta, por supuesto haciéndoles firmar previamente un compromiso de confidencialidad.

De todas las hipótesis que se plantearon, casi tantas como expertos consultados, la que finalmente alcanzó un grado de consenso mayor fue la que suponía que la Puerta -fue entonces cuando recibió este nombre- sería un punto de contacto entre nuestro planeta y un universo paralelo, abierto accidentalmente -o quizá no tanto, en opinión de los militares- a causa de un desgarró en el espacio-tiempo. Por supuesto sus promotores lo explicaron de

una manera mucho más compleja con profusión de ecuaciones incluidas, pero en esencia la idea venía a ser ésta.

Claro está que estas conclusiones no ayudaban a resolver el problema, máxime teniendo en cuenta que el coronel seguía en sus trece montando en cólera cada vez que alguien le insinuaba la posibilidad de meter las narices dentro, aunque fuera poco. Mientras no estuviera completamente seguro -afirmaba- que del *otro lado* no podía provenir ningún peligro, no autorizaría ninguna expedición a través de la Puerta.

El problema estaba en que los habitantes del *otro lado* -debía haberlos, puesto que Tom Silly había visto vehículos, una ciudad y claros indicios de campos cultivados- seguían sirviendo la menor señal de vida, lo cual no dejaba de ser desconcertante dado que cabía suponerles una curiosidad similar a la nuestra; al menos esto era lo que pensaban los científicos, porque los militares -en realidad el coronel, ya que sus subordinados evitaban prudentemente opinar delante de los civiles- optaban una hipótesis alternativa: ¿Y si estaban preparándose para la invasión?

A consecuencia de todo ello la investigación se encontraba estancada para desesperación de los científicos y hartazgo de los uniformados, al menos los pertenecientes a la clase de tropa cansados de realizar las aburridas tareas de vigilancia bajo el tórrido sol del desierto. El coronel, que disponía de aire acondicionado en su tienda, lo sobrellevaba mejor.

Finalmente las presiones de los científicos, uno de los cuales conocía a alguien que conocía a su vez a un congresista, y éste a... lograron desatascar el *impasse*, aunque sin duda también debió de influir algo la evidencia de que el primer paso para un contacto entre ambas civilizaciones no iba a ser según todas las apariencias por iniciativa de los del *otro lado*, que continuaban sin dar señales de vida y sin tener siquiera el detalle de devolver los costosos robots perdidos durante los ensayos previos. El discreto traslado del tozudo coronel a una unidad de adiestramiento de reclutas y su relevo en el mando por otro más proclive -aunque no demasiado- a las pretensiones de los científicos, hizo el resto.

Así pues, comenzó a discutirse un plan de acción... en el sentido más literal de la palabra, puesto que ni siquiera los científicos se ponían de acuerdo entre ellos sobre cual debería ser la representación más adecuada en la que habría de ser la primera embajada terrestre a otro planeta. Puesto que los políticos, atraídos como moscas por la miel, también deseaban meter el cazo y los militares esgrimían a su vez, con tozudez berroqueña, lo imprescindible de su tutela en previsión de posibles intenciones hostiles por parte de los visitados, el campamento acabó convirtiéndose en un auténtico gallinero.

Todo acabó con la llegada de un delegado federal nombrado desde muy arriba, el cual se apoyó en los plenos poderes que le habían sido otorgados para hacer y deshacer a su antojo. De esta manera la embajada, o delegación como prefería denominarla ya que, no sin

razón, argumentaba que él no ostentaba rango de embajador, quedó configurada finalmente de la siguiente manera:

-El delegado, su secretaria -según algunas voces maledicientes también algo más- y otros cinco ayudantes. Total: siete personas.

-Representantes políticos locales y estatales: cinco personas.

-Equipo científico: cuatro personas.

-Escolta militar: un pelotón de diez soldados, *oficialmente* voluntarios, al mando de un teniente. Total: once personas.

Lo que sumaba veintisiete. A su vez, el equipo científico estaba constituido por investigadores pertenecientes en su totalidad a las ciencias sociales, ya que éstos argüían, bajo el beneplácito del delegado, que sus respectivas disciplinas eran las más adecuadas para un primer contacto: un lingüista, un sociólogo, un antropólogo social y un psicólogo. El hecho de que quedaran sin representación las ciencias físicas y naturales provocó una airada protesta por parte de los afectados, los cuales recibieron por única respuesta la excusa de que la delegación ya era suficientemente numerosa y que no convenía incrementarla todavía más. Propusieron entonces que se redujera el número de políticos o de militares, a lo cual se negaron rotundamente tanto los unos como los otros, los primeros alegando su condición de representantes legítimos, respectivamente, del condado, del estado y de la nación -secretaria incluida-, y los segundos apoyándose en su obsesiva fijación por la seguridad. En consecuencia médicos, biólogos, geólogos, químicos, físicos, zoólogos y botánicos, entre otros, se quedaron con las ganas de intervenir.

Llegado el día asignado para la partida, la delegación terrestre -o, por hablar con mayor propiedad, norteamericana- se aprestó a afrontar su histórica misión, para la cual el delegado federal tenía preparado un discursito -que no había escrito él, sino uno de sus colaboradores- con frase lapidaria incluida pensada para pasar a la posteridad. Los demás políticos se habían limitado a esgrimir sus mejores sonrisas, mientras los soldados iban equipados tan sólo con armas cortas porque tampoco era cuestión de dar a sus anfitriones una equivocada imagen hostil. Los cuatro científicos, por último, se mantenían callados cuchicheando entre ellos sin que sus compañeros de viaje les prestaran mayor atención

Aunque conforme a los datos aportados por Tom Silly el trayecto a través de la Puerta sería breve, el delegado federal arguyó, apoyado por el resto de sus colegas, que la dignidad de su cargo desaconsejaba que lo realizara a pie. Por esta razón, y dado que no resultaría oportuno que él y su séquito utilizaran un coche oficial mientras el resto del grupo cruzaba a pie, se optó por tomar prestado un microbús militar, lo cual solucionó de paso el problema del conductor al hacerse cargo de su manejo uno de los soldados de la escolta.

Y desaparecieron tras la cortina de nada que constituía el muro de la Puerta, dejando al resto del personal del campamento, sin distinción alguna de civiles, militares o políticos, sumido en una tensa espera.

\* \* \*

Se daba por sentado que la delegación, aun en el mejor de los casos, llevaría su tiempo. Incluso los más optimistas asumían que los habitantes del *otro lado* desconocerían los idiomas terrestres -es decir, el inglés-, y aunque el lingüista que formaba parte de ella era uno de los más eminentes en su campo, se suponía que la comunicación entre las dos civilizaciones no sería inmediata. Así pues, habría que tener paciencia.

Pero cuando pasaron los días, las semanas e incluso llegó un nuevo mes sin que la delegación terrestre -o norteamericana- diera la menor señal de vida, los responsables del campamento, en especial los militares, comenzaron a impacientarse. Se había convenido que, de establecerse un contacto amistoso con los habitantes del *otro lado*, se enviaría a un soldado de vuelta para informar de la evolución de las negociaciones, algo que no había ocurrido; y aunque las razones para ello podían ser múltiples y no necesariamente preocupantes, la impaciencia fue siendo reemplazada poco a poco por la inquietud, que a su vez lo fue por el temor.

Por esta razón, llegó un momento en el que el coronel al mando del destacamento ordenó la evacuación de todo el personal no militar, al tiempo que solicitaba el envío de artillería pesada, carros de combate y aviones de caza, junto con el refuerzo de un regimiento de infantería.

Sin embargo no llegaron a hacerse efectivas estas medidas, ya que fue entonces cuando tuvo lugar el retorno del microbús con todos sus pasajeros sanos y salvos aunque con los rostros marcados por un gesto contrito -en especial los políticos- que no hacía presagiar nada bueno sobre el resultado de la misión.

Puesto que el delegado federal se marchó inmediatamente sin dar explicaciones llevándose consigo a su séquito y a su secretaria, el resto de los políticos se escabulleron con la excusa de que tenían cosas que hacer en sus respectivas circunscripciones y los soldados se ampararon en las órdenes recibidas para justificar su mutismo, fueron los cuatro científicos la única fuente de información de la que dispusieron sus colegas, ignorando éstos la recomendación del delegado de guardar silencio con el argumento de que esa precaución era válida para el exterior del campamento, pero no para quienes se encontraban en él.

-Cruzamos la barrera sumiéndonos en ese ámbito gris y carente de formas que había descrito el granjero -explicó el sociólogo ejerciendo de portavoz del grupo-. Aunque el microbús viajaba a poca velocidad, apenas tardamos medio minuto en cruzarlo, tras lo cual

salimos al *otro lado*. También allí era todo como ya sabíamos, pero con una diferencia fundamental: a unos cien o ciento cincuenta metros de distancia se alzaba un muro de quizá unos treinta metros de altura que rodeaba, como pudimos comprobar más adelante, toda la circunferencia de la Puerta sin dejar abierto el menor resquicio.

»El muro tenía una apariencia que no era sólida, parecía una bruma densa de tonos irisados a través de la cual se podía entrever el paisaje, incluyendo la ciudad que citó el granjero. No se parecía a nada que nos resultara familiar, pero cuando un soldado, a instancias del teniente, lanzó una piedra contra él, hubo un chisporroteo y la piedra desapareció, aparentemente volatilizada.

-Debía de tratarse de algún tipo de campo de fuerza -le interrumpió un físico-; lo que indica que su tecnología es claramente más avanzada que la nuestra.

-Eso debió de ser -respondió el portavoz, molesto por la interrupción-. Vista su peligrosidad evitamos acercarnos demasiado, y como en la sección que teníamos a la vista no se apreciaba ninguna abertura, optamos por rodear la Puerta a través del pasillo circular que quedaba entre ésta y el muro exterior.

»Habíamos rodeado ya casi media circunferencia, cuando descubrimos la existencia de una especie de casamata incrustada en el muro. Pensamos que pudiera ser una puerta, pero su superficie era lisa y carecía por completo de aberturas. Así pues la dejamos atrás, pero tras dar una vuelta completa comprobamos que éste era el único accidente que interrumpía la uniformidad del muro.

»Tenía que ser forzosamente una puerta, pero ¿cómo podríamos abrirla? Vista de cerca parecía sólida, aunque de un material desconocido, y en esta ocasión las piedras rebotaron inofensivamente en su superficie. Al tocarla su tacto era parecido al del mármol, pero no encontramos el menor resquicio por el que poder introducir siquiera una cuchilla de afeitar.

-Pero ustedes no tenían provisiones más que para unos pocos días, y han tardado casi dos meses en volver... -objetó otro de los asistentes.

-Evidentemente la idea era dar la vuelta si no podíamos entrar ya que en esas circunstancias no pintábamos nada allí, pero fue entonces cuando ellos, alertados sin duda de nuestra presencia, abrieron la puerta. De hecho, llevaban tiempo esperándonos.

Un silencio sepulcral se cernió sobre el improvisado auditorio tras la confirmación del contacto... que sólo duró unos segundos, sustituido por el guirigay que produjeron todas las voces intentando hablar a la vez.

-¡Por favor, silencio! -rogó el orador-. Si no me dejan hablar, difícilmente podré explicárselo.

Una vez restablecida la calma, continuó con el relato. De forma súbita, y sin el menor aviso, había aparecido una oquedad rectangular en mitad de la superficie frontal de la casamata. Nadie fue capaz de apercebirse del proceso pese a encontrarse todos junto a ella; simplemente un momento antes no estaba, y un momento después sí.

De allí surgieron quienes, con toda probabilidad, debían ser los habitantes de ese planeta gemelo -al menos geológicamente- de la Tierra. Humanos, como pudieron comprobar, aunque con ciertos rasgos exóticos que no se correspondían con los de ninguna raza conocida. También sus ropas eran diferentes, al igual que los extraños objetos oblongos que sostenían terciados y que, pese a su extraño diseño, no tuvieron la menor duda en identificar como armas. Las cuales, vista la mortífera efectividad del campo de fuerza, ejercieron un eficaz efecto disuasorio.

El que según todos los indicios era el jefe de la pequeña tropa se dirigió a ellos en un idioma desconocido y, habiendo comprobado la imposibilidad de una comunicación oral, les instó por señas a entregarles las armas -el teniente y algunos de los soldados habían desenfundado instintivamente sus pistolas- y, una vez hecho esto, a seguirles a través de la enigmática entrada.

Tras atravesar un corto túnel abovedado salieron finalmente al aire libre... aunque no a campo abierto, como esperaban, sino a un espacio circular de unos cien metros de diámetro cubierto por una cúpula de aspecto perlado a través de la cual se podía vislumbrar el azul tamizado del cielo. Ésta era lo bastante alta para albergar en su interior varias construcciones con aspecto de barracones, aunque el material empleado en sus paredes parecía ser el mismo que el de la casamata que habían dejado atrás.

Obedeciendo dócilmente las órdenes de sus captores se encaminaron hacia el más grande de los barracones, enfrentándose al consabido muro liso. Éste apuntó hacia él con un objeto que recordaba por su forma y tamaño a un mando a distancia, lo que hizo que surgiera una abertura. Invitados a pasar, una vez que hubo entrado el último, obviamente un político, la puerta se cerró a sus espaldas dejándolos encerrados.

Aunque sus reacciones fueron dispares, quienes lograron mantener mejor la calma descubrieron que se encontraban en el interior de un recinto dividido a su vez en varias habitaciones, algunas de ellas dormitorios mientras el resto se repartía entre un par de cuartos de baño, un comedor y el amplio salón en el que se encontraban, amueblado con sillones y mesas bajas.

Como pudieron comprobar el comedor contaba con frigoríficos y alacenas bien surtidos de víveres lo suficientemente extraños para recordarles que estaban en otro mundo, pero no tanto como para disuadirles de probarlos. Y como alguno de los prisioneros -de nuevo un político- comenzó a sentir las punzadas del hambre, ni corto ni perezoso hincó el diente a algo que recordaba en su aspecto a un queso, argumentando que sus captores, de



haber querido matarlos, no habrían tenido necesidad de intentar hacerlo mediante alimentos envenenados... añadiendo a continuación que el queso, o lo que fuera, estaba delicioso, lo que sirvió de acicate para que muchos de sus compañeros -a excepción de los soldados, retenidos por la autoridad de su superior- le imitaran.

-¿Comieron ustedes esos alimentos sin la menor precaución, así a ciegas? -le interrumpió alarmado un bioquímico.

-¿Y qué quería que hiciéramos? ¿Morirnos de hambre? Como acabo de explicar, resultaba absurdo que nos envenenaran después de tomar tantas precauciones para capturarnos. Todas nuestras provisiones se habían quedado en el microbús, y no teníamos la menor idea de cuanto tiempo tendríamos que permanecer allí. Por otro lado nuestros anfitriones eran tan humanos como nosotros, y lo que era bueno para ellos cabía suponer que lo fuera también para nuestros estómagos. De hecho así fue, ¿cómo si no podríamos haber sobrevivido durante todo este tiempo sin morir de inanición?

Le evidencia era palpable, pero el bioquímico insistió:

-Estoy de acuerdo con usted en que el riesgo de ser envenenados de forma deliberada era remoto, pero no el único. Esos alimentos podrían haber contenido nutrientes que nuestro metabolismo fuera incapaz de asimilar, quién sabe si incluso venenosos... habría bastado con alguna pequeña diferencia en la quiralidad de las moléculas, o en el plegado de las proteínas... recuerde el caso de los tristemente famosos priones que provocaron la epidemia de las vacas locas. O podrían haber portado gérmenes inocuos para esos seres, pero patógenos para nosotros. Y esto no tenían por qué saberlo ellos, puesto que su desconocimiento de nuestra bioquímica era, evidentemente, tan completo como el nuestro respecto a la suya. Si me permite que le exprese mi opinión, corrieron ustedes un serio riesgo de acabar, como poco, con una reacción alérgica o con una indigestión.

-El caso es que no sólo no nos pasó nada -respondió con tono de fastidio el sociólogo, que no había entendido nada de los priones ni de la quiralidad-, sino que incluso alguno de nosotros ha vuelto con unos kilos de más. En cualquier caso, insisto, no nos quedaba otra alternativa.

Continuó explicando que en un principio les dejaron comer y descansar, callando por considerarla irrelevante la airada protesta de la secretaria, única mujer del grupo, al descubrir que no había habitaciones individuales sino varios dormitorios comunes equipados con literas, lo que según ella le privaba de toda intimidad... opinión probablemente compartida por los demás a excepción claro está de los soldados, aunque todos prefirieron callárselo. Y como nadie ofreció renunciar a su plaza conformándose con los sillones, ésta tuvo que resignarse a tumbarse vestida encima de la cama, por supuesto evitando el dormitorio que les fue asignado a los soldados.

De cualquier modo, desconocían cuanto podría durar su encierro. A la mañana siguiente -más adelante supieron que esta segunda Tierra tenía sincronizadas la traslación y la rotación con la nuestra- entraron en el recinto varios neoterranos -alguien propuso con éxito denominarlos así- algunos de los cuales eran soldados, mientras el resto tenían todo el aspecto de ser científicos. Estaba claro que su intención era enseñarles su idioma o bien, tal como comprobaron posteriormente, aprender ellos el inglés, buscando poder entenderse con los visitantes.

Gracias a la ayuda de unas máquinas que dejaron sorprendido al lingüista la tarea tan sólo les llevó unos días, pasados los cuales la comunicación fue posible siquiera a un nivel básico, pero suficiente. Llegaron entonces las explicaciones: efectivamente Neotierra era un planeta gemelo de la Tierra que orbitaba en un universo paralelo al nuestro, ambos extremadamente próximos entre sí -el concepto de multiverso abarcaba al parecer un espectro prácticamente infinito de realidades alternativas, tanto más dispares cuanto más alejadas- pero en principio completamente aislados. Sin embargo -cuando oyó esto el cosmólogo presente en la sala ronroneó de satisfacción-, en ocasiones y de forma aleatoria podían crearse perturbaciones, o vórtices, en la trama que envolvía y al mismo tiempo separaba a dos universos continuos, produciéndose una singularidad cuántica -la Puerta- que permitía el paso de uno a otro en ambos sentidos.

Los neoterranos conocían este fenómeno, que habían postulado de forma teórica, pero no esperaban que se abriera una Puerta su propio planeta, y tampoco podían predecir si se trataba de un fenómeno puntual o si, por el contrario, persistiría en el tiempo. Fuera de esto la información que les dieron sobre ellos y su planeta fue mínima, salvo la confirmación obvia de lo que ya sabían: pese a ser fisiológicamente idénticos a los terrestres y, con mucha probabilidad -al llegar a este punto un biólogo soltó un bufido- interfértiles, su nivel científico y tecnológico era sensiblemente superior al de sus homólogos del *otro lado*.

A diferencia de su parquedad a la hora de responder las preguntas de sus forzados huéspedes, ellos sí se mostraron extremadamente interesados por conocer como era el *otro lado*, venciendo las reticencias de los miembros del grupo, en especial la del teniente, merced a unas drogas hipnóticas que dejaban en mantillas al pentotal sódico, a la escopolamina y a cualquier otra sustancia susceptible de ser usada, de forma efectiva o no, como suero de la verdad.

Asimismo todos ellos fueron llevados de forma sucesiva a un edificio anejo, también bajo la cúpula, en el que les sometieron a unos exhaustivos exámenes médicos. Aparte de esto y de los interrogatorios, los neoterranos les dejaron tranquilos y les trataron bien durante todo el tiempo que estuvieron recluidos, aunque sin permitirles abandonar su encierro. De hecho, incluso atendieron la petición de la chica -no así otra análoga de su jefe- habilitándole como dormitorio una pequeña habitación en un rincón de la sala

comunal, aunque muy a pesar suyo tuvo que seguir compartiendo los cuartos de baño con el resto de sus forzados compañeros.

Recluidos en este reducido espacio, los cautivos veían desgranarse de forma rutinaria los días. Los neoterranos afirmaban que no tenían intención de retenerlos de manera indefinida y que tampoco pretendían infligirles el menor daño, sino tan sólo conocer lo mejor posible la cultura y la fisiología humanas. Cuando uno de los políticos les increpó de forma airada invitándoles a comprobarlo por sí mismos, la flemática respuesta fue que esa propuesta era incompatible con el plan de actuación que habían trazado, del cual rehusaron dar la más mínima indicación.

Finalmente, y cuando menos lo esperaban, les comunicaron que eran libres para volver a casa. Ante la tímida sugerencia de uno de los científicos, el antropólogo concretamente, de que antes de volver a cruzar la Puerta se les permitiera abandonar la cúpula y visitar la ciudad, o cuanto menos los alrededores, la negativa fue tajante. Volverían exactamente por el mismo camino por el que habían llegado.

Y así fue. Siempre escoltados por un pelotón de hieráticos soldados -en esto no parecían diferenciarse mucho de los terrestres-, abandonaron el pabellón en el que estuvieran alojados, recorrieron el corto trayecto que les separaba de la salida de la cúpula, atravesaron el corredor que les condujo al exterior de la casamata y, tras serles devueltas a los soldados las pistolas sin munición, les ordenaron que montaran todos en el microbús y volvieran a casa atravesando la Puerta.

Eso había sido todo, concluyó con gesto cansado. Los políticos se encargarían de informar a sus superiores y, en lo que a ellos se refería, su trabajo también había terminado.

Como cabía suponer sus interlocutores no se conformaron con tan prosaico final, instándole a dar más detalles. En concreto, fueron muchos los que se extrañaban de que no fueran portadores de ningún mensaje a la humanidad hermana; al fin y al cabo, esa había sido su misión primordial.

-En realidad, sí lo hubo -tomó entonces la palabra el psicólogo, relevando a su compañero-. Y aunque tanto el delegado como el teniente nos pidieron que guardáramos silencio, este secretismo me parece una tontería sobre todo entre nosotros que, al fin y al cabo, todos formamos parte del proyecto. El mensaje fue breve, limitándose a prohibirnos que, en lo sucesivo, volviéramos a intentar atravesar la Puerta... aunque el campo de fuerza que la rodea ya es de por sí suficientemente disuasorio.

-Realmente no entiendo esta falta de interés, ni de curiosidad hacia nosotros -objetó un químico-. ¿Qué razones dieron para ello?

-Tan sólo una -respondió con un suspiro el interpelado-. No desean tener inmigrantes ilegales en su planeta.



## CASO CERRADO

*En una situación de infinitud, toda condición posible sucede no una vez, sino un número infinito de veces.*

Jack Vance

El despertador llevaba sonando sus buenos diez minutos antes de que se pudiera despejar lo bastante para ser consciente de que debía levantarse para ir a trabajar.

Mascullando maldiciones ejecutó todos sus rituales matutinos a la carrera, dado que al costarle mucho madrugar acostumbraba a apurar al máximo la transición del sueño a la vigilia... razón por la que esos diez minutos de más -o de menos- le resultaban vitales para no perder el tren y llegar tarde al trabajo.

Por suerte vivía cerca de la estación pero la entrada quedaba al otro lado de las vías, lo que le imponía el engorro de tener que cruzarlas por la pasarela; otro retraso más. Y si perdía el tren directo, como se temía, se vería obligado a coger uno de los que paraban en todas las estaciones, acumulándose la tardanza.

Echando los pulmones por la boca -tampoco era aficionado al ejercicio físico- entró en tromba en la estación, cruzó el torniquete y se introdujo a todo correr en el paso subterráneo ya que, por variar, tenía que pasar al otro lado de los andenes para coger el tren que, según pudo comprobar, acababa de pararse y estaba abriendo las puertas.

El cruce del subterráneo fue una carrera de obstáculos, entendiendo como tales a los viajeros que se habían apeado en la estación y que parecían poner especial empeño en atravesarse en su camino. Saltando las escaleras de dos en dos, y porque no se atrevía a hacerlo de tres en tres, alcanzó finalmente el andén y se zambulló en la primera puerta del tren que encontró cuando ésta ya había comenzado a cerrarse.

Pero algo andaba mal, como pudo comprobar una vez hubo recuperado mínimamente el resuello. En vez de encontrarse en un tren de cercanías atestado de gente, descubrió con sorpresa que su interior era el correspondiente a uno de los de medio o largo recorrido y que además el vagón estaba completamente vacío.

Perplejo y desconcertado se dio la vuelta en un intento instintivo de abandonarlo; pero ya era demasiado tarde, puesto que el extraño tren había cerrado las puertas e iniciaba la marcha... en sentido contrario al esperado, puesto que en vez de encaminarse a Madrid lo hizo en dirección a Guadalajara.

En mitad de su asombro, se olvidó de la preocupación de llegar tarde al trabajo centrándose en la necesidad de salir de allí en la primera parada; pero ¿cuál sería ésta? El tren no se detuvo ni en el apeadero de la universidad, ni en Meco ni en Azuqueca, lo cual tenía su lógica dado que se trataba de estaciones secundarias a las que sólo daban servicio los cercanías; así pues se preparó para bajarse en Guadalajara, donde seguro que sí lo haría.

Pero no lo hizo, atravesando a toda velocidad la estación. Cada vez más sorprendido, repasó mentalmente las posibles paradas del tren más allá de la capital provincial: ninguna importante hasta Sigüenza y, a partir de allí, Medinaceli -quizá-, Calatayud y con toda seguridad Zaragoza. No entendía cómo podía haberse equivocado de tren de una manera tan absurda, y ya era casualidad que lo hubiera hecho en uno de los pocos regionales que seguían funcionando tras la supresión de los trenes a Barcelona una vez inaugurada la línea del AVE. Alguno, creía recordar, llegaba hasta Lérida, pero si no se equivocaba éste no paraba en Alcalá.

Maldiciendo mentalmente a los empleados de la estación por su manía de cambiarlos arbitrariamente de vía, decidió tomárselo con filosofía sentándose en uno de los asientos disponibles -en realidad todos- lamentando la ausencia de algún otro viajero al que poderle preguntar. Repentinamente le invadió un temor: si aparecía un revisor, especie prácticamente extinguida en los trenes de cercanías pero quizá no tanto en las líneas regionales, ¿cómo podría justificar su carencia de billete? Bien, tampoco se iba a preocupar por algo que quizá no ocurriera, y en cualquier caso bastaría con contar la verdad por muy insólita que ésta pudiera parecer. Al fin y al cabo él había montado, aunque fuera in extremis, en un cercanías y en la vía en la que paraban los cercanías procedentes de Guadalajara con destino Madrid, no se le podían exigir responsabilidades por lo que había sido un cúmulo de negligencias de los empleados de la estación.

Ya algo más relajado, y dado que no podía hacer otra cosa, se puso a ver desfilar por la ventanilla el paisaje del valle del Henares que iba remontando el tren, el cual pasó de largo por todas las estaciones incluyendo las relativamente importantes de Humanes, Jadraque y Baidés. Tampoco paró en Sigüenza ni en Medinaceli, pero lo que más le sorprendió fue que ni siquiera lo hiciera en Calatayud. Estaba claro que iba a verse obligado a ir hasta la misma Zaragoza.

Allí sí lo hizo, aunque de una manera que también le sorprendió. Pese a no estar demasiado familiarizado con la infraestructura ferroviaria de la capital aragonesa, creía recordar que había dos estaciones principales además de las de cercanías: la de Delicias, que daba servicio a las líneas del AVE y a las convencionales, y la de El Portillo, utilizada para viajes regionales y cercanías. Sin embargo, la estación en la que rindió viaje el tren no era ninguna de ellas, sino otra para él completamente desconocida que ostentaba el enigmático nombre de Zaragoza 472-A5.

Por suerte, no apareció ningún revisor. Según pudo apreciar apenas hubo puesto el pie en el andén se trataba de una estación término, algo que tampoco encajaba en el entorno de un nudo de comunicaciones de la importancia de Zaragoza; pero no era ésta su prioridad más importante, sino la de encontrar la manera de deshacer el involuntario viaje.

Esquivando a los viajeros que se dirigían al tren que acababa de abandonar salió al vestíbulo en busca de las taquillas, eligiendo una en la que en ese momento no había cola. Por suerte no se trataba de un puesto automático, sino que estaba atendida por un empleado.

-Déme un billete de ida para Madrid, por favor -pidió al tiempo que sacaba la tarjeta de crédito. Aunque no residía en la capital y había renunciado ya a llegar al trabajo, optó por lo más seguro, ya que así le serviría cualquier tren y podría tomar el primero que saliera sin necesidad de tener que esperar a uno que hiciera paradas intermedias.

-¿Madrid? -se extrañó el taquillero-. Me temo que se ha equivocado de estación, los AVE salen de Delicias. Tendrá que salir a la calle y coger el tranvía lanzadera para que le lleve hasta allí.

-¿Cómo que desde esta estación no puede irse a Madrid? -respondió irritado-. Acabo de bajarme de un tren en el que monté por error en Alcalá de Henares...

-Lo lamento mucho, señor, pero insisto en que los trenes para Madrid salen en su totalidad de Delicias, incluyendo los regionales. Esta estación sólo da servicio a las líneas MV.

-¿MV? -preguntó extrañado. Pero al ver el gesto adusto del taquillero y las caras de pocos amigos de los que estaban esperando tras él, optó por quitarse de en medio.

Fijó entonces su atención en el panel informativo de las llegadas y salidas, que encabezado por un rótulo que rezaba “Zaragoza 472-A5. SERVICIOS MV”, reproducía a continuación una doble tabla en la que las cifras horarias estaban acompañadas por lo que parecían ser sendas listas de procedencias y destinos, todos los cuales, en lugar de reflejar nombres de ciudades, estaban encabezados por una Z mayúscula acompañada por unos caracteres alfanuméricos similares a los que al parecer daban nombre a la estación.

Todo eso no tenía el menor sentido, como tampoco lo había tenido el extraño viaje en el que se había visto inmerso de forma tan inexplicable; pero por lo demás la estación no tenía nada de particular, como tampoco lo tenían los apresurados viajeros que la recorrían.

¿Qué estaba pasando? Completamente desconcertado encaminó sus pasos hacia el kiosco de prensa y chucherías que se alzaba en el otro extremo del vestíbulo, mirando distraídamente los titulares de las portadas... para dar un respingo al leer en uno de ellos que la propuesta de integración de Aragón en España había fracasado por el voto en contra

de los diputados catalanes, lo que sembraba de incertidumbre el futuro político de la confederación catalano-aragonesa e incluso su propia existencia, al chocar contra la voluntad del resto de sus territorios, Aragón, Valencia y las Baleares, que sí eran partidarios de unirse a sus compañeros ibéricos.

O era una broma, o estaba pasando algo muy raro. Impelido por la curiosidad, cogió el primer ejemplar del montón y entregó al quiosquero una moneda de dos euros aguardando a que éste le diera el cambio.

Una nueva sorpresa, si a esas alturas podía haber ya algo que le sorprendiera, surgió cuando éste, tras observarla con detenimiento, se la devolvió diciéndole:

-Lo siento, pero no admito euros. Son doce florines.

-¿Florines? ¿Que no acepta euros? -replicó perplejo.

El quiosquero comenzó a impacientarse.

-Oiga, o me paga el periódico o me lo devuelve.

Pero él permanecía inmóvil, incapaz de reaccionar, con el periódico en una mano y la moneda en la otra. Quien vino a romper el *impasse* fue un guardia de seguridad que se acercó a ver qué pasaba. El quiosquero se lo explicó y éste, tomándole por el brazo, le apartó preguntándole si se encontraba mal, al tiempo que calmaba al irritado vendedor prometiéndole que le entregaría el importe del periódico cuando volviera.

Evidentemente no se encontraba bien, por lo que a pesar de su silencio se dejó llevar hasta un cuarto interior amueblado escuetamente con varios sillones y una destartada mesa, sin duda la sala de descanso de los vigilantes a juzgar por las taquillas adosadas a una de las paredes. Una vez sentado, su acompañante llamó a los servicios médicos para que se hicieran cargo de él.

Éstos no tardaron en llegar y, tras una breve observación, diagnosticaron el problema: *shock* provocado por un tránsito traumático a través del multiverso. Según le explicaron, aunque hubiera dado lo mismo que le hablaran en chino, se trataba de un caso relativamente frecuente, sobre todo entre los viajeros procedentes de universos recién integrados y por lo tanto poco habituados a este tipo de desplazamientos, y su solución solía ser sencilla, al menos desde el punto de vista médico: bastaría con una sedación suave para que los afectados se tranquilizaran lo suficiente para poder recuperar el control de su mente.

Acto seguido, continuaron explicándole, serían los policías de frontera quienes le interrogarían para determinar su lugar de procedencia con objeto de poder devolverle a su universo de origen o, en su caso, de residencia.



Huelga decir que maldito lo que sacó en claro de todo esto, pero la combinación de los fármacos suministrados y las palabras tranquilizadoras que recibió lograron calmarle lo suficiente para aceptar que iban a ayudarlo. Pero para ello debería acompañarles a las dependencias policiales con objeto de averiguar de cual universo -eso creyó entender- había llegado de forma aparentemente involuntaria.

Aunque allí le trataron con total amabilidad, esto no le evitó el engorro de tener que responder a una larga batería de preguntas que en su mayoría le resultaron desconcertantes, ya que si bien algunas de ellas eran obvias -cuál era la capital de los Estados Unidos, o qué idioma se hablaba en Brasil-, otras le resultaron absurdas, en especial las históricas; pese a lo afirmado en la encuesta Alemania no ganó la Primera Guerra Mundial, las bombas atómicas -dos, no tres- fueron lanzadas sobre Japón y no sobre la URSS, Biafra y Katanga no llegaron a consolidar sus respectivas independencias y Gibraltar había sido conquistado por Inglaterra a principios del siglo XVIII sin que España lograra recuperarlo pese a sus reiterados intentos.

Aprovechó el tema de Gibraltar para explicar el llamativo anacronismo que había encontrado en el titular del periódico que seguía conservando en su poder, proponiéndole su interlocutor que se tomara un descanso y aprovechara para leerlo con tranquilidad tomando nota de las discrepancias que descubriera, ya que así resultaría más fácil determinar su universo -de nuevo la dichosa palabreja- de origen. Y para ayudarlo, ya que según afirmó los periodistas solían flojear bastante en historia, le entregó un atlas histórico y otro geográfico para que le sirvieran de apoyo.

Hecho lo cual le dejaron solo, sin más interrupción que la de un discreto camarero que le trajo una bandeja con comida y bebida, algo que agradeció dado que llevaba bastantes horas con el estómago vacío.

Ya más calmado y saciadas sus necesidades más perentorias, abordó la lectura del artículo que tanto le había llamado la atención cotejándolo con diversos capítulos del libro, llegando a la conclusión de que, o bien él se había vuelto loco, o bien era el resto del mundo el que no estaba en sus cabales.

Pese a no ser un experto en historia, sí conocía lo suficiente para concluir que lo que leía, o al menos buena parte de ello, no concordaba en absoluto con sus recuerdos. Según el atlas -el artículo, como era de esperar, dejaba sin explicar el trasfondo histórico-, la unificación de los reinos de Castilla y Aragón en las personas de los Reyes Católicos no había tenido lugar a finales del siglo XV, tal como él recordaba, ya que la unión dinástica se había realizado entre la reina Juana I de Castilla, apodada *La Beltraneja* por los partidarios de su tía Isabel, y el rey Alfonso V de Portugal. Este matrimonio sí le sonaba, pero no así que la inmediata guerra civil entre las dos rivales se hubiera saldado con la derrota de la usurpadora y su esposo aragonés en la decisiva batalla de Toro, gracias a la

cual el triunfante monarca luso se había proclamado rey consorte de Castilla expulsando del reino a las tropas enemigas.

Así pues, España se conformó mediante la unión de Castilla y Portugal a la que se sumaron posteriormente Granada y Navarra, esta vez en los años correctos. Por su parte Aragón había continuado como reino independiente bajo Fernando II, con la frustrada pretendiente Isabel reducida a la condición de reina consorte. Olvidadas sus pretensiones en la península la monarquía aragonesa se había volcado en sus posesiones italianas, mientras España abordaba la colonización de la recién descubierta América. Al menos la fecha y el descubridor coincidían, aunque el libro afirmaba que las tres carabelas habían partido de Lisboa y no de Palos de la Frontera.

La geografía actual tampoco le resultaba familiar. Además del enigmático desplazamiento de las fronteras ibéricas, en ese extraño mundo no parecían existir ni Bélgica ni Luxemburgo, repartidas entre Francia y Holanda, mientras Checoslovaquia aparentemente no se había partido en dos, Rumania incluía dentro de sus fronteras a la república de Moldavia, las de Polonia se adentraban en territorio ucraniano y Constantinopla -no Estambul- era griega en lugar de turca.

Cambió entonces al artículo. Según afirmaba éste España, es decir, la España formada por Castilla y Portugal cuya capital no era Madrid sino Lisboa, pertenecía desde hacía varias décadas a la Unión Europea, mientras Aragón permanecía fuera de ésta por razones que el periódico no explicaba y que por el momento prefirió no indagar para no perder demasiado tiempo, limitándose a hacer alguna breve consulta al atlas sólo cuando resultaba necesario.

El conjunto de la información era confuso, puesto que detalles familiares se entremezclaban con otros completamente extraños. Al parecer la Unión Europea había cerrado temporalmente sus puertas a los países candidatos a integrarse en ella tras las crisis de Yugoslavia y Gran Bretaña, dejando con dos palmos de narices no sólo al mosaico surgido del hundimiento de la primera incluyendo a Eslovenia y Croacia, que permanecían fuera de ella, sino también a Albania, Rumania, Bulgaria y, sorprendentemente, Grecia.

Todavía le causó mayor perplejidad descubrir que tras la salida de Gran Bretaña del club comunitario durante el gobierno de Margaret Thatcher, el país se hundió en una profunda crisis económica y social sufriendo una serie de convulsiones que acabarían provocando su estallido poco después del yugoslavo; aunque los británicos fueron más pragmáticos y lograron evitar sumirse en un conflicto armado, su estructura política había saltado por los aires proclamándose independiente no sólo Escocia, sino también el Ulster y hasta el pequeño y tranquilo Gales, quedando reducida a Inglaterra la soberanía británica sin que esto impidiera que los sucesivos gobiernos ingleses hicieran todo lo posible por boicotear el ingreso de los territorios emancipados en la Unión Europea.

Víctima indirecta de estas crisis había sido Aragón, que tras haber rehusado integrarse a la par que España a causa de las reticencias catalanas, ahora se veía imposibilitado de hacerlo al igual que otros países como Islandia, Finlandia, los tres países bálticos o los balcánicos, Grecia incluida.

Las tensiones aragonesas se habían visto acrecentadas todavía más a raíz de que el Ulster consiguiera entrar en la Unión Europea por la puerta trasera recurriendo a la misma estratagema que ya utilizara la antigua República Democrática Alemana: su integración en un país miembro, en este caso la República de Irlanda.

Aunque las circunstancias eran muy diferentes, ya que Aragón nunca había formado parte ni de España ni de Castilla, principalmente los aragoneses apelando a su afinidad histórica y cultural con Castilla, pero también los valencianos y los baleares deseosos de sacudirse la pesada tutela catalana, comenzaron a pedir cada vez con más fuerza la incorporación a España imitando la vía irlandesa, lo que supondría su entrada automática en la Unión Europea. El obstáculo radicaba en la oposición frontal catalana, vislumbrándose como única solución la previsible fractura del territorio histórico aragonés.

Así pues no era de extrañar el revuelo que había montado, todavía más en Zaragoza por ser ésta el epicentro del movimiento panibérico.

El resto de las noticias del periódico era una extraña mezcla de noticias reales -al menos para él- con otras que le chirriaban -¿había habido unas olimpiadas en Argentina en 2016?- y otras, por último, que le resultaban completamente desconocidas; ¿quién demonios era ese John Slapetlon que acababa de ganar un Óscar como director de la película *La locura de Nerón*? En cuanto al nuevo disco de Michael Jackson, ¿no llevaba ya varios años muerto?

Estaba sumido en sus reflexiones cuando le interrumpió el policía, que en esta ocasión venía acompañado por un personaje que le fue presentado como agente de la Oficina de Inmigración. A él esto le sonó fatal, todavía más cuando cayó en la cuenta de que, por inverosímil que fuese, técnicamente se encontraba en un país extranjero y aparentemente sin papeles... aunque la actitud de sus interlocutores distaba mucho de ser adusta, tratándole por el contrario con total amabilidad.

-Comprendo que esté usted desorientado -le tranquilizó el recién llegado tras identificarse como psicólogo-. Su caso es bastante habitual, y estoy aquí para ayudarle. Si no le importa desearía que nos trasladáramos a nuestras dependencias, donde nos encontraremos más cómodos.

Como era de esperar, accedió. La Oficina de Inmigración se encontraba en un edificio anejo a la estación, por lo que ni siquiera tuvieron que salir a la calle puesto que ambos estaban conectados por un pasillo. Y sí, tenía razón su acompañante -el policía se quedó en

la comisaría-; la sala a la que le llevaron era bastante más acogedora que las frías dependencias policiales.

-Y bien -le explicó el agente de Inmigración tras consultar su expediente-, está claro que usted ha llegado aquí por accidente o error involuntario, así que procuraremos devolverle a su lugar de origen. Sin embargo -comentó centrando su atención en la pantalla del ordenador-, veo aquí algo que no acaba de cuadrar. ¿Qué sabe usted del multiverso?

Otra vez las dichosas palabrejas... molesto, respondió:

-No me suena de nada, aunque la he oído en varias ocasiones sin que nadie se molestara en explicármelo.

-Lo suponía. Según todos los indicios, usted procede de un universo no integrado... no, no se preocupe, le daré todas las explicaciones que desee, pero antes necesitaría saber todo lo que le ha ocurrido desde que cogió el tren camino de su trabajo; por muy extraño que le parezca le aseguro que todo tiene una explicación. Por lo tanto, le ruego que no se salte ningún detalle por inverosímil que le pudiera parecer.

Así lo hizo, complementando su relato con las respuestas a las preguntas que de vez en cuando le hacía su interlocutor. Y, tal como éste había prometido, todo volvía a tener sentido aunque en base a unos parámetros que él nunca hubiera sospechado.

Según supo, el universo -su universo- era tan sólo uno más de los infinitos que formaban el conjunto del multiverso los cuales, por su propia naturaleza, eran inconmensurables y abarcaban, conforme a la definición matemática de infinito, cualquier posibilidad imaginable por irracional que pudiera resultar ésta, de forma que recordaba a algunos relatos como *El libro de arena* o *La Biblioteca de Babel* en los que Borges -al parecer el escritor argentino también era conocido allí- jugó con este concepto... lo cual, en la práctica, no resultaba demasiado útil.

Por fortuna había maneras de hacer más manejable la infinitud ya que en virtud de un conjunto de constantes universales -en realidad *multiversales*- que definían la estructura del multiverso, era posible ceñirse a un subconjunto de éste que abarcaba tan sólo aquéllos universos que compartían la mayor parte de su estructura o, si se prefiere, que eran lo suficientemente parecidos entre sí para poder interactuar entre ellos. Parecidos pero nunca iguales a causa del equivalente multiversal al principio de exclusión de la mecánica cuántica, con independencia de que las diferencias entre dos universos concretos fueran triviales o, por el contrario, mostraran una deriva considerable.

Puesto que una fracción del infinito continúa siendo infinita, tampoco esta restricción resultaba suficiente. Sumado a ello que los métodos de detección de los universos compatibles -éste fue el adjetivo con el que definió el agente de Inmigración a los universos entre los que era posible una interrelación- distaban mucho de ser tan eficientes como se

hubiera deseado, y que también existían universos detectados que por precaución -no dio detalles al respecto, aunque no resultaba difícil imaginárselos- se mantenían aislados, la conclusión era que, aunque el número de universos interconectados se iba incrementando lentamente, todavía eran muchos los candidatos potenciales que seguían sin estarlo sin que hubiera manera alguna de buscarlos, puesto que los nuevos contactos dependían completamente del azar.

Y su universo, según todos los indicios, era uno de ellos, ya que no se había tenido constancia alguna de su existencia hasta que un hecho fortuito -su aparición en el tren que lo había llevado hasta esa Zaragoza- la había revelado. Ahora le llegaba el turno a un equipo de investigación que se encargaría de determinar los parámetros que describían a cada uno de esos universos -los códigos que había leído en el panel de horarios eran una versión muy reducida de los mismos- y, aplicando unas matemáticas desconocidas por completo en su universo de origen, intentarían establecer una conexión permanente entre éste y el Nexo, tal como denominaban al conjunto de los universos interconectados.

De lograrlo, lo que no siempre ocurría, seguiría una investigación exhaustiva de sus características -este término englobaba disciplinas tan dispares como la geología, la ecología, la antropología o la sociología- y, si era posible, se integraría al nuevo mundo en el Nexo. Y si no era así, dependiendo de las circunstancias, se establecería un tutelaje temporal para ayudarle a alcanzar los parámetros necesarios para la unión, los contactos se limitarían a una misión de observación dejándole evolucionar por sus propios medios o, en el peor de los casos, se declararía cerrado dejándole completamente aislado.

-Aunque los criterios de selección previos nos permiten afinar bastante -le explicó su interlocutor-, éstos sólo nos permiten saber a priori que nos encontraremos con mundos similares a la Tierra y como tales aptos para la vida. Pero en la práctica puede haber de todo: mundos en los que los dinosaurios no se llegaron a extinguir, otros en los que nuestros antepasados directos no acabaron de dar el salto a la hominización, otros en los que los humanos siguen anclados en el paleolítico, e incluso algunos en los que se han desarrollado unas dictaduras tan aberrantes que hasta el nazismo y el estalinismo nos parecerían una broma a su lado. Eso sin contar -añadió frunciendo el ceño- con aquellos lugares en los que la propia humanidad se inmoló en una guerra nuclear que arrasó el planeta, o se extinguió víctima de sus propios desmanes tecnológicos.

-¿Y el mío? -preguntó tímidamente, temiendo recibir una respuesta desagradable.

-Como se puede imaginar todavía no sabemos mucho de él, pero a juzgar por lo que nos ha relatado, a priori no parece contar con dificultades insalvables para su integración... que en ningún caso sería inmediata, ya que estos procesos suelen requerir bastante tiempo extendiéndose incluso a lo largo de varias generaciones -y viendo su gesto de alarma, añadió-: Pero no se preocupe, en cualquier caso haremos todo lo posible por devolverle a

su lugar de origen; eso sí, bajo promesa de confidencialidad -concluyó dirigiéndole una sonrisa cómplice.

-Por supuesto -respondió aliviado-. Además, ¿quién iba a creerme?

En realidad lo único que le importaba era huir de ese universo de locos y refugiarse en su prosaica realidad cotidiana; pero por no mostrar desinterés y también por curiosidad, decidió aprovechar la amabilidad de su interlocutor.

-¿Puedo... preguntarle algo? -remachó. Y, animado por la sonrisa que recibió por respuesta, continuó-. Si no había comunicación entre mi universo y el Nexo, ¿cómo es que fui arrebatado de él?

-Se lo explicaré lo mejor que pueda, aunque mis conocimientos de física no son excepcionales. Como ya le he dicho, cada uno de los universos individuales es en principio un ente estanco, y las ecuaciones que describen el modelo del multiverso explican que entre éstos no puede haber interacción alguna.

-Pero me acaba de decir que las hay...

-Evidentemente, si no fuera así no estaría usted aquí -rió-. Lo que ocurre es que existen lo que podríamos denominar defectos aleatorios, algo habitual en cualquier sistema físico dado que la perfección absoluta es imposible. La teoría del multiverso, al igual que la mecánica cuántica que no deja de ser una simplificación suya, no describe certezas, sino probabilidades; y por muy altas que sean éstas, jamás podrán alcanzar la totalidad. Es gracias a estas fluctuaciones estadísticamente improbables, pero reales, como se interconectan los universos contiguos.

Hizo una pausa para preguntarle si quería comer o beber algo y, tras su negativa, continuó:

-En principio estas conexiones son temporales, efímeras a escala cósmica pero lo suficientemente largas para que nuestros técnicos puedan fijarlas si llegan a tiempo, abriendo lo que denominan una puerta por la que puede haber un tránsito en ambas direcciones entre los dos universos conectados. Aunque todavía no ha ocurrido desconocemos si estas puertas pueden acabar cerrándose, por lo que hemos intentado establecer una red de enlaces entre los distintos universos con el mayor grado de redundancia posible, de forma que si una puerta fallara siempre se pudiera recurrir a un camino alternativo, evitando así que ninguno de los universos del Nexo pudiera quedar aislado.

Muy a su pesar, comenzaba a sentirse interesado. Así pues, siguió con atención las explicaciones de su anfitrión.

Al igual que ocurría con la imprevisibilidad en la aparición de un punto de contacto, tampoco era posible predecir donde iba a abrirse ni qué universos iban a verse interconectados, lo que convertía al Nexo en una compleja maraña que sólo los expertos eran capaces de desentrañar. Según todos los indicios el *chispazo* -así lo denominaban, en su jerga, los ingenieros multiversales- había tenido lugar en la estación de Alcalá de Henares justo en el momento en el que él subía al tren de cercanías, y había debido de ser muy breve ya que tan sólo le había atrapado a él de entre todos los viajeros que cruzaron por esa misma puerta... y pequeño, puesto que de haber tenido un tamaño mayor habría engullido al vagón completo e incluso a todo el tren y a la propia estación.

-Así pues, usted se vio arrastrado a otro universo, el nuestro, y tuvo la suerte de que fuera lo suficientemente parecido al suyo para aparecer en otro tren que circulaba en ese momento por una vía equivalente, aunque en dirección contraria, que le trajo hasta aquí -concluyó el psicólogo.

-Pero... -objetó- por lo que pude ver, ese tren no era un tren normal, sino uno que aparentemente enlazaba dos universos distintos... en la estación me dijeron que si quería volver a Madrid, a su Madrid -recalcó- tendría que ir a la estación del AVE...

-Así es -corroboró su interlocutor-. Las puertas enlazan únicamente dos universos distintos, por lo que no todos ellos están conectados directamente; de modo que en muchas ocasiones es necesario recurrir a un tercer universo, o incluso a varios más, como etapas intermedias para llegar a tu destino. Además, las puertas suelen estar dispersas por diferentes puntos de la geografía de cada versión del planeta y su distribución geográfica varía de uno a otro, aunque siempre coinciden en los dos universos que están en contacto. En consecuencia, cuando un viajero pasa de su universo de origen al universo puente, normalmente tendrá que hacer un recorrido más o menos largo por éste antes de llegar a la segunda puerta que le conducirá a su destino o a la siguiente etapa.

-Y lo hacen por tren...

-No necesariamente; tenga en cuenta que en ocasiones las puertas pueden estar a mucha distancia, incluso en una isla o en otro continente. En cada caso se recurre al medio de transporte más adecuado, pero sí es cierto que cuando los recorridos no son demasiado largos el tren puede resultar una buena opción... al menos aquí -se refería evidentemente a *esa* Tierra-, ya que tenemos la suerte de contar con una inusitadamente alta cantidad de puertas, por lo que en la mayor parte de los casos la distancia media entre ellas no es demasiado larga.

Hizo una pausa y continuó:

-Hay que tener en cuenta, además, que por razones de organización los medios de transporte que enlazan las puertas siempre están separados de los propios de cada uno de

los universos del Nexo. En el caso concreto que nos ocupa, usted apareció en un tren que circulaba vacío procedente de cocheras, por la línea Zaragoza-Aranjuez, en cuyas cercanías hay otra puerta, la cual aprovecha en su mayor parte los antiguos trazados del antiguo ferrocarril que quedaron en desuso tras la construcción de las líneas del AVE, enlazando ambas para evitar su paso por Madrid, donde no la hay; y hubo suerte de que la interferencia fuera tan breve, porque de no haber sido así los dos trenes podrían haber llegado a chocar con las consecuencias imaginables. Inmediatamente después el tren retornó a nuestro universo, con usted como único pasajero.

-Curioso... -concedió- pero a mí lo que me interesa saber es cuándo voy a poder volver. Aunque vivo solo tengo familia y amigos, y como usted puede comprender estarán inquietos con mi desaparición -esto no era del todo cierto, pero tampoco tenía por qué dar demasiadas explicaciones-, eso sin contar con mi ausencia del trabajo.

-Lo entiendo, pero como ya le he explicado el proceso llevará cierto tiempo y no podremos devolverle hasta que la puerta no sea abierta y fijada... -concluyó la frase haciendo un ademán de impotencia con las manos.

-Y eso, ¿cuánto puede tardar? ¿Qué va a ser de mí hasta entonces?

-De lo segundo no tiene por qué preocuparse. Aunque su caso es singular, por diferentes razones siempre hay un cierto número de desplazados a los que no les resulta posible volver a su lugar de origen, al menos de forma inmediata, los cuales están alojados en unas residencias donde pueden esperar con comodidad el momento de su retorno. En cuanto a lo primero... sinceramente, no se lo puedo decir. Por supuesto los técnicos intentarán abrir la puerta lo antes posible, pero no siempre se tarda lo mismo.

A él eso de “residencia de desplazados” le sonó desagradablemente a “centro de retención de refugiados”, pero optó por no manifestar sus temores. En cualquier caso estaba claro que tendría que permanecer allí durante algún tiempo, y ésta era su preocupación más inmediata.

Claro está que podría ser peor.

-¿Y si... -se atrevió a preguntar- los técnicos no pueden abrirla? Porque, según creo haber entendido, no siempre es posible hacerlo.

-Existe esa posibilidad, en efecto -reconoció el psicólogo-, aunque en la práctica no suele resultar demasiado frecuente ya que, una vez localizado un contacto, por lo general se suele conseguir fijarlo y abrir una puerta a través de él, pero a la hora de la verdad nunca se sabe... de todos modos -continuó-, usted no tiene por qué preocuparse ahora por esto. Tenga en cuenta que los responsables del Nexo son los primeros interesados en contactar con nuevos universos compatibles con los nuestros, y por lo que usted nos ha contado el



suyo lo es. Puede estar seguro de que se hará todo lo que se pueda ya que no se trata de su interés particular sino del general, que por fortuna coincide plenamente con el suyo propio.

-Pero... -insistió poniéndose en lo peor- suponiendo que no fuera posible, ¿qué pasaría conmigo? ¿Quedaría recluido *sine die* en ese centro de refugiados?

-¡Oh, por supuesto que no! -le tranquilizó su interlocutor-. Esas residencias -le corrigió- son solamente una solución temporal. Si resultara imposible devolverle a su universo, o si su retorno se demorara demasiado, se le ofrecería quedarse en nuestra sociedad... o en la de cualquier otro lugar del Nexo, a elección suya. Por suerte las diferencias entre nuestro mundo y el suyo son aparentemente mínimas, por lo que su integración resultaría sencilla.

Está bien -suspiró-, me temo que no hay otra elección. Estoy a su disposición, y mientras tanto aprovecharé para aprender todo lo que pueda sobre el Nexo.

\* \* \*

El agente de Inmigración no le había mentado; la residencia de desplazados era solamente eso, una residencia, y bastante confortable además. No estaban retenidos en ella y podían moverse libremente por la ciudad respetando una serie de instrucciones por lo demás bastante sensatas dada su condición de desplazados. Claro está que cada caso dependía del grado de afinidad social y cultural entre el universo de origen y aquél en el que estaban, y si bien él no encontraba los temas fundamentales demasiado diferentes -aunque pudo contemplar en el Museo de Bellas Artes varios cuadros que Goya no llegó a pintar en su mundo-, no a todos los allí recluidos les ocurría lo mismo, en especial a aquel pobre hombre que parecía arrancado de la Edad Media... lo cual con toda probabilidad era cierto. Pero éstos recibían una atención especial y, por su propia seguridad, no se les permitía salir solos.

Estas peculiares vacaciones no duraron demasiado. No había pasado todavía una semana desde su llegada, cuando le pidieron que se preparara para volver a su universo; los técnicos habían logrado fijar el punto de contacto y, aunque la puerta todavía no estaba operativa por completo, ya era posible cruzarla en uno de los dos sentidos, precisamente el de vuelta a su mundo. Así pues, y siempre que él estuviera de acuerdo, podrían devolverle a su lugar de origen en cuanto quisiera.

Por supuesto, aceptó. Sin más equipaje que lo que llevaba cuando fue arrebatado por el tren fantasma, ya que estaba prohibido introducir objetos ajenos en un universo no contactado, y bajo promesa de no revelar ningún detalle de su aventura, fue llevado a la estación de enlace multiversal donde, en compañía del agente de Inmigración que ya conocía, tomaron un tren destino a la nueva puerta de Alcalá de Henares.

Dadas las características de la puerta no se trataba de un tren comercial, sino de un pequeño automotor que era utilizado, según le explicó su acompañante, por los empleados ferroviarios y por los técnicos del Nexo en el desempeño de sus tareas profesionales, lo que no impedía que contara con un notable nivel de comodidad.

El viaje, obviamente sin paradas intermedias, desanduvo el camino que él recorriera involuntariamente tan sólo unos días atrás y, a diferencia de éste, lo realizó tranquilo y relajado contando con el apoyo de su compañero.

No obstante, había algo que le preocupaba.

-¿En qué instante volveré a aparecer en mi universo? -le preguntó cuando pasaban por Calatayud.

-¿Se refiere a si existe una sincronización cronológica entre los dos universos?

Y ante su mudo asentimiento, continuó:

-En efecto, ya hace mucho comprobamos que todos los mundos del Nexo estaban sincronizados temporalmente... considerándolo, claro está, desde un punto de vista astronómico, ya que como le comenté el primer día cada mundo ha evolucionado a su propio ritmo.

-Sí, eso ya lo sabía; lo que quisiera saber es si allí habrá pasado el mismo tiempo que aquí cuando yo atraviese la puerta.

-Pues... sí -corroboró tras una breve pausa-. ¿Por qué me lo pregunta? ¡Ah, ya lo entiendo! Le preocupa saber cómo va a poder explicar su ausencia durante estos días. ¿Me equivoco?

-No, no se equivoca; no tendría ninguna gracia que hubieran denunciado mi desaparición y que tuviera que justificarla de alguna manera, máxime cuando no puedo explicar la verdad.

-Hum... la verdad es no habíamos caído en ese detalle. Déjeme que lo consulte.

Y desapareció tras la puerta de la cabina de conducción, dejándole solo.

\* \* \*

Comenzaba a impacientarse -había pasado cerca de media hora desde la precipitada marcha de su compañero- cuando éste salió de la cabina con semblante, si no serio, sí preocupado, lo que no le impedía esbozar una sonrisa.

-Tenía usted razón, éste era un tema que había que solucionar; no dudamos de su buena fe, pero sin una explicación suficientemente convincente la policía, o incluso sus propios familiares, le habrían intentado sonsacar y quizá usted no podría haber mantenido el secreto.

-Ése no es el problema, ya que no me creerían; pero al no poderles dar ninguna explicación convincente acabarían pensando cualquier cosa, lo que me pondría en una situación incómoda.

-Sí, claro, le entiendo; pero creo que hemos encontrado una solución. Los técnicos han protestado, pero al final les he podido convencer de la necesidad de salirse en este caso de la ortodoxia.

-Cuénteme.

-Como le he dicho hace un rato todos los universos del Nexo, y cabe suponer que también los que todavía no están integrados en él, están sincronizados cronológica y espacialmente, lo cual resulta muy útil cuando se necesita viajar de uno a otro. No obstante, también le expliqué que en la teoría del multiverso nada es absoluto, sino tan sólo una cuestión de probabilidades.

Y viendo el gesto de impaciencia del exiliado, resumió:

-Por esta razón siempre existe un pequeño margen de incertidumbre tanto espacial como temporal, algo que siempre corrigen los técnicos antes de que se utilice una puerta. Como comprenderá, a nadie le interesa esta dispersión que, aunque pequeña, puede llegar a resultar molesta.

-¿Quiere decir que...?

-En efecto, me ha costado bastante vencer sus reticencias, pero finalmente he conseguido arrancarles lo que queríamos: desviarán ligeramente el enfoque del haz de conexión de manera que conduzca no al tiempo actual de su universo, sino a un momento lo más cercano posible a cuando tuvo lugar el tránsito. Por fortuna estábamos todavía dentro del margen de incertidumbre, aunque no he podido evitar que rezongaran bastante ya que, como ingenieros que son, no les gusta hacer nada contrario a lo que consideran adecuado -concluyó sonriendo de oreja a oreja.

-Es una suerte -suspiró-. ¿Falta mucho para llegar?

-No lo creo, acabamos de pasar por Jadraque. Así pues, disfrutemos del paisaje... y de la conversación.

\* \* \*

Tranquilizado y entretenido por la hábil conversación de su custodio, lo que quedaba de viaje se le antojó un breve paseo.

-El tránsito por esta línea ha sido paralizado temporalmente -le explicó éste-, ya que no era compatible con la apertura de la nueva puerta. Se construirá una variante para evitarla, quizá a la altura de Guadalajara, pero esto llevará algún tiempo. En cuanto a la vía actual, ésta quedará como un ramal independiente para facilitar el acceso a la nueva puerta, primero a los técnicos y posteriormente a los investigadores que se encargarán de evaluar las condiciones de su mundo de cara a la futura integración en el Nexa.

Pero estos detalles le importaban poco. Estaba más interesado en saber lo que tendría que hacer para cruzar la puerta, y así se lo dijo.

-Sí, tiene usted razón... -se disculpó su anfitrión-. Le pido disculpas, a veces me dejo llevar por mi celo profesional. Sí, efectivamente tengo que explicarle el procedimiento a seguir.

Éste era sencillo. El tren se detendría en la estación de Alcalá de Henares -según le explicó ésta sólo daba servicio a las líneas multiversales, puesto que la de cercanías era subterránea- y él bajaría a un andén idéntico al que usaba todos los días. En ese momento los técnicos abrirían momentáneamente la puerta y, sin solución de continuidad, se encontraría de vuelta a su mundo justo en el momento en el que fue arrebatado de él, con un posible margen de error de como mucho unos pocos minutos. Eso sería todo.

Llegaron al fin a la estación, de aspecto muy similar al que él recordara pero extrañamente vacía. También se apreciaban algunas pequeñas diferencias en los alrededores, pero en general todo le resultaba familiar. Vislumbró fugazmente el edificio donde vivía y se preguntó, repentinamente angustiado, si allí lo haría también un sosias suyo... pero rápidamente se tranquilizó pensando que su estancia allí sería fugaz, tan sólo el tiempo necesario para bajar del tren.

Éste se detuvo y el agente de Inmigración, tras acompañarle hasta la puerta, la abrió y se despidió amablemente de él.

-Hemos llegado a nuestro destino -le explicó a modo de despedida al tiempo que le tendía la mano-. Le pido disculpas por las molestias que le hayamos podido causar y deseo que pueda reincorporarse a su vida con total normalidad. Quién sabe... -mintió piadosamente- puede que el proceso de integración sea más rápido de lo esperado, en cuyo caso vendríamos a buscarle para proponerle como interlocutor de su mundo con el Nexa.

-Me encantaría -mintió él a su vez-. Seguro que resultaría mucho más interesante que mi actual trabajo.

Se estrecharon las manos, bajó con rapidez los dos peldaños y puso el pie en el desierto andén...

Que súbitamente dejó de estar desierto para convertirse en un maremágnum repleto de viajeros presurosos, uno de los cuales le increpó tras tropezar con él.

Mascullando una débil disculpa se apartó poniéndose de cara a la vía, donde estaba parado un tren con las puertas abiertas... y repleto de gente, señal de que todo marchaba conforme a lo previsto. Subió a él, logró encontrar un asiento libre y se desplomó suspirando satisfecho; al fin estaba en casa. Puesto que su reloj no resultaba indicativo, consultó la hora y la fecha en el panel informativo de la pared; todo había sucedido tal como le dijeran, y ese tren debía de ser incluso el mismo que perdió.

Llegó tarde al trabajo, por supuesto, pero no se notó dado que ese día había sido uno más de los muchos caóticos en el servicio de cercanías y nadie había conseguido llegar a tiempo, ni siquiera los que viajaban en coche o en autobús puesto que el atasco de tráfico había sido monumental. Bienvenido a la civilización...

Todo parecía marchar como la seda: su ordenador estaba igual que lo había dejado el día anterior, sus compañeros eran los mismos, el jefe seguía cabreado con todos... hasta que algo se torció.

Fue durante la pausa del café. Estaba hablando con varios de sus compañeros de temas triviales cuando salió a relucir el fútbol. Ante su fruncimiento de ceño, uno de ellos le espetó con ironía:

-Sí, ya sabemos que no te gusta el fútbol, pero no todo van a ser Premios Nobel de Literatura...

-No en lo que a mí respecta -respondió picado, más por el tono que por el comentario-. Debí de ser uno de los pocos españoles que ignoraron olímpicamente la final en la que España se proclamó campeona del mundo de fútbol.

-¿Bromeas? -la sorpresa de su interlocutor era auténtica-. España jamás ha ganado una copa del mundo.

-¿Cómo que no? Que no viera el partido no quiere decir que no me enterara. Como para no enterarse, con la tabarra que dieron incluyendo el numerito del desfile por Madrid... Fue en 2010, creo, y España ganó a Holanda aunque no recuerdo por qué tanteo.

-No sé de donde has sacado eso -terció riéndose otro de sus compañeros-. En efecto, fue en el Mundial de Sudáfrica en 2010, y pasó lo de siempre; pese a tener el mejor equipo de su historia España cayó en semifinales ante Alemania, que fue la que derrotó a Holanda en la final. Al menos conseguimos ganar a Uruguay en el partido de consolación y

quedamos los terceros, lo que no deja de ser la mejor clasificación de la historia. Pero campeones... ya me hubiera gustado.

Esgrimiendo una excusa se apartó de ellos y, tras apurar de un trago el infame café de la máquina, volvió a su despacho sin apercibirse de las miradas cómplices que se cruzaron sus compañeros. Sentado frente al ordenador buscó en internet los resultados de la copa mundial de fútbol de 2010... y hubo de rendirse a la evidencia: efectivamente España había caído en semifinales frente a Alemania.

Un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo. ¿Acaso volvía a padecer la pesadilla, u otra pesadilla distinta? Pero en esta ocasión todo parecía normal: el viaje en el tren, el trayecto andando hasta el trabajo, sus compañeros, su propio trabajo...

De repente le vino a la cabeza el comentario jocoso con el que se había iniciado todo y buscó la lista de los escritores españoles galardonados con el Nobel de Literatura: José Echegaray, Benito Pérez Galdós, Jacinto Benavente, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre y Camilo José Cela.

Un momento. ¿Galdós Premio Nobel? Creía recordar que, aunque llegó a estar nominado, por cuestiones fundamentalmente políticas -Galdós era demasiado liberal para la conservadora Academia Sueca- jamás llegó a recibir el galardón; de hecho su caso siempre se ponía como ejemplo, junto con los de otros muchos escritores ilustres, de las palmarias injusticias cometidas por los gestores del legado de Alfred Nobel.

Pero la página de la Wikipedia se empeñaba tozudamente en desdecirlo: el ya famoso escritor canario, con el apoyo de más de medio millar de intelectuales españoles, había sido galardonado con el Nobel de Literatura de 1912, lo cual fue celebrado por todo lo alto en España... o al menos en la media España que le apoyaba frente a la otra media que había intrigado todo cuanto pudo, por fortuna sin éxito, para impedir que se lo concedieran.

No se resignó y buscó en otras fuentes, siempre con el mismo resultado: Galdós había ganado el Nobel de Literatura, al igual que España nunca se había proclamado campeona del mundo de fútbol.

La conclusión era aterradora. Éste tampoco era su universo, lo cual abría la puerta a unas consecuencias imposibles de adivinar. Lo único cierto era que no estaba donde debería estar.

Sin embargo, y a excepción de estos dos detalles que en nada le afectaban de manera directa, todo parecía ser completamente normal, a diferencia de ese mundo de locos en el que había pasado varios días.

Febrilmente se puso a buscar otras posibles discrepancias entre sus recuerdos y la realidad en la que se encontraba, descubriendo para alivio suyo que, salvo estas dos

excepciones, todo lo demás parecía encontrarse en su lugar. Por desgracia no pudo dedicarle todo el tiempo que hubiera deseado dado que el trabajo atrasado se le acumulaba en el ordenador, por lo que acabó esperando con impaciencia la hora de volver a casa para poder seguir haciendo pesquisas.

Su casa... de pronto un nuevo temor le invadió. Según le habían explicado los *otros* entre dos universos paralelos siempre tenían que existir algunas diferencias, por nimias que fueran, sin que hubiera forma de preverlas a priori. Había descubierto dos de ellas, pero pudiera haber más. Probablemente muchas de ellas no le afectarían, pero...

Aquí, estaba claro, era conocido. Pero no podía ser él, sino su equivalente en este universo. Así pues, ¿dónde estaba? ¿Había desaparecido, como parecía sugerir el hecho de que no hubieran coincidido en el trabajo? O, todavía peor, al llegar a su casa ¿se la encontraría ocupada por éste?

La cuestión no era baladí, y no podía contar con la ayuda de los *otros* para solucionarla puesto que ellos, convencidos de haberle dejado en el lugar correcto, habrían dado carpetazo al asunto. Por si fuera poco, resultaba evidente que aquí tampoco se tenía el menor conocimiento de la existencia del Nexo, por lo que tan sólo podía contar con sus propias fuerzas, harto magras además para sacarle del brete.

Cuando terminó su jornada laboral volvió a casa con la terrible duda de si sería la suya, ya que al riesgo de encontrarse con su sosias local se sumaba otro no menos preocupante: ¿acaso no se encontraría con una persona ajena, ya que nada le garantizaba que éste no se hubiera comprado un piso en cualquier otro lugar? Era para volverse loco, pero tan sólo tenía una manera de comprobarlo.

Recorrió el breve trayecto que mediaba entre la estación y su casa, o la que pensaba que seguiría siendo su casa, con el corazón en un puño. La primera prueba de fuego, la cerradura del portal, se abrió suavemente con su llave, lo cual sirvió para tranquilizarlo.

Sin atreverse todavía a coger el ascensor se dirigió a los buzones comprobando que en el suyo figuraba su nombre... junto con otro femenino que le resultaba desconocido por completo. Él estaba soltero, y aunque había tenido sus escarceos siempre había vivido solo.

Estaba claro que el propietario del piso era su yo de este universo, el cual había tenido más suerte que él a la hora de encontrar pareja... y que se negaría lógicamente a cederle su puesto. Durante un momento le tranquilizó recordar que el intruso -curiosa traspolación, puesto que el *intruso* era en realidad él- no había aparecido por su trabajo y nadie le había echado de menos, aunque también cabía la posibilidad de que éste trabajara en otro lugar... en cuyo caso no le habrían conocido a él.

Estos razonamientos circulares le estaban poniendo la cabeza como un bombo, por lo que armándose de valor montó en el ascensor, se bajó en su planta, se dirigió a su puerta, metió la llave, abrió...

Y apenas estuvo en el vestíbulo se vio sujeto en un fuerte abrazo mientras unos labios femeninos se apretaban contra los suyos.

-¡Querido, ya estás aquí! ¡Cuánto has tardado hoy! Te estaba echando de menos.

Tan sólo acertó a balbucear una excusa acerca de que el tren se le había dado mal, viéndose arrastrado hasta la cocina.

-¡Mira lo que he hecho! ¡Un bizcocho de los que a ti te gustan! Estaba deseando que llegaras para empezarlo.

Bien, se dijo, parecía que al final el resultado no había sido tan malo... no sólo por haber cambiado un campeonato de fútbol por un Premio Nobel, sino porque además había logrado acabar con su soltería. Y de qué manera.

Pero, ¿qué habría sido de su predecesor? Porque no cabía duda de que éste había existido y, según todas las evidencias, se había esfumado por completo. ¿Acaso su salto accidental al universo del Nexo no había sido el único? De ser así, ¿cuántos sosias suyos habrían sido capturados por una discontinuidad multiversal, llevados a un mundo del Nexo y devueltos a mundos erróneos? Finalmente, ¿cuántos Nexos existían? ¿Infinitos?

Las consecuencias eran apabullantes, e iban mucho más allá de lo que le habían explicado los habitantes de un Nexo que ellos creían único. Y ni siquiera podría estar seguro de ello, ya que en una situación de infinitud todo era posible... absolutamente todo y no tan sólo una vez, sino infinitas.

Durante un momento sintió las punzadas del remordimiento pensando qué habría sido del yo de ese universo al que había sustituido. A saber donde estaría y en qué condiciones. Pero, se dijo, nunca podría saber si éste también había salido ganando... o perdiendo.

Encogiéndose mentalmente de hombros, decidió dejarlo pasar y disfrutar de su recién estrenado matrimonio.



## EL PUENTE

Todo comenzó el día que, de manera repentina, apareció un puente en un lugar en el que jamás había existido una construcción de este tipo. Fue a las afueras de una histórica población venida a menos hacía siglos, poco más que un pueblo grande en la actualidad lo que no impedía que sus habitantes presumieran con orgullo de los blasones de tan noble villa.

El puente, eso sí, no pudo elegir un lugar más idóneo de haber habido en ese lugar algún tipo de camino o carretera, ya que salvaba la vaguada que allí formaba un pequeño arroyo que bordeaba el caserío. Los vecinos, curiosos, se apresuraron a visitar el inesperado regalo, encontrándose con lo que los expertos llegados de la capital catalogaron como un puente de ferrocarril de finales del siglo XIX... lo cual, dicho sea de paso, no resultó demasiado difícil de averiguar, dado que en la clave del arco aparecía tallada la fecha del año de su construcción, correspondiente al reinado de Alfonso XII.

El problema consistía en que jamás había llegado a pasar por allí el ferrocarril... aunque el erudito local se apresuró a recordar que sí hubo un proyecto de construcción de una línea férrea discurriendo por ese lugar que contemplaba incluso la creación de una estación en el pueblo, pero que por determinadas circunstancias -obvió decir que fueron los caciques del lugar quienes se opusieron tenazmente a que tamaña iniciativa les alborotara el patio- éste había sido finalmente modificado, desviándose el trazado ferroviario a una treintena de kilómetros más allá, fuera del área controlada por los *señores* y ya sin la estación que tanto podría haber amenazado a los intereses seculares del cacicazgo.

Avisado de esta circunstancia un archivero desempolvó el legajo en el que se conservaban los planos del fallido proyecto, confirmando todo lo dicho por el historiador local al tiempo que demostraba, con los documentos en la mano, que el puente fantasma se correspondía piedra por piedra con el dibujo que aparecía en los planos. De hecho era muy similar a los puentes del trazado definitivo de la línea, cerrada varias décadas atrás y ahora reconvertida en una flamante Vía Verde.

Éste era también, aparentemente, el paradero reservado al puente surgido de la nada, puesto que pese a conservar intacta la totalidad de su estructura, incluyendo ambos pretiles, carecía de vías y de traviesas, estando su plataforma pavimentada con una capa de asfalto moderna... sólo que, a diferencia de sus hermanos, no conducía a ninguna parte, muriendo por sus dos extremos en sendos campos cultivados.

Como cabe suponer, el revuelo que se formó a raíz de la repentina aparición del puente fue mayúsculo. Era evidente que éste no podía estar ahí, pero lo cierto era que estaba... y que su solidez era a prueba de riadas, como reconocieron los ingenieros que los

inspeccionaron certificando que, en efecto, su técnica de construcción y sus materiales coincidían con la fecha que figuraba tallada en el arco. Sólo el pavimento de la plataforma era más reciente, similar al utilizado en las vías verdes de la zona.

Hubo que descartar, pues, que se tratara de una broma o incluso de que fuera, tal como se sugirió, fruto de la iniciativa de algún artista excéntrico deseoso de protagonismo, ya que nadie en su sano juicio se hubiera embarcado en tan exhaustivo trabajo para satisfacer su ego, aparte de que nadie reclamó la autoría. También se especuló con la posibilidad de que detrás de ello hubiera una campaña publicitaria o el rodaje de una película, hipótesis que asimismo se cayeron por su propio peso. Porque el puente, esto había quedado comprobado de forma irrefutable, no era un decorado ni una construcción efímera, sino una recia construcción realizada con sillares de piedra sólidamente encajados.

Puestos a especular, también se barajó la posibilidad de que alguien se hubiera dedicado a desmontar uno de los puentes de la vecina Vía Verde para volverlo a montar allí; pero aparte de que nadie alcanzaba a comprender las razones de tal comportamiento, se habría tratado de un trabajo no sólo ímprobo sino también doble, debiéndose sumar al desmontaje y el posterior montaje el traslado de varias toneladas de piedras a treinta kilómetros de distancia... aparte de que, tras una rápida inspección de ésta, se comprobó que todos los puentes seguían estando en su sitio sin que faltara ninguno.

Por si fuera poco, los propietarios de los terrenos colindantes juraban y perjuraban que el puente no estaba allí la tarde del día anterior y que había surgido de forma repentina durante la noche, razón por la cual, salvo recurriendo a una de esas leyendas medievales que atribuían a un santo, e incluso al demonio, la construcción milagrosa de un edificio o una obra de ingeniería de gran tamaño en el transcurso de un solo día o una sola noche, no había manera humana de explicar racionalmente tan insólito fenómeno.

Tal como cabía esperar, una vez que la noticia de la misteriosa materialización del puente llegó a conocimiento de los periodistas, ésta trascendió con rapidez. Primero fue el periódico de la capital provincial el que se hizo eco de ella, seguido inmediatamente después por los regionales, los nacionales, las cadenas de televisión... además, claro está, de la amplia repercusión que alcanzó en las redes sociales y en internet. Incluso los responsables de un programa de televisión especializado en temas esotéricos se pusieron en contacto con el alcalde mostrando su interés por abordar el fenómeno.

Mientras tanto el somnoliento pueblo veía alterada su tranquilidad habitual al ser invadido por hordas de curiosos que, desdeñando sus atractivos turísticos -las ruinas del castillo, la iglesia parroquial del siglo XV con su custodia renacentista y su cuadro atribuido a la escuela de Zurbarán, el antiguo monasterio desamortizado en tiempos de Mendizábal- de los que tan orgullosos se mostraban los vecinos, e incluso los gastronómicos -sus hojaldrados eran famosos en toda la comarca-, se encaminaban directamente a ver el puente, pisoteando los sembrados aledaños para desesperación de sus

propietarios. Hubo quien propuso pedir a la Guardia Civil que impidiera el paso a los intrusos, mientras otros más pragmáticos preferían sugerir que se cobrara un peaje para compensar los daños e incluso para beneficio del pueblo.

El cronista local, por su parte, intentaba disfrutar de sus quince minutos de gloria, sin demasiado éxito por cierto, ofreciéndose a los periodistas para relatarles el pasado glorioso de la villa, en la que llegó a pernoctar un infante real allá por el siglo XIII y en la que estuvieron a punto de celebrarse cortes una centuria más tarde. Al mismo tiempo arremetía contra sus convecinos, en especial contra los hosteleros, reprochándoles que no le apoyaran en su intento de reivindicar el rico acervo cultural de la localidad, prefiriendo el beneficio fácil a costa de los hambrientos y sedientos visitantes, más interesados en la cerveza, la sangría, los torreznos y la tortilla de patata que en los polvorientos avatares de la historia de la villa.

Sin embargo, el destino quiso que el protagonismo del pueblo -y los beneficios económicos acarreados por éste- no hubiera de durar demasiado; en concreto, justo hasta que fenómenos similares, si no todavía más sorprendentes, comenzaron a aparecer por todos los puntos de la geografía peninsular incluido el vecino Portugal, ya que sorprendentemente tanto los archipiélagos balear y canario, junto con las ciudades de Ceuta y Melilla, se vieron libres de ellos.

En general, el tipo de perturbaciones de la realidad, tal como fueron bautizadas a falta de una denominación mejor, fue de lo más variado, consistiendo por lo general bien en la aparición repentina de algo que no debía estar allí, bien en la desaparición de lo ya existente. En ocasiones el objeto volatilizado no dejaba tras de sí más que un espacio vacío, mientras en otras era reemplazado por otro a veces similar y a veces diferente, pero nunca idéntico por completo.

Aunque en un principio el rompecabezas se mostraba irresoluble, pronto se empezaron a encontrar ciertas pautas comunes a todas estas transmutaciones y desapariciones. Los objetos materializados, en general aunque no siempre edificios o infraestructuras de considerable tamaño, siempre resultaron ser bien antiguas construcciones desaparecidas en su momento a causa de los avatares de la historia o de la especulación, bien proyectos que, tal como ocurrió con el ya famoso puente, pese a no haber llegado a materializarse debido a determinadas circunstancias, sí habían sido proyectados y diseñados con la intención de construirlos. En resumen, todos ellos eran o, mejor dicho, habían sido reales en algún momento, con independencia de que esta realidad hubiera resultado tangible o tan sólo meramente virtual. Pero de algún modo, habían existido.

Conforme el fenómeno se extendía como una mancha de aceite por la geografía española y portuguesa los investigadores pudieron afinar todavía más. En Alcalá de Henares se encontraron de repente con que el antiguo palacio de los arzobispos de Toledo, arrasado por un incendio recién acabada la Guerra Civil y remendadas sus ruinas de mala

manera en la posguerra, resurgía literalmente de sus cenizas intacto y en todo su esplendor, conservando además la totalidad de su contenido incluyendo los importantes fondos del Archivo General de la Administración que habían sido pasto de las llamas a la par que el noble edificio... con el añadido, para sorpresa de quienes indagaron en su interior, de encontrarse con que los fondos de este archivo no se acababan en 1939, tal como hubiera cabido esperar, sino que se prolongaban durante bastantes años más, pese a que estos últimos deberían haber estado -y de hecho seguían estando- en el nuevo edificio que se construyó, también en esta ciudad, años más tarde.

Toda Valencia se conmocionó cuando el antiguo convento de San Francisco, demolido en su totalidad a finales del siglo XIX, surgió de la nada recuperando su antiguo emplazamiento en plena plaza del Ayuntamiento, centro neurálgico de la ciudad. En Mérida se encontraron con el regalo de un templo romano magníficamente conservado, y en el puerto de Cádiz apareció, amarrado a uno de los muelles y convertido en museo flotante, un navío de guerra de finales del siglo XVIII que los expertos identificaron como el *Santísima Trinidad*, buque insignia de la Armada española hundido en la batalla de Trafalgar. En Lisboa resurgió un barrio entero desaparecido en el terremoto de 1755, y los santanderinos recuperaron con regocijo su catedral original, seriamente dañada en la explosión del vapor Cabo Machichaco de 1893 y en el incendio de 1941, algo parecido a lo que les sucedió a los conquenses al encontrarse con la antigua fachada de su catedral gótica, arruinada en 1902 y reemplazada por un pastiche neogótico plagiado de la catedral de Reims que además quedaría inconcluso.

Pero no todo fueron alegrías. En Madrid algunos -no demasiados- lamentaron la desaparición de los cuatro grandes rascacielos que se alzaban al norte de la ciudad aplastando su perfil, los cuales fueron sustituidos por unas edificaciones mucho menos agresivas visualmente y unos hasta entonces inexistentes jardines. Infinitamente peor fue lo ocurrido en Barcelona, donde para desesperación de sus habitantes se volatilizó sin dejar el menor rastro la casi concluida basílica de la Sagrada Familia. Los burgaleses vieron transmutada su soberbia catedral gótica por su antecesora románica, en Sevilla se quedaron sin el puente del Alamillo y en San Sebastián lo que se esfumó sin dejar rastro fue el Kursaal.

En el ámbito de la ingeniería cabe reseñar la desaparición del embalse de Riaño, por fortuna con agua incluida evitándose así el riesgo de una inundación catastrófica aguas abajo del valle del Esla, y en compensación se recuperaron varias lagunas desecadas tiempo atrás, como la de la Janda. Algunas autovías y líneas de ferrocarril también vieron cambiado su trazado, aunque en esta ocasión los trastornos fueron menores al contarse por lo general con otras alternativas.

Hubo casos quizá no tan llamativos, pero no por ello menos sorprendentes. La antigua sede central de Correos, en la madrileña plaza de la Cibeles, dio paso a un majestuoso

edificio completamente desconocido para el gran público, pero no para los historiadores ya que éste correspondía al proyecto que quedó en segundo lugar en el concurso público celebrado en 1904 tras el ganador de Antonio Palacios, que era el que se había alzado en pleno corazón de Madrid durante un siglo.

Pasado algún tiempo eran tantas las mutaciones que éstas dejaron de tener interés para el gran público, a excepción de los directamente afectados por alguna de ellas... que se extendían a centenares por la totalidad de la Península Ibérica yendo de lo más espectacular a lo puramente anecdótico, como el ayuntamiento de un pueblo zamorano que recuperó la fachada porticada desaparecida en una desafortunada reforma varias décadas atrás. La Unión Europea, en coordinación con los dos gobiernos involucrados, creó una comisión de expertos a los que encargó la investigación del fenómeno, y algunos otros países como los Estados Unidos mostraron también su interés por el insólito fenómeno... huelga decir que, en todos los casos, sin el menos resultado.

Había además detalles muy llamativos pese a pasar relativamente desapercibidos. La antigüedad de las construcciones aparecidas abarcaba un amplio arco temporal, y por lo general éstas no llegaban “nuevas”, sino en el estado de conservación que habría cabido esperar de haberse preservado en lugar de perderse por uno u otro avatar histórico. En muchas de ellas, incluso, se pudieron apreciar restauraciones acordes con las técnicas utilizadas por los arquitectos contemporáneos.

Pero lo más sorprendente, sin duda, fue el hecho de que todas estas transmutaciones tuvieron lugar sin que ni una sola persona se viera afectada, ocurriendo siempre cuando los edificios o las infraestructuras alterados se encontraban vacíos... o casi, porque se supo de algún vigilante nocturno que descubrió con sorpresa cómo de repente, tras una pérdida momentánea de la consciencia, se encontraba en un lugar distinto a aquél en el que le había sorprendido la metamorfosis... en ocasiones, incluso en mitad de un solar, pese a encontrarse en las plantas altas del desaparecido edificio. Pero milagrosamente nunca hubo víctimas, salvo los inevitables ataques de ansiedad y algún que otro rasguño. En cuanto a los testimonios de los testigos oculares, que los hubo pese a la nocturnidad de los cambios, éstos coincidían en describir una niebla espesa y densa que, tras surgir repentinamente de la nada, cubría en unos segundos la construcción afectada para, poco después, desvanecerse dejando tras de sí la realidad alterada. Eso era todo.

Hasta que las cosas cambiaron. La vorágine de transmutaciones de edificios, que parecía no tener fin, se interrumpió de repente cuando menos se esperaba. Pero apenas si dio tiempo de recobrar aliento ante esta aparente “normalidad” -ninguno de los cambios revirtió a su situación original-, puesto que lo que entonces empezaron a desaparecer fueron personas.

En realidad no sólo desaparecían, ya que también aparecían... lo que no dejaba de crear, con independencia de los dramas personales, un irresoluble embrollo administrativo y legal.

En lo relativo a las desapariciones, y dentro de lo que cabía, los jueces disponían de los mecanismos adecuados para darles una cobertura legal, al tratarse de una problemática que en mayor o menor medida siempre se había dado, por más que ahora hubiera alcanzado unas magnitudes nunca conocidas. La administración judicial podría verse desbordada, pero cuanto menos era conocedora de los procedimientos a seguir.

Mucho más espinoso resultó el tema de las apariciones. Cuando primero docenas, luego centenares, y finalmente miles de personas aparecidas de súbito se encontraron con que legalmente no existían, a los registros civiles españoles y portugueses pareció como si les sacudiera un terremoto. Porque estos recién llegados, salvo contadas excepciones, venían con sus correspondientes documentos de identidad y daban tal cantidad de detalles sobre su vida que resultaba difícil pensar que pudiera tratarse de impostores... pese a lo cual no aparecían por ningún lado, al menos como ciudadanos vivos.

Cuando se empezaron a investigar las biografías de estas personas, se descubrieron detalles realmente sorprendentes. Así, algunos de ellos figuraban como nacidos muertos o fallecidos en algún momento anterior de sus vidas, pese a la evidencia tangible de estar vivitos y coleando. Por el contrario otros, aparentemente, jamás habían llegado a existir, pero cotejando sus relatos con la realidad -si es que a ésta se la podía considerar como tal a estas alturas-, surgían hechos tan asombrosos como que, por ejemplo, resultaban ser hijos de parejas de novios que no habían llegado a casarse ni a tener descendencia común, o bien hijos de padres o madres fallecidos con anterioridad a su nacimiento. Dentro de un abigarrado número de diferentes combinaciones existían casos en los que resultó materialmente imposible dilucidar su filiación, ya que las referencias que aportaban no sólo de sus padres, sino también de sus abuelos e incluso, cuando las recordaban, de sus bisabuelos y tatarabuelos, no tenían ninguna correlación con los registros civiles ni con los religiosos.

Estaba, por último, el tema no menos problemático de los reemplazados. Puesto que se trataba de personas sustituidas por sosias indistinguibles de ellas hasta por las pruebas de ADN, podría haberse pensado que la Administración se lavaría las manos al no afectarle en principio a sus cuentas que un José Español saliera y otro José Español idéntico entrara. Pero a la hora de la verdad, las cosas no resultaron ser tan sencillas, ya que en la mayor parte de los casos los reemplazados solieron mostrar una tozuda tendencia a mostrar diferencias en múltiples aspectos legales, desde matrimonios -o divorcios- que rehusaban aceptar hasta su empeño en reclamar domicilios distintos a los que la ley les atribuía, pasando por un maremágnum de discrepancias en temas tales como los puestos de trabajo o la propiedad de viviendas, automóviles, depósitos bancarios... todo lo cual se mostró capaz

de destrozar los nervios de abogados, jueces, notarios, procuradores, registradores de la propiedad, agentes de seguros y muchos otros colectivos laborales, sin olvidar tampoco a los sufridos inspectores de hacienda.

Por fortuna no siempre estos cambios llegaron a ser problemáticos, ya que en ocasiones el cónyuge superviviente encontró a la nueva versión de su media naranja más interesante que la antigua, amén de que las discrepancias eran a veces tan nimias -por ejemplo unos muebles diferentes en la casa, o un coche familiar de distinto color- que las personas afectadas se adaptaban a ellos sin el menor problema.

No obstante, el caso que alcanzó mayor relevancia informativa, incluso a nivel internacional, fue el del difunto que “resucitó” en pleno funeral de cuerpo presente, al ser intercambiado el cadáver -al que además se le había practicado la autopsia, por lo que no existían dudas sobre de la irreversibilidad de su fallecimiento- por un alter ego perfectamente sano que, al verse repentinamente encerrado en un ataúd, comenzó a dar tales gritos y golpes que acabó colapsando los servicios de emergencia de cincuenta kilómetros a la redonda, tal fue el susto descomunal que dio a los asistentes a la ceremonia. Y todavía tuvo suerte, puesto que de haberse retrasado algunos minutos habría aparecido en el crematorio.

Sin embargo, no todo fue negativo. Los “aparecidos” fueron una fuente de información sumamente importante ya que además de sus circunstancias personales, en ocasiones rocambolescas pero de escaso interés para los científicos, aportaron detalles sobre sus lugares de procedencia que permitieron conocer mejor la naturaleza del fenómeno.

En general, la mayoría coincidía en manifestar su extrañeza por encontrarse en un mundo en el que, pese a reconocerlo como el suyo, había cosas que no acababan de encajar con sus recuerdos. Algunas eran triviales, aunque llamativas: según uno de ellos España no había ganado el Festival de Eurovisión ni en 1968 ni en 1969, pero sí en 1973, mientras otro afirmaba que el Atlético de Madrid contaba en su palmarés con dos campeonatos europeos, los de 1974 y 2014. Eso sin contar, claro está, el sinnúmero de listas alternativas que se pudieron confeccionar con los Oscar o los Premios Nobel, entre otros muchos galardones.

Otras veces, por el contrario, las diferencias eran de mayor magnitud, como ocurría con aquél que negaba con total vehemencia que la II República hubiera sido derrotada en la Guerra Civil, o con aquel otro que se sorprendió sobremanera cuando le dijeron que los norteamericanos habían llegado a la Luna en 1969.

No todas las discrepancias eran exclusivamente históricas, ya que muchas de ellas persistían al parecer en el momento presente. Entre todas las variantes recogidas por los investigadores se encontraban las que describían un Quebec independiente, una Gran Bretaña fuera de la Unión Europea, una Unión Soviética todavía sólida aunque muy

transformada, o una España que englobaba también a Portugal. Algunas fronteras, principalmente las africanas, mostraban variaciones de todo tipo, e incluso hubo un caso en el que los Estados Unidos aparecían divididos en dos con la Confederación sureña perfectamente asentada como nación independiente.

Algo similar ocurría con la literatura, las artes plásticas, la música o el cine. Los entrevistados, cada uno de manera diferente, mostraron desconocer obras maestras de todas estas artes, al tiempo que describían otras de las que los expertos consultados no tenían la menor noticia o, en su caso, se sabían perdidas. Y así hasta el infinito...

La explicación propuesta por algunos investigadores era digna de una novela de ciencia ficción. Al parecer, era como si en un conjunto de mundos paralelos, cada uno sutilmente diferente del anterior, se hubiera producido de repente algún tipo de cortocircuito que habría provocado estos intercambios indiscriminados entre unos y otros; el hecho de que fuera la Península Ibérica el único lugar del planeta donde tenían lugar estas perturbaciones parecía indicar que debía ser aquí donde estaba localizado su foco.

Esta hipótesis, tildada por muchos de fantasiosa, resultó ser, no obstante, la única capaz de interpretar mejor o peor los hechos, aunque seguía sin poder explicar algo tan fundamental como era la posible manera de interrumpir los indeseados intercambios y, a ser posible, de revertirlos para conseguir volver a la situación inicial.

Ajeno por completo a estas especulaciones, el proceso seguía adelante, aunque con nuevos cambios. A la par que las apariciones y desapariciones de personas comenzaron a decrecer, les llegó el turno a los animales. Obviamente este fenómeno pasaba mucho más desapercibido al menos en lo que se refería a la fauna salvaje, aunque también llegaron a aparecer o a desaparecer rebaños completos de reses. Pero cuando empezaron a notificarse avistamientos de lobos, linceos y osos en lugares en los que éstos habían desaparecido hacía siglos, ya no fue posible ignorar lo que estaba pasando. Sobre todo, cuando estos animales dieron paso a otros más exóticos tales como uros o bisontes, extinguidos en la vieja piel de toro desde hacía todavía más tiempo. Y cuando en los montes asturianos fue capturado un genuino ejemplar de oso de las cavernas, pocos fueron los que dudaron que no acabaran encontrándose mamuts, rinocerontes lanudos e incluso hasta algún tigre de dientes de sable.

Mientras la mayoría de los expertos seguían discutiendo, un modesto estudiante de doctorado decidió abordar el aparentemente irresoluble problema desde unos planteamientos distintos, utilizando una metodología estadística y técnicas similares a las aplicadas en el estudio de los terremotos.

Una de las pocas cuestiones en las que se había alcanzado un relativo consenso, asumiendo como cierta la teoría de los universos paralelos o multiverso, era la posibilidad de existencia de un número indeterminado, quizá infinito, de universos paralelos, contiguos pero en condiciones normales aislados por completo entre sí. Cada uno de ellos contendría



una Tierra todas las cuales se diferenciarían en algo, desde un detalle nimio hasta las discrepancias más fundamentales. Se especulaba, incluso, con la existencia de algún tipo de gradiente continuo, o factor diferenciador, que haría que las diferencias entre dos Tierras elegidas al azar fueran proporcionales a la separación entre ambos universos. De esta manera, las Tierras de dos universos contiguos serían muy similares, incrementándose las discrepancias conforme aumentaba el número de universos -o de Tierras- interpuestos entre ellas. Aunque, claro está, tan sólo se trataba de meras hipótesis.

El estudiante, ajeno por completo a los ámbitos relacionados con el estudio de las traslaciones, tuvo una idea ingeniosa. Pensó que, para empezar, quizá fuera posible discriminar entre los elementos de cualquier tipo -edificios, personas, animales...- procedentes de distintos universos, aplicando el criterio de que, a una separación mayor, corresponderían unos cambios más drásticos; era lógico pensar que los osos de las cavernas provinieran de un universo más alejado que el de los linceos encontrados en los montes gallegos, o que el universo en el que España derrotó a Gran Bretaña en Trafalgar tuviera menos afinidad con el nuestro que aquél en el que los Beatles no se separaron hasta 1973.

En realidad no buscaba cuantificar estas diferencias, algo por lo demás complicado de realizar a causa de los elevados márgenes de incertidumbre con los que se encontraba, sino tan sólo separar en grupos lo más homogéneos posibles a todos los elementos correspondientes a diferentes universos o, si no era posible, hacerlo al menos con los más afines entre sí.

Una vez concluida esta primera fase, la más laboriosa con mucho de todo el proceso, procedió a clasificar, dentro de cada grupo-universo, a los diferentes eventos en función de dos variables, su posición geográfica -en el caso de personas o animales el lugar donde habían aparecido, o se les había encontrado- y el momento en el que éstos habían tenido lugar. Finalmente, trasladó los datos ya procesados a un mapa de la Península Ibérica.

Pese a los relativamente elevados porcentajes de error que se había visto obligado a manejar, los resultados obtenidos demostraron que había dado en el clavo. Una vez clasificados convenientemente todos los puntos, su aparente distribución al azar se convirtió en una serie de líneas ortodrómicas -rectas sobre el plano- que radiaban desde un punto común, el presumible foco de todas las perturbaciones.

Trasladados los datos de la zona central a un mapa a mayor escala, el estudiante pudo concluir que el foco, fuese cual fuese su naturaleza, se situaba en las proximidades de un pequeño pueblo del norte de la provincia de Toledo, no demasiado lejos del límite con la de Madrid. Una consulta por internet confirmó que se trataba de un polígono industrial existente a un par de kilómetros del caserío, junto a la carretera principal de la zona.

Profundamente excitado, corrió a comunicarle los resultados a su director de tesis. Éste, irritado por no haber tenido conocimiento previo de la iniciativa de su pupilo, que

probablemente hubiera desautorizado, los acogió primero con displicencia, posteriormente con incredulidad y, convencido al fin por la tenaz insistencia del joven, con estupefacción.

Una vez convertido el profesor en coautor del estudio, por eso de que “así les harían más caso”, se apresuró a ponerse en contacto con sus colegas, a los cuales también le costó trabajo convencer; pero una vez logrado su objetivo, a partir de ese momento todo comenzó a ser mucho más fácil.

Enterado el comité investigador, rápidamente fue llamado el profesor -no el alumno- para que les expusiera en detalle el estudio sobre el origen de las perturbaciones. Así lo hizo éste, teniendo la satisfacción de ver cómo *su* trabajo se convertía en la piedra angular de la estrategia que pretendía poner coto al fenómeno de las interferencias entre los diferentes universos, así como la decepción por no verse recompensado con el protagonismo que creía merecerse.

Una vez contrastada la ubicación exacta del presunto punto cero de las perturbaciones, el gabinete de crisis creado por el gobierno español se apresuró a acordonar la zona rodeándola con un férreo cerco militar impenetrable tanto por tierra como por aire.

El polígono industrial, uno de tantos despojos dejados atrás por la especulación inmobiliaria, estaba semiabandonado con tan sólo algunas naves ocupadas, mientras el resto de ellas languidecían vacías y sin uso en mitad de la estepa castellana. Esta circunstancia favoreció la evacuación de los escasos ocupantes del recinto al tiempo que los responsables de la operación planificaban el registro de las naves cerradas, alrededor de una veintena.

Las primeras inspecciones resultaron infructuosas salvo por el inesperado hallazgo de un alijo de tabaco de contrabando, pero cuando se iba a acometer el registro de las existentes en la sección opuesta, en una de las naves cerradas situadas en esa área comenzó a ocurrir algo raro.

De repente el edificio comenzó a temblar, como si en vez de ladrillo estuviera hecho de gelatina, desdibujándose su perfil hasta convertirse en algo borroso que semejaba ser varias construcciones diferentes todas superpuestas entre sí. Finalmente, y ante la mirada atónita de los policías y los guardias civiles que efectuaban la operación, colapsó de manera repentina dejando como único rastro el solar que hasta momentos antes había ocupado, sin causar el menor daño a las naves colindantes.

Que la desaparecida nave estaba vinculada a las traslaciones y permutaciones de objetos y seres vivos quedó demostrado de forma fehaciente cuando, a partir de ese momento, éstas desaparecieron por completo, aunque sin revertir a la situación original. Según todos los indicios el foco perturbador había desaparecido, pero obviamente nadie se conformaba con ello.

Resultó sencillo averiguar que la nave desaparecida había sido alquilada, algunos meses antes de que comenzaran las perturbaciones, por una persona que resultó ser un antiguo profesor de física de una universidad española, expulsado de la facultad donde impartía sus clases debido a la heterodoxia de sus enseñanzas y a su negativa a seguir el programa oficial de la asignatura, reemplazándolo por unas teorías que en ocasiones rozaban peligrosamente los límites de la ciencia oficial... algo difícil de aceptar para las autoridades académicas. De hecho, y según sus antiguos alumnos, el susodicho profesor *estaba como una cabra*.

Esto no evitó que no le hiciera ni pizca de gracia verse en la calle, y cuando no pudo impedir la consumación del despido pese a sus reclamaciones judiciales, se marchó de la universidad rumiando la famosa frase de Galileo: *“Y sin embargo, se mueve”*. A partir de ese momento sus antiguos colegas le habían perdido el rastro, algo que no era de extrañar dado que se trataba de una persona extremadamente huraña que nunca llegó a trabar amistad con ninguno de sus compañeros. Una discreta investigación policial permitió saber que el sospechoso, soltero y sin familia, vivía en un anónimo apartamento perteneciente a un impersonal bloque de viviendas en el que tampoco mantenía la menor relación con sus vecinos, los cuales coincidieron en afirmar que desde hacía varios meses no se le había visto en el edificio.

Puesto que no respondía ni al teléfono ni al correo electrónico el juez firmó una orden de registro de su domicilio. Ésta dio el resultado esperado -y temido- por los responsables de la operación: la pequeña vivienda estaba vacía y con aspecto de llevar abandonada -incluso contando con el desaliño habitual de un solterón excéntrico- bastante tiempo.

Poco fue lo que se pudo encontrar de interés, salvo un ordenador con los datos del disco duro borrados. Esto no impidió que los expertos informáticos de la policía recuperaran la información, cuyo análisis permitió despejar parte de las incógnitas que habían rodeado al extraño fenómeno padecido por el país y por el vecino Portugal. Tal como se sospechaba su propietario había sido el responsable del desaguisado y, para sorpresa de los investigadores, lo había hecho completamente solo y sin ninguna ayuda.

En definitiva se trataba de un caso claro de sabio loco, tan frecuente en la literatura y el cine pero prácticamente inexistente en la prosaica realidad, máxime cuando la investigación de vanguardia requería grupos de trabajo cada vez más numerosos e instrumentales cada vez más sofisticados que no estaban al alcance de cualquiera.

Sin embargo el desaparecido físico había realizado la proeza de lograrlo en solitario, y presumiblemente con unos instrumentos lo suficientemente sencillos como para haberlos podido comprar y montar por su cuenta, ya que evidentemente ni por su situación personal, ni por su capacidad económica, tenía acceso a los grandes equipos de última generación. Su laboratorio había estado presumiblemente en la nave desaparecida, y se daba por hecho que él se había volatilizado con ella.

Como dijo un policía chistoso, el sospechoso tenía toda la pinta de haber sido el MacGiver español.

Lamentablemente el ordenador no contenía información sobre la naturaleza del descubrimiento científico de su propietario, sino tan sólo una especie de diario donde éste vertió todas sus reflexiones hasta poco antes de su desaparición; quizá por ello no se lo había llevado a la nave donde había realizado sus experimentos, aunque el hecho de que el disco duro hubiera sido borrado indicaba su intención de hacer desaparecer las pruebas de su actividad, sin que fuera posible saber por qué motivos al haber quedado inconcluso el diario.

Lo que sí estaba claro era que, además de su carácter excéntrico -según un informe psiquiátrico padecía una paranoia-, su propietario había sido también un auténtico genio, aunque por desgracia la combinación poco menos que explosiva de ambas facetas de su personalidad no sólo había impedido el aprovechamiento de su descubrimiento, sino que además había creado un gravísimo problema que, aunque ya interrumpido, había dejado tras de sí graves secuelas de difícil o imposible resolución.

En definitiva, el profesor X -las autoridades españolas habían decidido guardar un silencio absoluto sobre su identidad, evitando que se pudiera identificar al docente expulsado de la universidad con la persona desaparecida en el polígono industrial- no sólo había podido demostrar la existencia del multiverso, un conjunto de infinitos universos paralelos, sino que también llegó a encontrar la manera de atravesar las impenetrables fronteras que separaban a cada uno de ellos del resto.

Por desgracia no consiguió controlar convenientemente sus ensayos, razón por la que habían comenzado a aparecer y desaparecer edificios de todo tipo sin ningún orden ni concierto. Según su diario, él lo único que pretendía en un principio era husmear en otros universos vecinos buscando similitudes y diferencias con el nuestro, aprovechando para “traer” alguna prueba de sus visitas, tal como ocurriera con el otrora famoso puente, como forma de demostrar que ni era un charlatán, ni mucho menos un loco.

De haberse limitado a “robar” el puente al otro universo antes de dar a conocer su proeza científica, posiblemente hubiera logrado sus objetivos; al fin y al cabo hacía mucho que éste había dejado de ser funcional en su emplazamiento original, y tan sólo unos cuantos ciclistas se habrían visto temporalmente afectados por su desaparición hasta que fuera reemplazado por otro, por lo que el perjuicio causado a sus “legítimos” propietarios sería, en cualquier caso, mínimo.

Pero le venció la soberbia. Pareciéndole poco semejante logro, planeó dar un “golpe” más espectacular antes de reivindicar su triunfo; y a partir de ese momento fue cuando comenzó la debacle. Por las razones que fueran -el diario no lo especificaba en detalle, aunque cabía pensar en lo precario de sus montajes *caseros*-, comenzó a irsele de las manos

el control de los intercambios, provocando así una cascada de apariciones y desapariciones, aparentemente de forma aleatoria, dentro del área de cobertura de sus aparatos, coincidente de forma aproximada con la extensión territorial de la Península Ibérica.

Temió entonces, con sobrados motivos, que su iniciativa ya no fuera a ser tan bien recibida a causa de los descabros que inconscientemente había provocado, no sólo por cuestiones sentimentales -en Burgos, por ejemplo, andaban bastante cabreados por haberse quedado sin su catedral de toda la vida-, sino, sobre todo, por los incalculables quebrantos económicos que éstos habían arrastrado, sobre todo a aquellas empresas o entidades que se habían visto privadas de los ingresos que obtenían gracias a los edificios desaparecidos, por muy espantosos que éstos pudieran haber sido. En consecuencia, optó por seguir manteniendo el anonimato al tiempo que intentaba enmendar el desajuste tras realizar una serie de mejoras y correcciones en sus equipos... que sólo sirvieron, en la práctica, para estropear las cosas todavía más, al dejar de trasladar edificios y objetos a cambio de hacerlo ahora con las personas.

El resto de la historia resultaba ya fácil de suponer, a pesar incluso de las cada vez más frecuentes lagunas del diario. Progresivamente más nervioso y desesperado, a la par que desbordado por los acontecimientos, el *sabio loco*, tal como lo denominaban los investigadores del comité en su jerga interna, habría optado por encerrarse en su improvisado laboratorio en un intento desesperado por enderezar en lo posible las cosas, hasta acabar desapareciendo con él.

Quedaba la duda de si esta desaparición, ocurrida justo antes de que la policía entrara en su refugio, había sido una mera casualidad, algo difícil de creer por una mera cuestión probabilística, o si, por el contrario, se había tratado de una huida desesperada, aunque previamente preparada, ante la inminencia de ser atrapado con las manos en la masa. En cualquier caso las interferencias interdimensionales habían desaparecido por completo al precio, eso sí, de tener que asumir las secuelas, aparentemente irreversibles, de las andanzas de este imprudente aprendiz de brujo, al que se dio oficialmente por desaparecido y presumiblemente, una vez se hubieran cumplido los plazos legales establecidos, se le daría también por muerto. Pero todos aceptaban tener que pagar este precio con tal de contar con la garantía de que estos trastornos no se volvieran a repetir.

Sin embargo... pese al carpetazo oficial, con la consiguiente disolución del comité y la imposición a sus antiguos miembros de un compromiso de confidencialidad total, no todos se mostraban igual de confiados.

En concreto, el anónimo estudiante que descubriera el emplazamiento exacto del laboratorio clandestino, marginado por su director de tesis e ignorado por completo por el comité investigador y por las autoridades pertinentes, lo que le libró de compromiso alguno, seguía sin tenerlas todas consigo aun cuando desconocía la mayoría de los detalles de la operación que fueron mantenidos en secreto, incluyendo todo lo encontrado en el

diario del *sabio loco*. Al fin y al cabo, argumentaba, había razones de sobra para sospechar que no todo hubiera acabado.

-Hay que ser muy ingenuo -explicaba a un amigo, una de las pocas personas con las que tenía la suficiente confianza para sincerarse, sentados ambos en la mesa de una pizzería- para pensar que este hombre se haya volatilizado; lo más probable es que se fugara a otro universo paralelo, del que tan sólo podemos especular acerca de sus hipotéticas diferencias con el nuestro.

Hizo una pausa mientras mordía su porción, y continuó:

-Ponte en su lugar; de temer con fundamento que pudieran andar detrás de ti, ¿no habrías procurado buscarte un refugio al que poder huir en caso de necesidad? Esto me recuerda, en definitiva, a aquellas antiguas películas de serie B en las que el malo, pese a haber sido derrotado por el protagonista, siempre lograba escapar a última para así poder volver a aparecer en la siguiente entrega.

-Entonces -preguntó su amigo-, ¿piensas que este hombre podría volver a las andadas?

-Quién sabe... -fue su filosófica respuesta-. Aquí únicamente podemos hacer conjeturas. No sabemos si se fugó a un refugio seguro previamente preparado o si, por el contrario, se vio obligado a huir de forma precipitada sin saber siquiera a donde se dirigía. De hecho, teniendo en cuenta lo chapucero de sus manipulaciones, no me extrañaría en absoluto que hubiera ocurrido lo segundo. No, en realidad no veo probable que volvamos a tener noticias suyas, a saber en qué lugar acabaría cayendo.

-En este caso, ¿a qué viene tanto temor? -objetó su interlocutor entre bocado y bocado.

-En realidad a mí no me preocupa demasiado *nuestro* -recalcó el posesivo- *sabio loco*; los que me preocupan son los otros.

-¿Qué otros?

-Todos sus alter egos existentes en los diferentes universos por los que anduvo husmeando. Como hemos tenido ocasión de comprobar, cualquiera de nosotros tiene sus equivalentes en las distintas Tierras existentes en el conjunto del multiverso; no en todas, pero sí presumiblemente en las más cercanas y, en cualquier caso, los suficientes como para que estemos *repetidos* más de una vez y más de dos. Evidentemente no en todos los casos nuestros sosias habrán desarrollado una trayectoria vital similar a la nuestra, y de hecho hay ejemplos sobrados de que las diferencias existen, pero cabe suponer que, al menos en algunas ocasiones, pudiéramos encontrarnos con réplicas prácticamente idénticas no ya desde un punto de vista genético sino social, por decirlo de alguna manera.

-Estás intentando decirme que...

-Que pudiera haber uno o varios *sabios locos* más pululando por ahí, todos ellos capaces de volver a trastocar todo; que éstos lo hicieran desde nuestro propio universo o desde otro contiguo sería algo completamente irrelevante, puesto que los resultados acabarían siendo los mismos, ya que lo que aparece en un sitio ha de desaparecer en otro, y viceversa. Pudiera ser, no obstante, que estos individuos consiguieran hacer mejor las cosas... o peor, vete a saber. Incluso podrían estar estorbándose entre sí, puestos ya a especular.

-Me temo que se me acaba de quitar el hambre -musitó su amigo dejando caer sobre la mesa lo que restaba de su porción de pizza.

-Pues a mí no -respondió el estudiante-; de hecho, pienso que incluso podría resultar divertido -rió, al tiempo que daba un bocado a la suya.

## SOMNIUM

Como todas las mañanas entré en la estación, atravesé apresuradamente el paso subterráneo y me zambullí en el tren que en ese momento estaba parado en el andén.

Como todas las mañanas me atrincheré en el asiento más solitario que encontré y sacando el libro del bolso -por variar era el único en el vagón que no estaba obnubilado con los móviles- me dispuse a leer aun a sabiendas de que no aguantaría demasiado.

Y efectivamente, así ocurrió. Apenas pasada la estación de Torrejón el sueño pudo conmigo y, como casi todas las mañanas, guardé el libro del que apenas me había dado tiempo a leer unas páginas disponiéndome a echar una cabezada hasta llegar a mi destino.

Debió de ser algo más que una cabezada, puesto que perdí la conciencia de donde me encontraba hasta que una sacudida del vagón me despertó. Adormilado todavía abrí los ojos revisando con gesto desvaído mi espacio personal; todo parecía en orden y, al ir el tren medio vacío, nadie se había sentado al lado o enfrente.

Pero al mismo tiempo tuve la sensación de que algo no acababa de encajar. Me bastó dirigir la mirada a la ventanilla para comprobarlo: el tren atravesaba un largo túnel.

Esto fue algo que me alarmó. ¿Tanto tiempo me había pasado durmiendo que no me había dado cuenta de que había rebasado Atocha? Yo iba dos paradas más allá, hasta Nuevos Ministerios, por lo que el riesgo de pasarme de largo era remoto, pero era la primera vez que me ocurría algo parecido; nada menos que ocho estaciones mientras reposaba placenteramente en brazos de Morfeo.

Mi sorpresa fue aún mayor cuando, tras mirar maquinalmente el reloj, comprobé que sólo habían pasado escasamente veinte minutos desde que el tren saliera de Alcalá, por lo que ahora tendría que estar llegando a San Fernando o Coslada; como mucho, a Vicálvaro. Pero entre Alcalá y Atocha no existe ningún túnel, y sólo allí empieza el que enlaza con Chamartín.

Cada vez más perplejo, descubrí una incoherencia más. El vagón no mostraba nada de particular, e incluso al otro lado del pasillo el patán de costumbre tenía los pies puestos en el asiento de enfrente. Pero los rótulos informativos...

El luminoso de encima de la puerta mostraba sus habituales mensajes deslizantes, pero éstos resultaban completamente ininteligibles. Últimamente no eran raros estos fallos en un servicio público cada vez peor atendido, pero lo que aprecié nada tenía que ver con los habituales textos medio borrados; al contrario, las letras o lo que fuesen aparecían nítidas... sin parecerse en nada a la familiar grafía del alfabeto latino.



Por chocante que resultara no fue esto lo que me alarmó, sino comprobar que con los anuncios pegados en las paredes interiores ocurría lo mismo. Lo más sorprendente era que tanto el diseño como las ilustraciones eran los de habituales, de hecho frente a mí tenía uno sobradamente conocido del familiar Tren de Cervantes; pero los textos aparecían escritos con los mismos extraños caracteres que el luminoso. Mis conocimientos de otros alfabetos no pasan de identificar las letras griegas o distinguir algo escrito con caracteres cirílicos, árabes o chinos, pero lo que tenía ante mí no se parecía lo más mínimo a ninguno de ellos ni a nada con lo que estuviera mínimamente familiarizado. Cierto es que existen muchos alfabetos que no conozco, pero fuera cual fuera su origen era evidente que nada pintaban allí.

Fue entonces cuando el tren abandonó el túnel provocándome un nuevo sobresalto. ¿Estábamos llegando ya a Chamartín? En la extraña situación anímica en la que me encontraba no me habría sorprendido nada.

Pero no era la playa de vías de la estación de Chamartín lo que se atisbaba por la ventanilla, sino un paisaje periurbano que, con edificaciones aisladas y amplios terrenos libres, en nada se parecía al abigarrado barrio madrileño en el que se enclavaba esta estación.

¿Qué estaba pasando? En cualquier caso, lo que quedaba claro era que el tren no discurría por su camino habitual y, con toda probabilidad, no se dirigía a la estación de Nuevos Ministerios. Evidentemente no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo, pero lo que me preocupaba en ese momento era salir de allí lo antes posible y volver a algún lugar conocido... porque desde luego éste no lo era.

Me levanté impulsivamente dirigiéndome a la puerta más cercana, aunque poco podía hacer mientras el tren no se detuviera. Por fortuna, puesto que cada vez me estaba poniendo más nervioso, éste comenzó a frenar parándose poco después en una estación cuyo aspecto me resultaba completamente desconocido. Y por supuesto, fui incapaz de leer su nombre en el rótulo.

No importaba. Sin vacilar pulsé el botón de apertura y salté al andén cual alma que lleva el diablo, sintiendo como varios pares de ojos me miraban con gestos que oscilaban entre el asombro y la irritación. Sin prestarles atención me zambullí en el vestíbulo, lo crucé de dos zancadas -era una estación pequeña-, pasé la tarjeta del abono de transportes por el lector... y las puertas no se abrieron, por lo que en mi precipitación casi choqué con ellas.

Tras repetir el intento con idéntico resultado, esperé impacientemente a que los escasos viajeros que se habían apeado conmigo dejaran libres los torniquetes vecinos. Probé entonces uno tras otro en todos ellos, sin conseguir que ninguno me franqueara el paso.

Desorientado giré la vista alrededor buscando algún punto familiar en el que apoyarme. La estación no tenía nada de particular, era como todas las secundarias de la red de cercanías salvo en que aquí los rótulos estaban escritos por variar en esa indescifrable jerga... y en algo más de lo que hasta entonces no me había apercibido: los planos que representaban al conjunto de la red tampoco se parecían lo más mínimo a los habituales no por el diseño gráfico, que era similar al de éstos, sino por el trazado de las líneas.

Lo único que recuerdo es que me tambaleé y de pronto surgió ante mí un vigilante al que no había visto acercarse, el cual me sujetó por el brazo para evitar que me cayera al tiempo que se dirigía a mí si que entendiera una sola palabra. Aunque su intención de ayudarme era clara y su ademán amistoso, en mi turbación temí que viniera a increparme por intentar salir sin billete, por lo cual le tendí torpemente la tarjeta del abono para demostrarle que no era así.

Tras recuperarse de su sorpresa, y asegurándose de que era capaz de sostenerme por mí mismo, la cogió examinándola por ambos lados para, con un gesto de extrañeza, devolvérmela mascullando unas frases tan ininteligibles como las anteriores, al tiempo que me arrastraba con suavidad hasta una puerta que abrió con su llavero.

Ésta daba paso a un pequeño cuarto que sin duda oficiaba de sala de reposo para los empleados. Constaba de una mesa, un par de sillas, unas taquillas y un pequeño sillón que podría servir de cama improvisada en caso de necesidad. Me sentó en este último y tras tranquilizarme -al menos así lo interpreté-, abandonó el cuarto. Volvió al poco tiempo -yo no me había movido- con un compañero y un vaso humeante en la mano que me ofreció con ademán amistoso. No era café ni tampoco parecía ser té, sino una infusión que no logré identificar de sabor anisado y toques complejos de otras plantas aromáticas; y sin duda debía contener también tila o algo similar, puesto que tras beberla me tranquilizó bastante.

A diferencia del primer vigilante, de rasgos claramente españoles por más que su lenguaje no lo fuera, el recién llegado parecía proceder de algún país del este de Europa. Éste se dirigió a mí en un idioma diferente del anterior, pero asimismo imposible de entender. Cambió entonces a otros dos o tres, con idénticos resultados. Intentado poner algo de mi parte chapurreé unas toscas frases en francés e inglés -ya lo había intentado previamente en español- pero el resultado fue el mismo que si hubiera hablado en tibetano. La barrera lingüística era al parecer insalvable en ambos sentidos.

Cambiaron entonces de táctica. Tras intercambiar una breve conversación, el primero se quedó conmigo mientras el segundo se marchaba en busca, según deduje posteriormente, de ayuda sanitaria. Al parecer, y con toda lógica, pensaron que yo debía padecer un trastorno que me habría provocado amnesia, y éste podría ser grave. Mientras esperábamos, mi custodio abrió una de las taquillas y sacó de ella un bocadillo que me ofreció amistosamente, oferta que rechacé -lo último que tenía en aquel momento eran ganas de comer- con la mejor sonrisa que fui capaz de esbozar. Además ése sería probablemente su

único sustento para una larga jornada de trabajo, por lo que tampoco era justo que se privara de él.

Al cabo de aproximadamente un cuarto de hora llegó su compañero acompañado por unos sanitarios. Éstos tenían un aspecto totalmente normal, y de no ser por el idioma habrían pasado desapercibidos para mí, Pero no fue así, puesto que la comunicación oral seguía siendo imposible. No obstante eran profesionales, y tras dialogar con los vigilantes me invitaron a acompañarlos.

Acepté con docilidad, ¿qué iba a hacer? Salimos de la estación y allí, en una pequeña plaza, había aparcada una ambulancia. Me introdujeron en su interior y, tras tumbarme en una camilla articulada, me ofrecieron una píldora que, según interpreté por sus gestos, era un tranquilizante... que falta me hacía. La tomé con un poco de agua, echando de menos la infusión que me habían dado antes. Pero no estaba la cosa para exigir nada, y tampoco habría sabido como hacerlo. La ambulancia era en realidad una UVI móvil, por lo que sin más preámbulos procedieron a realizarme las pruebas habituales en el protocolo de primeros auxilios, incluyendo un electrocardiograma.

Según me indicaron, por señas evidentemente, los resultados fueron normales; pero dada mi desorientación decidieron llevarme consigo. Acompañado por uno de ellos mientras los otros dos se subían a la cabina, noté como la ambulancia arrancaba con la parafernalia de luces y sonidos de rigor. El viaje no fue largo, y cuando llegó a su destino y me sacaron por la puerta trasera descubrí que me hallaba en un aparcamiento subterráneo, con toda probabilidad en el sótano de un hospital o un centro de salud.

Bajé por mi propio pie, aunque escoltado por un celoso enfermero que vino a nuestro encuentro. Entramos en un ascensor y, tras subir un par de plantas -las cifras de los botones también me resultaron ilegibles-, desembocamos en un dédalo de pasillos que recorrimos hasta llegar a una sala de consulta que, según supuse dadas las circunstancias, debía corresponder a la sección de psiquiatría. Evidentemente yo no estaba loco, pero ¿a dónde me iban a llevar si no? Por fortuna la píldora había hecho efecto, por lo que me encontraba bastante más tranquilo.

Allí me recibió un médico que, tras soltarme una parrafada tranquilizadora de la que no entendí absolutamente nada, me invitó a sentarme frente a él guardando silencio mientras leía el informe de los sanitarios que me habían atendido. Acto seguido, explicándome por señas, o al menos así lo entendí, que todo estaba correcto desde un punto de vista clínico, extendió la mano en un gesto que interpreté como una petición para que le enseñara mi documentación. Obedecí, entregándole atropelladamente el carnet de identidad, el abono de transportes y, tras dudarle unos instantes, el carnet de conducir.

Él los revisó cuidadosamente y, a juzgar por su fruncimiento de ceño, con una evidente sorpresa. Tras depositarlos sobre la mesa tomó su cartera, sacó sus propios documentos, los emparejó cuidadosamente con los míos y me los enseñó.

Los tres eran idénticos en todos los detalles excepto, una vez más, en los indescifrables textos. Pensativo, mi interlocutor recogió los suyos y me devolvió los míos, tras lo cual se levantó e, invitándome a seguirle, me condujo a una puerta lateral que abrió introduciéndome en el despacho contiguo. Tras acomodarnos en torno a una mesa redonda, hurgó en un bolso parecido al mío sacando de él un folleto que me ofreció sonriente.

Éste reproducía un plano de la red de cercanías. Lo desdobló con cuidado y, antes de entregármelo, marcó en él el punto correspondiente a la estación en la que me había bajado. Huelga decir que esto no me decía nada en absoluto, puesto que el plano era esquemático y las diferentes líneas dibujadas en él no se correspondían en absoluto con las que me resultaban familiares, amén de que tampoco entendía los nombres de las estaciones. Presa de una repentina idea abrí el bolso y saqué de él el plano de cercanías que solía llevar conmigo, pese a que normalmente no lo necesitaba. Lo desplegué y, tras comprobar que éste era el “bueno”, se lo mostré triunfante para demostrar que, pese a todas las evidencias, seguía estando cuerdo.

El médico lo cogió con interés y se puso a compararlo con el suyo, llegando aparentemente a la misma conclusión que yo de que la situación en la que nos encontrábamos no tenía el menor sentido; pero profesional como era, a diferencia mía supo camuflar sus emociones o al menos lo intentó.

Tras plegar los dos planos y devolverme el mío, me hizo pasar a otra mesa en la que había un ordenador y, acercando otra silla, nos acomodamos los dos frente a la pantalla. Lo encendió y pude comprobar, aunque mi capacidad de sorpresa había alcanzado de sobra la saturación, que la pantalla del buscador era similar en todo a la de Google excepto, una vez más, en las seis letras, sustituidas por otros cinco caracteres también de colores pero que nada significaban para mí.

Pronto adiviné lo que pretendía. Cargó Google Maps, seleccionó la opción de vista de satélite y, tras ajustar la escala y centrar la sección deseada, me invitó a echar un vistazo. Salvo en el tema de las etiquetas, ininteligibles por completo, esta versión de Google Maps era idéntica a la que yo estaba acostumbrado a manejar. Así pues, no me costó trabajo, jugando a mi vez con la escala y los cursores de desplazamiento, identificar unos accidentes geográficos conocidos: los ríos Henares y Jarama, el Manzanares más al oeste y al sur el Tajo, junto con el inconfundible perfil de la sierra al norte.

Pero ahí acababan las coincidencias, porque si bien la geografía física no presentaba diferencias significativas con lo que yo conocía, no ocurría lo mismo con los elementos fruto de la actividad humana: ciudades, carreteras, ferrocarriles y similares. Ampliando la

escala busqué como referencia el característico perfil de los meandros que el Henares, festoneado por los cerros de su margen izquierda, describe a su paso por Alcalá, encontrándolos sin problemas. Pero para sorpresa mía, si bien encontré un núcleo urbano aproximadamente en el mismo lugar que ésta, su contorno aparentaba ser diferente por completo.

Ante la mirada atenta de mi anfitrión reduje la escala buscando otras poblaciones cercanas: Madrid no aparecía, aunque en su amplio perímetro se alzaban dispersos algunos pequeños núcleos de población. Tampoco pude ver a Torrejón, Coslada o San Fernando, ni se apreciaba el denso cinturón formado por los grandes núcleos del sur de Madrid. En contrapartida, descubrí algunos cascos urbanos de considerable tamaño en lugares en los que no debería haber nada. Más allá, al otro lado de la sierra, creí reconocer Segovia, mientras al sur, a orillas del Tajo, Toledo aparentaba ser mucho mayor de lo que yo recordaba.

Sonriendo, el médico cogió el ratón señalando con él una de estas últimas ciudades fantasma, indicándome que era allí donde nos encontrábamos. Mirando con atención comprobé que correspondía a algún lugar situado aproximadamente entre Arganda y Chinchón, sin poder precisar su ubicación exacta ni su posible correspondencia con algún pueblo conocido, lo que no impedía que fuera bastante grande.

Recuperé el ratón volviendo a Alcalá o a lo que estuviera ocupando su lugar, indicándole por señas que yo procedía de allí; hubiera resultado inútil marcar los Nuevos Ministerios, puesto que esa zona aparecía completamente despejada de edificaciones salvo lo que parecían ser pequeños pueblos.

Él me entendió perfectamente y, abriendo una nueva ventana, cargó en ella lo que resultó ser un plano de esa Alcalá que no era en modo alguno Alcalá, como pude comprobar tras echarle un rápido vistazo. Sí, la ciudad parecía grande y aparentaba ocupar una superficie similar a la de ésta, pero ahí acababan todas las similitudes. Para empezar su centro urbano -el casco antiguo se diferenciaba claramente de los barrios periféricos más modernos- estaba desplazado unos dos kilómetros al suroeste, y la que según todos los indicios era la plaza principal se alzaba aproximadamente sobre el yacimiento romano de Complutum. A partir de allí las calles se extendían en todas direcciones excepto por la parte del río y los inmediatos cerros, llegando por un lado hasta la desembocadura del Torote, por el otro hasta el inexistente casco antiguo que yo conocía y por el norte hasta aproximadamente la carretera de Daganzo.

Asimismo su trama urbana era distinta por completo; se trataba, en definitiva, de una ciudad diferente de Alcalá que, por la razón que fuera, ocupaba su mismo solar o, por hablar con más propiedad, el solar de la desaparecida ciudad romana, sin que tuviera modo alguno de saber a qué se debían estas discrepancias.

Picado por la curiosidad presté atención a las vías de comunicación. Había una autovía que discurría en dirección norte-sur, y jugando con los cursores descubrí que cruzaba la sierra por el puerto de Somosierra dirigiéndose a Segovia -o como quiera que se llamase- mientras por el otro extremo conducía a Toledo. Una circunvalación evitaba su paso por “Alcalá”, y de ésta arrancaba una segunda autovía que remontaba el valle del Henares en dirección a Guadalajara. Puesto que no existía Madrid, hacia el oeste tan sólo se apreciaban varias carreteras secundarias.

Con el ferrocarril sucedía algo similar, con una línea norte-sur paralela a la autovía aunque ésta si cruzaba “Alcalá” aparentemente por un túnel, estando ubicada la estación en el centro de la misma. En ella confluían otras vías procedentes del valle del Henares, posiblemente -no me molesté en comprobarlo- en dirección a Zaragoza.

¿Qué estaba ocurriendo? Yo siempre me había jactado de tener una mente lógica y sólo admitía las explicaciones racionales, pero esto era algo que desbordaba mi capacidad de entendimiento... y a juzgar por su excitación a mi interlocutor le debía estar ocurriendo lo mismo. Era frustrante que no pudiéramos comunicarnos, porque quizá podríamos haber despejado muchas dudas de haber podido hacerlo.

Pero era lo que había. Además yo empezaba a acusar no el cansancio, al fin y al cabo apenas habían transcurrido unas horas, sino el desgaste producido por la tensión. Él lo debió de adivinar, puesto que me apartó del ordenador conduciéndome de nuevo a la consulta. Allí, recurriendo a la mímica y a unos pictogramas que dibujó con bastante habilidad, consiguió comunicarme la necesidad de que descansara, para lo cual me habilitarían una habitación. Más adelante buscarían la manera de salvar la barrera del idioma.

Accedí a todo, primero porque mi cuerpo lo reclamaba y segundo porque no tenía donde ir; como había podido comprobar en el ordenador mi casa, situada en un barrio del norte de Alcalá, no existía allí, y mi trabajo tampoco. No tenía la menor idea de qué podía estar pasando, pero en esos momentos no estaba en disposición de afrontarlo. Mañana sería otro día.

Minutos después una enfermera me conducía a una típica habitación de hospital. Despidiéndose con una sonrisa, se marchó dejándome con mis pensamientos. ¿Qué sería de mí a partir de ahora? Por muy bien que me trataran los médicos, era evidente que no podría estar allí mucho tiempo, y también cabía suponer que tarde o temprano, ante la imposibilidad de identificarme y de comunicarse conmigo, acabarían poniéndome en manos de la policía, corriendo el riesgo de ser considerado un inmigrante clandestino o quizá incluso algo peor. La perspectiva, pues, distaba de ser halagüeña.

Pero en ese momento mi prioridad era otra, Tan sólo era media mañana, pero me sentía tan derrengado que me tumbé vestido sobre la cama quitándome tan sólo los zapatos. No tardé mucho en quedarme dormido.

-Disculpe, señor...

Más que la voz, lo que me despertó fueron los suaves toques en el hombro. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que me hablaban en español, y todavía más en reaccionar abriendo los ojos.

-¿Qué pasa? -pregunté sobresaltado.

-Nada importante, señor; sólo que usted se quedó dormido y el tren ha llegado al final del trayecto. Tendría que apearse.

Al fin conseguí enfocar la mirada, descubriendo que quien me hablaba era un vigilante. Estaba en el vagón, en el mismo asiento en el que recordaba haberme sentado al montar en él. Y, tal como me indicaba el vigilante, éste estaba vacío y el tren detenido.

-Mascullando una disculpa me levanté, cogí el bolso y me apresuré a bajar al andén. Me encontraba en la estación de Chamartín, lo que quería decir que había viajado profundamente dormido durante la mayor parte del trayecto... y me había pasado de estación.

Abochornado, busqué en el panel indicador el próximo tren con destino Atocha; me servía cualquier línea con independencia de cual de los dos túneles, puesto que por ambos caminos pararía en Nuevos Ministerios. El primero en hacerlo tenía anunciada la salida en tan sólo un par de minutos. Crucé apresuradamente por el paso subterráneo los dos andenes que me separaban de mi destino llegando con tiempo suficiente para montar en él y sentarme tranquilamente, que falta me hacía, para desandar el corto recorrido hasta Nuevos Ministerios. Por fortuna, comprobé mirando el reloj, el retraso no sería excesivo.

Una vez tranquilizado, recapitulé con asombro que no sólo me había quedado profundamente dormido entre Torrejón y Chamartín, sino que además había tenido ese extraño sueño que, sorprendentemente, recordaba con total nitidez. Se daba la circunstancia, sonreí para mis adentros, de que el libro que estaba leyendo era precisamente una novela de ciencia ficción que abordaba el tema de los universos paralelos, razón que explicaba la naturaleza del sueño. Era una lástima que no supiera escribir, porque de ser así podría haber pergeñado un interesante relato.

El tren arrancó enfilando el túnel -en esta ocasión correctamente ubicado- y yo, pese a que tan sólo serían unos minutos de viaje, abrí el bolso para sacar el libro; me tenía intrigado la posible correlación entre el argumento de la novela y mi propio sueño.

Antes de llegar a cogerlo mi mano tropezó con un papel que saqué sorprendido, esbozando una sonrisa al ver de qué se trataba; era el plano de las líneas de cercanías, aunque me extrañó que estuviera encima del libro dado que lo solía guardar en un bolsillo lateral.

La sonrisa se me heló cuando, al ver que estaba mal doblado, lo desdoblé para colocarlo bien, descubriendo con espanto que en él estaba representada no la red real, sino la que había soñado. Aparentemente, y contra toda lógica, cuando el médico me lo devolvió tras cotejarlo con el suyo debió de confundirlos, dándome el que no era.

¿Pero cómo pudo ocurrir esto si se trataba tan sólo de un sueño? Y aún más, si aparentemente yo me traje el suyo de allí, ¿conservaría ese médico imaginario el mío?

Sintiendo un escalofrío recorrerme todo el cuerpo, me apresuré a enterrar el plano en el rincón más recóndito del bolso. Por fortuna, en ese momento el tren entraba al fin en la estación de Nuevos Ministerios.



## LAS DOS MANOS

Ante todo, les deseo a ustedes unos muy buenos días. Me llamo... esto no importa demasiado puesto que casi con total seguridad no habrán oído hablar de mí, uno de tantos escritores anónimos o casi anónimos conocidos tan sólo en círculos muy minoritarios. Además mi obra publicada, que ni ha sido tanta ni llegó a alcanzar mayor relevancia, lo ha sido siempre con seudónimo por unos motivos que explicaré en su momento. En cualquier caso, mi nombre resulta irrelevante para lo que les deseo contar.

Lo que sí resulta importante decir es que mi gran afición ha sido siempre la escritura. No me atrevo a denominarme escritor, aunque el número de obras que he escrito a lo largo de mi vida es grande, puesto que se suele entender por tal a quien vive profesionalmente de la literatura o al menos gana suficiente dinero con ella, lo cual no es en modo alguno mi caso. De hecho, hasta que ocurrió el extraño episodio que voy a relatarles nunca había conseguido publicar ningún libro ni caí en la fútil vanidad de autoeditármelos, y ni siquiera, salvo en un par de irrelevantes concursos infantiles, logré alzarme con algún premio literario por poco relevante que éste fuera.

En consecuencia, mi actividad creadora nunca alcanzó la menor difusión incluso después de subir mis relatos a mi página personal de internet, donde la mayoría excepto los pocos publicados siguen estando al alcance de cualquiera y, según las estadísticas que me remite periódicamente el servidor, las visitas -no digo ya las lecturas- suelen ser contadas.

¿Fracasado? Quizás, incluso en el caso de que mi meta hubiera sido no ya un éxito comercial, sino tan siquiera ser conocido y leído aun sin sacar beneficio económico de ello. Y en realidad hubo un momento en el que lo deseé así, aunque el paso del tiempo se encargó de darme un baño de cruda realidad. Pero eso fue hace mucho y, rebasada la mitad del camino de la vida parafraseando a Dante, me conformaba con escribir por mera satisfacción personal, por más que estuviera convencido de que mi obra no me sobreviviría ni sería recordada. Al fin y al cabo, éste suele ser el destino de la inmensa mayoría de la humanidad desde que el primer homo sapiens fue capaz de articular un razonamiento abstracto. Bien pensado, no es tan malo.

Pero es preferible no divagar, y menos con mis cuitas personales que a buen seguro no les interesarán a ustedes, quedándonos tan sólo con el mensaje de que yo escribía relatos y pequeños cuentos dado que siempre se me puso muy cuesta arriba enfrentarme con algo tan ambicioso como una novela. Quizás fuera por pereza, pero lo cierto es que siempre me he encontrado mucho más cómodo en los recorridos cortos, donde basta con tener una idea y trasladarla al papel -o al disco duro- lo antes posible, siguiendo la escuela conceptista de Baltasar Gracián. Respeto mucho a todos aquéllos capaces de estar embarcados durante meses, e incluso años, en la redacción de una novela que, cuando esté terminada, les habrá

supuesto un esfuerzo personal y temporal enorme... y todo ello, con mucha probabilidad, para correr la misma suerte que los cuentecillos que escribía de un tirón. Les respeto, insisto, pero huyo de imitarlos. Y como tan sólo de satisfacción personal se trataba, me limitaba a escribir tal como me apetecía.

Mis cuentos, por lo general, solían tender a lo fantástico, lo insólito, lo inesperado, lo imprevisto... me agradaba el juego de sorprender a mis inexistentes lectores, y siempre buscaba si no argumentos originales, algo prácticamente imposible desde que los griegos clásicos cultivaron todas las variaciones posibles del pensamiento, sí planteamientos originales o, cuando menos, no esperados. Y, dado que no podía contrastar el efecto de mi imaginación sobre los hipotéticos lectores, disponía tan sólo de mi propio criterio para decidir si un relato concreto merecía o no la pena. Pero ésta es otra historia.

Sin embargo, hubo un momento en el que, sin saber como, decidí dar un golpe de timón a mi producción literaria embarcándome, a modo de experimento, en un proyecto más largo, y asimismo más ambicioso, que me internaría por caminos creativos que jamás había ensayado hasta entonces y, con total seguridad, jamás volvería a surcar; digamos que fue un capricho repentino que me encandiló haciéndome abandonar mis queridos cuentecillos. Pero al fin y al cabo no estaba a expensas de las sugerencias, exigencias o imposiciones de ningún editor, tampoco lo necesitaba para vivir -mi subsistencia estaba garantizada por un trabajo meramente alimenticio, pero seguro y no demasiado agobiante-, ni tendría que rendir cuentas a posibles lectores airados. Así pues, me puse a ello.

Lo que pretendía ensayar era si sería capaz de esbozar un personaje suficientemente tangible como para resultar creíble, algo difícil de encontrar incluso en muchos autores consagrados. Siempre se nos ha echado en cara a los autores de cuentos que nos limitemos a montar un decorado en el que verter una idea, por lo que nuestros personajes no son sino meros simulacros esbozados de la manera más esquemática posible por exigencias del guión; y ciertamente en mi caso era así, puesto que nada estaba más lejos de mi intención que dedicar páginas y más páginas a la construcción de uno o varios personajes cuyas *vidas* acabarían desbordando el marco del relato, con la inevitable consecuencia de que lo que acabarías escribiendo no sería un cuento y quizás ni siquiera tampoco una novela, al menos tal como yo las entiendo, sino un farragoso tocho del que probablemente sobrarían la mitad de las páginas.

Eso sin contar, por supuesto, que en muchas novelas los personajes suelen estar tan desdibujados como en los menospreciados -al menos en nuestro país- cuentos.

Pese a todo me propuse intentarlo a modo de reto personal. En realidad no pretendía escribir una novela sino tan sólo forjar un personaje, arrojándolo eso sí con la trama imprescindible al igual que un actor precisa de un decorado; el argumento resultante no me importaba en absoluto salvo en lo relativo a la personalidad y la figura de mi protagonista, por lo que daba por supuesto que el resultado, desde un punto de vista narrativo, dejaría

bastante que desear; pero escribía exclusivamente para mí, de hecho ni siquiera tenía intención de dárselo a leer a nadie, por lo cual no tenía por qué preocuparme de posibles críticas e incluso rechazos. Sería mío y exclusivamente mío, al igual que esos pequeños y por lo general intrascendentes detalles que ocultas, por una u otra razón, incluso a tus más allegados.

Todo empezó, pues, como un inocente juego. Yo estaba harto de tropezar, tanto en la literatura como en el cine, con protagonistas alfa dechados de todo lo deseable e incluso, según la época, de lo indeseable, desde John Wayne y James Bond a Rambo o Indiana Jones, pasando por los estereotipos prefabricados del cine clásico. También estaban los femeninos, por supuesto, pero yo soy varón -al menos mientras nadie me reproche serlo- y sus equivalentes del sexo femenino no afectaban a mis propósitos. Por el otro extremo tropezaba con los antihéroes, desde patéticos a impresentables, e incluso cuando el personaje era presuntamente una persona normal y corriente casi siempre se acababa revelando como impostado o, todavía peor, como la herramienta utilizada por el autor para poner a prueba nuestra paciencia.

Así pues decidí inventarme un protagonista a mi antojo tomando como modelo inicial a aquél a quien mejor conocía: yo mismo. No necesariamente a modo autobiográfico ni tampoco anti autobiográfico sino, recurriendo a un símil informático, aplicándole una *biografía aumentada*. En esencia, siendo yo nada llamativo físicamente y más bien tirando a feo, apliqué a mi alter ego los correspondientes *filtros* para convertirlo en alguien que, sin ser escandalosamente atractivo, llamaría la atención de las fêmeas como jamás se la había llamado yo.

Pero el aspecto físico era sólo el principio, por lo que filtré también mi insalvable desaliño a la hora de vestir y las torpezas de mi lenguaje corporal. En el aspecto cultural e intelectual apenas hice ligeros retoques -no iba a estar descontento de todo-, pero añadí un poco de saber mundano incluyendo conocimientos sobre temas que siempre había despreciado al considerarlos frívolos e insustanciales, pese a lo cual pueden jugar un papel importante en las relaciones personales de la mayoría de la gente por encima de aquello que yo considero verdaderamente importante. Y, por último, le doté de toda una serie de habilidades sociales que más de una vez había echado en falta.

El resultado fue, y me satisface decirlo, un personaje atractivo para prácticamente todo el mundo, tanto hombres como mujeres, capaz de desenvolverse con soltura en cualquier escenario sin estridencias ni exageraciones.

Pero lo realmente difícil, a la par que importante, sería la siguiente fase: convertir a mi personaje en un escritor prestigioso -que no afamado- capaz no sólo de ganarse la vida con la literatura, sino además de ganársela bien. Es decir, justo como a mí me hubiera gustado ser por encima de todos los detalles anteriores, en el fondo accesorios; puestos a hacer las cosas, prefería hacerlas a mi agrado.

Y comencé a escribir la novela. Si son ustedes padres supongo que reconocerán que, por encima de la educación dada a sus hijos, por lo general lo que desea cualquier padre es que éstos crezcan y desarrollen su personalidad, su inteligencia y sus intereses conforme a sus propios deseos, es decir, siguiendo el esquema de hijo ideal que todos tenemos grabado en nuestra mente... el cual raras veces se cumple, puesto que cuando un niño madura lo normal es que tenga sus propias ideas, sus propios gustos y sus propios criterios no necesariamente acordes con los nuestros.

Por el contrario, yo sí podía permitirme el lujo de pergeñar a mi hijo literario tal como me apeteciera, sin que a éste le fuera posible defender sus deseos. De hecho, pensaba con malicia que para mi protagonista sería como Dios para Adán, creándolo no a mi imagen y semejanza sino, todavía mejor, a imagen y semejanza de lo que se me antojara.

Al menos, eso era lo que creía entonces.

Para mi sorpresa, ya que siempre había acabado tirando la toalla cuando algo que estaba escribiendo alcanzaba las cincuenta páginas, me engolosiné con las aventuras de mi personaje, rebasando con creces esta frontera y aun otras más alejadas que jamás hubiera soñado con alcanzar. Y además disfrutaba con ello ya que el resultado era, permítaseme la presunción, excelente.

Es muy probable que, de haberle llevado a un editor mi inconclusa novela, éste la hubiera aceptado sin titubear instándome a terminarla, lo cual me habría otorgado precisamente aquello por lo que llevaba tantos años suspirando: alcanzar la gloria literaria aunque fuera con minúsculas. Pero para sorpresa mía renuncié a hacerlo no sólo con lo que ya había escrito, sino también con lo que tenía previsto escribir en el futuro pese a que el arca de la inspiración, siempre caprichosa y cicatera, se había abierto de par en par emborrachándome de ideas a cada cual más oportuna. Por razones que ahora me resultan difíciles de entender cada vez tenía más claro que los frutos de mi trabajo eran exclusivamente míos y, con una vehemencia que me dejó sorprendido, decidí que, por consiguiente, tan sólo yo tenía derecho a disfrutarlos.

A partir de entonces seguí adelante tejiendo una compleja trama que jamás hubiera creído ser capaz de pergeñar. Mi personaje, huelga decirlo, era un triunfador nato, pero no del modo tosco y vulgar que muchos tienen como modelo e incluso como inalcanzable ídolo, sino de una manera mucho más sutil capaz de conseguir todo lo que pretendiera sin herir sensibilidad alguna ni incitar envidias o resentimientos de ningún tipo. Al contrario, era un tipo que caía bien incluso a aquéllos con un carácter más hosco o más envidioso.

En realidad el único que le tenía envidia era yo, pero esto es algo que se me podrá disculpar ya que era su creador y no interactuaba con él; es más, como personaje literario que era, no podía ser consciente ni de mi existencia, ni del control omnímodo que sobre la suya ejercía. O al menos, ingenuo de mí, eso era lo que pensaba.

Supongo que conocerán uno de los recursos literarios que los escritores utilizan en ocasiones, el de enfrentar al autor con sus propios personajes convirtiéndose él mismo en uno de ellos, lo que da pie a todo tipo de diálogos e interacciones entre ellos tal como ocurre con los ventrílocuos y sus muñecos. ¿Desdoblamiento de personalidad? Es posible, pero éste no era mi caso, como tampoco lo busqué de manera deliberada puesto que no se trataba en modo alguno de mi intención. Pero, como es de sobra sabido, las obras literarias suelen acabar navegando por rumbos propios ajenos a los inicialmente imaginados por el autor.

En aras de la brevedad evitaré las disquisiciones innecesarias, y como tampoco buscaba, ni mucho menos esperaba lo que finalmente ocurrió, no merece la pena especular sobre ello. Simplemente, ocurrió.

Una tarde como muchas otras volvía de mi trabajo cuando, al entrar en casa, me encontré frente a un individuo plácidamente sentado en mi sillón favorito, saboreando una copa del que identifiqué como mi brandy favorito que guardaba para las ocasiones especiales. He de advertir que vivía solo, por lo que la presencia de un desconocido en mi domicilio tan sólo podía significar, en pura lógica, que se trataba de un intruso que había llegado allí sin mi conocimiento ni mucho menos mi permiso.

Lo primero que me pasó por la imaginación fue que se tratara de un ladrón, pero al instante lo reconsideré pensando que, de serlo, no se habría quedado a esperarme tranquilamente. Pero esto no explicaba su presencia, por lo que le espeté con un gesto mezcla de sorpresa y alarma:

-¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

El intruso me miró con sorna y respondió, fingiendo sorpresa:

-¿No me reconoces? Deberías hacerlo, puesto que fuiste tú quien me creaste.

Si una bomba hubiera estallado ante mí no me habría llevado mayor sorpresa. Porque, ahora que me fijaba en él, descubrí que sus facciones, su cuerpo, su semblante, su... todo se correspondían punto por punto con mi personaje.

-¿Es una broma? -logré balbucir apenas recuperado de mi asombro.

-En absoluto. Soy Tristán Valdés, tu escritor fetiche. Y te aseguro que soy real, como puedes comprobar -añadió al tiempo que acercaba la mano para que se la tocara.

Reaccioné saltando hacia atrás como si me hubiera atacado una cobra. Evidentemente no le creía, pero algo en mi interior me decía que, pese a toda lógica, a cualquier impostor le habría resultado imposible fingir semejante similitud con mi personaje. Pero la novela no había salido de mi ordenador y nadie había tenido la oportunidad de leerla, por lo que

¿cómo habría podido no sólo conocer su existencia ficticia, sino mimetizarse con él de una manera tan exacta? A no ser, claro está, que se hubiera apropiado de una copia de la novela; si había sido capaz de entrar con esa facilidad en mi casa, bien podría haberlo hecho con anterioridad.

En cualquier caso, y aunque no mediaran robo ni violencia algunos, se trataba de un allanamiento de morada.

-Te equivocas -insistió retirando la mano con gesto dolido-. Ni soy un farsante, ni mucho menos un ladrón. Y lo único que pretendo es charlar contigo.

-¿Cómo has entrado? -le espeté ignorando deliberadamente sus palabras, sin darme cuenta de que le tuteaba.

-No he forzado la puerta, ni ninguna de las ventanas, si es esto lo que te preocupa -fue su desconcertante respuesta-. Simplemente deseé estar aquí... y aquí me encontré. Así de sencillo.

-No me irás a decir que te materializaste tan sólo con pensarlo; eso estará muy bien en la ciencia ficción, pero no para la realidad.

-¡Ah la realidad! ¿Qué es la realidad? -se burló-. Para Platón la respuesta no era sencilla, ya que según él lo que nos parece real bien podrían ser unas simples sombras; para Calderón, tan sólo un sueño...

-¡Déjate de filosofías baratas y dime qué demonios haces aquí antes de salir por la puerta, por una ventana o teleportándote, como prefieras! -le interrumpí irritado.

Entonces me percaté de que seguía estando de pie en mi propia casa. Así pues me senté con toda la dignidad posible en el sillón enfrente al suyo, precisamente mi favorito.

Él no se inmutó por mi exabrupto: al contrario, pareció divertirse. Esbozando esa sonrisa cínica que tan bien conocía, puesto que la había creado yo, respondió con flema:

-Ya te lo he dicho, quería conocerte en persona.

-¡Tú no existes! -grité, sin percatarme de que estaba reconociendo tácitamente su presunta identidad-. ¡Yo te inventé! ¡Eres fruto exclusivo de mi imaginación!

-¿Eso crees? -me retó-. Pues yo me noto bastante sólido. Por cierto -añadió-. Volviendo a Platón, ¿te has parado a pensar que quizás lo que tú consideras realidad pudiera ser tan sólo una simple sombra? ¿Que tú fueras fruto exclusivo -repetió mis palabras una por una- de *mi* imaginación?

-¡Estás loco!

-No, no lo estoy, y te lo voy a demostrar. Yo soy un escritor famoso, lo sabes de sobra -ironizó-, y he tenido la suerte de alcanzar todas las metas que me propuse; pero no gracias a tu benevolente inspiración sino porque me lo gané por mis méritos, tuve suerte o probablemente ambas cosas a la vez, tampoco quiero pecar de vanidoso -añadió cínicamente.

Intenté interrumpir su perorata, pero no me fue posible; su habilidad dialéctica era otra de las *virtudes* con las que yo, incapaz de hablar en público sin verme invadido por el pánico escénico, le había generosamente dotado.

-A primera vista -continuó impertérrito- disfruto de todo lo necesario para poder considerarme un triunfador, incluyendo algunos detalles que por caballerosidad prefiero callar...

El muy sinvergüenza, por mucho que fingiera hipócritamente, sabía de sobra que yo conocía su habilidad para llevarse de calle a cuanta mujer interesante se le cruzara por el camino; no en vano la había imaginado yo, en contraposición a mis nulas aptitudes para el cortejo.

-Pero -completó la frase-, pese a todo me sentía un tanto desganado. Dicen que los genios, para poder sacar de dentro de sí todo de lo que son capaces, precisan de cierto grado de sufrimiento; yo no lo creo imprescindible, y más bien pienso que los que las pasaron canutas, pese a su talento, lo fueron por otras causas digamos circunstanciales; aunque no creo que sea necesario detenernos en ese detalle, que además expuse en mi libro *Crear o no crear, esa es la cuestión*. ¿Lo conoces?

¿Qué si lo conocía? Valiente elemento. ¿No lo iba a conocer, si lo había escrito yo? Aunque, al no poder publicarlo, este ensayo dormía el sueño de los justos en un rincón del disco duro del ordenador junto con el resto de mis obras. Pero que este fantasmón tuviera conocimiento de él, y que además tuviera la desfachatez de apropiárselo, no tuvo por menos que sorprenderme y alarmarme, ya que no se lo había dado a leer a nadie y ni siquiera mis amigos más cercanos sabían de su existencia. Pese a que a esas alturas seguía negándome a aceptar, por pura lógica, su presunta materialidad, me resultaba extremadamente preocupante que supiera tanto de mí, y tan íntimo además. ¿Quién demonios era en realidad?

Haciendo caso omiso de mi silencio -el dardo ya había sido lanzado y había dado en el blanco-, continuó:

-Así pues, decidí experimentar, literariamente por supuesto, con las facetas menos brillantes de la vida. Pero yo quería ser original, así que nada de recurrir a personajes torturados como Hamlet, locos como Don Quijote, heroicos como Edmundo Dantés o desdichados como Jean Valjean; buscaba alguien corriente, uno de tantos que ven discurrir

su vida sumidos en la mediocridad pese a no carecer de talento; alguien que, de haber tenido más suerte o -enfaticó- más redaños, podría haber alcanzado aquello que anhelaba y se le escapó de las manos. En definitiva, tú -concluyó con brutalidad.

Fue entonces cuando exploté, harto de su arrogancia.

-Sigo sin crearme toda esa sarta de embustes, pero lo que no estoy dispuesto a consentir en modo alguno es que me insultes de esa manera en mi propia casa. Ahí tienes la puerta -exclamé indignado levantándome y señalándole con la mano la salida.

El intruso acusó el golpe, pero -otra de mis *gentilezas*- supo encajarlo con más aplomo del que me hubiera gustado.

-¡Por favor! -rogó fingiendo contrición-. Te pido que me disculpes si te he ofendido, te aseguro que ésta no era mi intención. Lo único que pretendía, y lamento infinito no haberme sabido explicar, era dejar clara la situación en la que nos encontramos para que, a partir de ahí, podamos abordar la forma de resolverla de una manera satisfactoria para ambos. No pretendo molestarte ni interrumpirte más de lo necesario, pero es importante que hablemos.

-Tú dirás -respondí sulfurado al tiempo que me volvía a sentar, más tieso que un palo, en el borde del sillón-. Y espero que lo que te quede por decir resulte más coherente que lo anterior si no quieres que te eche a patadas. Desembucha.

-Bien... -aceptó azorado, y ahora sabía que no fingía-. Puedes crearme que esto me resulta tan difícil como a ti. Al principio pensaba igual que tú pero a la inversa, hasta que descubrí que éramos el equivalente, si me permites el símil, a dos siameses unidos firmemente el uno al otro. Lo que yo pretendo -suspiró- no es más que intentar separarnos para que cada uno de nosotros pueda llevar una vida independientemente del otro.

Viendo mi gesto mitad de incredulidad, mitad de desconfianza, añadió:

-¿Te gustan los dibujos de Escher? Bueno -se corrigió-, era una pregunta retórica; sé de sobra que sí, es una afición que también compartimos. Uno de mis favoritos, y supongo que también de los tuyos, es el titulado *Manos dibujando*; ya sabes, ése tan conocido en el que dos manos surgen del papel dibujándose mutuamente. Toda una alegoría, sin duda, de lo que nos está ocurriendo a nosotros.

-¿Sugieres acaso que...? -me interrumpí. Comenzaba a sospechar lo que pretendía decirme, y era algo que no me agradaba en absoluto.

-Así es -respondió él recuperando el aplomo al tiempo que se relajaba-. Tú y yo somos metafóricamente esas dos manos, rivales y a la fuerza inseparables, puesto que sin una no



podría existir la otra; sólo que, en lugar de dibujarnos, nos hemos estado creando mutuamente a través de nuestras novelas, la tuya y las mías.

-¡No puede ser! ¡Eso es imposible!-exclamé al tiempo que un escalofrío me recorría todo el cuerpo, ya que en el fondo temía con todas mis fuerzas que no lo fuera.

-Irracional o ilógico sí, lo reconozco -él había recuperado la copa, hasta entonces abandonada sobre la mesita, y tomaba un cauto sorbo-. Pero imposible no, como lo demuestra que estemos sentados uno frente al otro. Y te aseguro que mi sorpresa no es menor que la tuya; tampoco es para mí un plato de gusto encontrarme frente a mi criatura literaria.

Iba a protestar por ser tildado de *criatura* cuando él me calmó con un gesto conciliatorio.

-Recapacita. Tu... *criatura literaria* -ironizó-, es decir, yo dormía el sueño de los justos ya que no sólo no intentaste publicar la novela, sino que ni siquiera nadie, excepto tú, sabía de su existencia. Y de repente aparezco convertido en su materialización tangible y, según todos los indicios, real. ¿Te parece normal?

Ante mi mudo asentimiento, continuó:

-Más difícil lo tuve yo, ya que tus aventuras literarias alcanzaron tiradas de muchos miles de ejemplares... cada volumen, puesto que te di vida una docena de veces, y probablemente habrían sido más de no haberme dado cuenta de que me había convertido en algo así como un muñidor de vidas ajenas, algo que te puedo asegurar no me satisfacía en absoluto. Y si estoy aquí, es para que intentemos acabar con esta desagradable situación de la mejor manera posible para ambos.

-Un momento -estaba tan aturullado que me costaba seguir el hilo de sus argumentos-. Asumiendo que lo que dices, contra toda lógica, fuera cierto, no acabo de entender como es posible que podamos interactuar como lo estamos haciendo. Sin olvidar -remaché- que has sido tú el que ha venido a mí, y no al contrario.

-Me estás preguntando, supongo -suspiró apurando la copa y depositándola con cuidado en la mesita-, como he conseguido aparecer aquí... y si te he de ser sincero, tengo que reconocer que no lo sé a ciencia cierta, aunque sí tengo ciertas sospechas de como pudo ocurrir. Es una lástima que entre mis aficiones no incluyeras la ciencia ficción, porque me habría facilitado bastante las cosas; en cualquier caso, si esto te sirve de respuesta, sí he logrado pergeñar una teoría que, aunque endeble, es la única que aporta algo de luz sobre ello.

Bien, mi alter ego Tristán había conseguido romper el hielo o, por lo menos, trocar mi hostilidad inicial por una razonable curiosidad. Y, puesto que ya estábamos metidos en

harina, pensé que lo mejor sería seguir adelante. Así pues me adelanté, cogí del aparador otra copa y vertí una generosa ración de brandy en ambas que aceptó satisfecho. Una vez ambos hubimos bebido convirtiendo este acto en una ceremonia tácita de apaciguamiento, le invité a que me explicara lo que sabía o creía saber, puesto que yo seguía estando tan en tinieblas como al principio pese a que mi férreo racionalismo había comenzado a agrietarse amenazando con desmoronarse.

-Intentaré ser conciso -explicó-, aunque te ruego que no te des por aludido ni consideres mis comentarios despectivos o denigrantes; hasta hace poco yo pensaba, al igual que tú, que eras un simple fruto de mi imaginación, y no una persona real. Pero iré al grano. Tú te limitaste a inventarme en un único libro que además no hiciste la menor intención de dar a conocer, pero mi situación contigo fue distinta. Y si bien disfruté escribiendo el primer libro y cuando me empezaron a llegar los derechos de autor me alegré todavía más, no ocurrió lo mismo con los siguientes.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de brandy y continuó:

-Dicen que segundas partes no son buenas, y aunque esto no siempre es cierto, sí se suele cumplir en bastantes ocasiones; y si no en ésta, sí en la tercera, en la cuarta--- por lo que es todo un arte saber para a tiempo. Por fortuna yo logré mantener el nivel con las sucesivas entregas de tu vida, o al menos eso decían mis editores, y las cifras de ventas lo justificaban plenamente. No fue ése, pues, el problema, pero éste surgió por donde menos lo esperaba.

»Supongo que conocerás la historia de amor-odio que se desarrolló entre Arthur Conan Doyle y su personaje emblemático, Sherlock Holmes; pese a que las aventuras de este excéntrico detective le proporcionaron riquezas y fama, Conan Doyle acabó tan harto de su criatura que optó por asesinarlo en *El problema final* haciéndole despeñarse, junto con su mortal enemigo Moriarty, por las cataratas de Reichenbach. Con lo que no contaba fue con que la reacción de sus lectores, y supongo que también las presiones de su editor, le obligaron a resucitarlo diez años más tarde sin molestarse en justificar su inexplicable retorno a la vida tras el minucioso y aparentemente irreversible final que le había deparado; algo que, por cierto, no pareció preocupar demasiado a sus lectores. Y no se trata de un caso único de escritores que acaban desplazados por sus personajes, algunos incluso olvidados por todos o casi todos mientras sus hijos literarios gozan de plena popularidad; algo similar, por cierto, a lo que les ocurrió a actores como Bela Lugosi, Boris Karloff, Johnny Weissmuller o Anthony Perkins, devorados por personajes tan icónicos como Drácula, Frankenstein, Tarzán o Norman Bates.

-¿Acaso insinúas... -pregunté perplejo.

-Algo de eso hubo, no lo niego. Pero en realidad lo que me desbordó y me agotó fue mi empeño en que cada nuevo libro no fuera un simple remedo de los anteriores ni mucho

menos una chapuza para seguir explotando el filón; nada me obligaba a ello puesto que, como es sabido, una vez que has logrado hacerte con el público es posible venderle hasta la guía telefónica con tal que vaya firmada con tu nombre -sonrió cínicamente-. Y por supuesto, desde que mi editorial fue absorbida, o mejor dicho, fagocitada por una de esas grandes corporaciones que más que editar se dedican a fabricar libros como si fueran rosquillas, huelga decir que con mantener las cifras de ventas se conformaban; ¿quieres creer que llegaron a ofrecerme la ayuda de *negros*?

-Eso no estaba en mi libro... -le interrumpí sorprendido.

-Por supuesto que no, en ninguna creación literaria aparecen la totalidad de los detalles de la vida de su protagonista, y menos todavía en un único ejemplar; contigo me pasaba lo mismo, aunque el conjunto de los doce tomos lo haga más completo. Pero no nos desviemos del tema. Yo quería, y reconozco que también te debo esta autoexigencia, que cada nueva entrega de tu vida mantuviera cuanto menos el mismo nivel de las anteriores y, si fuera posible, que lo rebasara; lo cual, como es fácil de suponer, cada vez me resultaba más difícil.

»Así pues, llegó un momento en el que consideré la conveniencia de darte carpetazo e incluso de renunciar a mi condición de escritor profesional; tengo dinero de sobra para vivir holgadamente lo que me queda de vida, y el menoscabo de mi vida privada a causa de las exigencias de mi trabajo me parecía una losa cuyo peso no merecía la pena cargar. Seguiría escribiendo, por supuesto, pero ya por pura satisfacción personal tal como vienes haciendo tú. ¿Sabes que al encontrarme en esta disyuntiva llegué incluso a enviarte?

-Salvo que tú no estarías esclavizado por un trabajo alienante para sobrevivir de una manera mínimamente digna -rezongué molesto-. Pero sí, te entiendo. A mí me pasaría lo mismo. Ser un escritor sin lectores es frustrante, pero estar esclavizado por éstos puede llegar a ser mucho peor.

-Qué razón tienes -suspiró abatido-. Pero dejémonos de lamentaciones. Tal como te decía pasaba por un momento de decaimiento, sin saber qué hacer contigo y con la inspiración en huelga de ideas caídas. Nunca me había pasado esto, al menos con tal intensidad, y no sabía como afrontarlo. Nada de lo que se me ocurría me satisfacía, lo que reforzaba la tentación de dar carpetazo al asunto... incluso llegué a pensar en matarte al estilo de Conan Doyle; no te alarmes, todavía no era consciente de tu corporeidad, pero estimé, creo que con buen criterio, que no había necesidad alguna de una solución tan drástica, y que si te daba carpetazo debería serlo dejando una puerta trasera para una posible vuelta. Incluso podía hacer que te tocara la lotería o que te fueras a vivir al campo, qué se yo, dándote al fin el buen trato que te merecías.

-Sí, como Carpanta, que muy de vez en cuando conseguía comerse un pollo asado. -remaché sin pretensiones de ser sarcástico.

-Me alegra que lo tomes con sentido del humor. Ojalá lo hubiera tenido yo entonces. Pese a todo, cada vez me hundía más en la frustración. Y un día, después de haber trasegado casi media botella de este delicioso néctar -aproveché la alusión para echarse al colete un generoso trago-, algo que no suelo hacer habitualmente puesto que nada se consigue embriagándote, comencé a divagar imaginando argumentos chuscos, cuando no decididamente surrealistas, para tus hipotéticas futuras aventuras. No te asustes, no me lo planteaba en serio, interprétalo como una inocente e inocua venganza contra quienes me presionaban para que escribiera más y más.

-¿Qué perrerías se te ocurrieron para martirizarme? -le pregunté al tiempo que me reía.

-¡Oh!, no tiene importancia, y además apenas si me acuerdo de ellas. Eran... tonterías que se desvanecían en la nada apenas esbozadas; excepto una, que fue la responsable de que ahora esté hablando contigo.

-Vaya, has conseguido intrigarme -reconocí.

-No te hagas demasiadas ilusiones -enfrió mi entusiasmo-. Pese a lo que puedas creer apenas consigo entender lo ocurrido, y ni siquiera me es posible estar seguro de ello. Lo que se me ocurrió tampoco tenía demasiado de original; que un autor se reúna con su personaje y pueda hablar con él de tú a tú es un tópico relativamente frecuente en la literatura.

-Frecuente... y falso -sentenció-. Es un recurso hábil y efectista, no lo discuto, pero nadie en su sano juicio se lo podría tomar en serio, salvo en clave de parodia.

-Eso pensaba yo... pero de repente, sin saber como, tras desearlo aparecí aquí; sabía que era tu casa, puesto que la había descrito más de una vez en mis novelas. Y no fue fruto de una alucinación, como creí en un principio, sino de una presencia real y tangible tal como pude comprobar fisgando por toda ella.

-Fue entonces cuando llegué yo y me tope contigo sentado en mi sillón favorito y bebiéndote mi brandy favorito... -repuse con sorna.

-No, esto ocurrió hace algún tiempo. Dio la casualidad de que hice el tránsito cuando tú estabas ausente, pero como es fácil suponer me encontraba desconcertado y francamente asustado. Así pues de forma involuntaria deseé inmediatamente salir de allí... encontrándome de vuelta a mi despacho. En un principio pensé que todo había sido una alucinación fruto quizás de la excesiva ingestión etílica, por lo que decidí olvidarme de ello. Pero al día siguiente, después de una noche en blanco dándole vueltas, decidí ingenuamente probar de nuevo, aunque como puedes imaginar no tenía ni la más remota idea de como hacerlo; como daba por supuesto que no ocurriría nada, ésta sería la mejor manera de olvidarme de ello. Eso sí evitando ayudas espirituosas, por si acaso.

-Y lo volviste a intentar.

-Eso hice. Y para mi sorpresa, volví a aparecer aquí de nuevo. En esta ocasión ya estaba relativamente preparado, y consciente de tus costumbres había elegido una hora en la que sabía que estarías en el trabajo, por lo cual dispondría de tiempo de sobra para husmear por la casa sin riesgo de ser descubierto; olvidaba decirte que, tal como había podido comprobar, el tiempo de aquí y el de allá están sincronizados cronológicamente.

-Hablas como si procedieras de algún lugar distinto...

-Así es, pero no nos adelantemos; ya te lo explicaré en su momento. Como te decía, esta vez sí me dediqué a recorrer la casa, descubriendo estupefacto que se correspondía hasta el último detalle con las descripciones que de ella había hecho en las distintas novelas de las que eras protagonista; hasta encontré esa corbata de animalitos que tan escondida guardabas en el fondo de un cajón del armario, la cual no te has puesto jamás pero conservas por tratarse del recuerdo de una fallida relación amorosa... ¿cómo se llamaba, Inés?

Le fulminé con la mirada lamentando de no tener un objeto contundente a mano.

-Y lo dices con total desfachatez... -reproché con dureza-. ¿Has oído hablar por casualidad del respeto a la intimidad y de las leyes de protección de datos?

-Hombre, ponte en mi lugar -se disculpó-; según todos los indicios no se trataba de la vivienda de alguien extraño sino de la de mi personaje literario, milimétricamente reproducida hasta el último detalle. La tentación era demasiado fuerte, lo reconozco, pero supongo que en mi caso tú habrías hecho lo mismo.

-Está bien -rezongué-. Dejemos este detalle, aunque doy por hecho que cotilleaste a conciencia.

-No tanto; tan sólo pretendía asegurarme de que, contra toda lógica, me encontraba realmente aquí y no en cualquier otro lugar. Pero entonces me fijé en el ordenador.

-Me puedo imaginar lo que ocurrió -le interrumpí mordaz.

-Efectivamente. Lo encendí, me puse a curiosear por el disco duro y allí me encontré con la sorpresa de topar con la novela en la que se describía mi vida, cuya existencia mantenías en secreto y obviamente yo desconocía por completo. Ya no se trataba de un hecho inverosímil, sino de dos indisolublemente entrelazados.

-¡Bingo! ¿Y la leíste de cabo a rabo?

-En es momento no; tenía miedo de que aparecieras en cualquier momento. Además, era demasiado larga. Me limité a ojearla por encima, pero una vez que hube comprobado su

naturaleza decidí volver a casa para coger una memoria USB en la que poder copiarla; no me atreví a usar uno de los tuyos por si lo echabas en falta. Lo hice al día siguiente, hace ahora unas tres semanas; el tiempo que tardé en leerla primero y en asimilarla después.

-¿Y te gustó?

-Me sorprendió -explicó haciendo caso omiso de mi sarcasmo-. Me encontraba frente al mismo fenómeno, duplicado pero inverso; ahora también resultaba ser yo el fruto literario tuyo, aunque pude apreciar que el nivel de detalle descriptivo era menor, probablemente debido a que se trataba de una única novela en lugar de una docena. Pero para el caso era irrelevante.

Se sirvió lo que quedaba en la botella y, viendo mi gesto contrito -eran bastante caras-, prometió:

-No te preocupes, en casa tengo muchas. La próxima vez que venga te traeré unas cuantas.

-De tus palabras deduzco que en esta ocasión la visita es deliberada, ya que al parecer me estabas esperando... -ahora fui yo quien ignoró la pulla.

-En efecto. Si he de ser sincero, tengo que reconocer que todo este cúmulo de... -vaciló buscando la palabra precisa- hechos sorprendentes, y todavía más la lectura de mi *vida*, me produjeron una profunda perplejidad, así como la constatación del hecho de que podía viajar a mi antojo de mi mundo al tuyo tan sólo con proponérmelo; aunque únicamente aquí, pude comprobar que, por más que intentara llegar a cualquier lugar exterior a tu vivienda, todos mis esfuerzos resultaban infructuosos. Al parecer nuestras respectivas residencias deben de estar unidas por un lazo capaz de burlar todas las leyes de la física y de la lógica, quizás porque es donde se centran con más intensidad nuestras respectivas descripciones.

-¿Podría hacer yo el salto inverso?

-Supongo que sí -respondió encogiéndose de hombros-; aunque al no estar tan involucrado en mi vida como yo lo estoy en la tuya desconozco si resultaría. Sería cuestión de intentarlo; pero no ahora, puesto que mucho me temo que nos enfrentamos a una situación potencialmente peligrosa que deberíamos resolver lo antes posible de mutuo acuerdo.

-¿Cuál? -mi sorpresa era genuina-. Ni siquiera me has explicado cual es la interpretación que haces del fenómeno, si es que no se trata de una simple tomadura de pelo... o algo peor.

Seguía resistiéndome, aunque cada vez más débilmente, a aceptar lo que en cualquier caso resultaba indiscutible, por muy estrambótico que pudiera parecer. Pero él siguió sin inmutarse.

-Comprendo tus dudas y tus recelos -suspiró-. Y te aseguro que las comparto, o las compartía hasta hace poco. Pero intentaré despejarlos, al menos hasta donde me resulte posible. Eres aficionado a la ciencia ficción, ¿verdad?

La pregunta me pilló por sorpresa. Sí, lo era, e incluso había hecho mis pinitos como escritor en ella, por supuesto sin resultados. Pero, ¿a qué venía eso? Además, cabía suponer que él también estuviera enterado de eso.

-Tienes razón -concedió adivinando mis pensamientos-. Era una pregunta retórica, ya que yo te hice así al tratarse de un género que en nuestro país nunca ha dejado de ser marginal. Lamentablemente tú no hiciste lo propio conmigo, lo cual me supuso un inconveniente a la hora de intentar ordenar el rompecabezas... pero no importa, aunque me costó algo más de trabajo tú fuiste precisamente quien me dio la pista.

-¿Yo?

-Sí, tú, quizás no de una manera directa, pero sí encaminándome hacia uno de los tópicos habituales en ella, concretamente el de los universos paralelos.

Mi gesto de estupor debió de ser un poema, a juzgar por la carcajada que me soltó. Ciertamente, los engranajes de mi mente habían comenzado a rodar, e incluso encontraron cierta similitud entre el lío en el que me hallaba metido y algunos argumentos de novelas o relatos de ciencia ficción que había leído, incluyendo alguno escrito por mí. Pero lo que quedaba bien como ejercicio literario o de ingenio, era difícil de tragar considerándolo algo real, a no ser que fueras uno de esos patéticos frikis obsesionados por el magufismo. Y yo, huelga decirlo, no lo era.

-¿Estás insinuando que...?

-Sí, hombre, lo clavaste en tu relato *El insondable infinito*; incluso la referencia a *El libro de arena*, de Borges, no pudo estar más acertada.

Al parecer el fulano no se había limitado a fisgar en la novela, sino que saqueó a conciencia mi disco duro; pero a estas alturas era algo que no tenía demasiada importancia, y no ganaría nada pidiéndole explicaciones.

-¿*El insondable infinito*? -titubeé-. Me suena el título, pero debe de tratarse de un cuento antiguo; no recuerdo su argumento.

-Jugabas con el concepto matemático de infinito, postulando la existencia de infinitos universos paralelos en alguno de los cuales siempre sería posible encontrar cualquier situación que se pudiera imaginar, incluso la más insólita... tanto me gustó que se me quedó grabada la frase de presentación, que era si no me equivoco -recitó de memoria- la siguiente:

*“Hay un universo mágico en el que todo, hasta lo imposible, puede ser realidad. Son los dominios del infinito, inabordable concepto que no tiene principio y tampoco tiene fin, pero sin embargo existe”.*

-Ahora que lo dices... supongo que tú lo debes de tener más fresco que yo -camuflé mi desconocimiento tras una nada sutil crítica a su espionaje.

-Supongo que sí -corroboró risueño-. Y al final dabas por hecho que el científico con el que dialoga el narrador acababa marchándose a un mundo paralelo descubierto por él en el que podría resarcirse de la insatisfacción que le producía el nuestro, hurtando a la humanidad el conocimiento de su hallazgo para evitar que ésta pudiera hacer un mal uso del mismo.

-¿Insinúas acaso...?

-Hasta donde puedo razonar sin volverme loco, me parece la única explicación válida. Tú y yo pertenecemos a dos universos paralelos donde aparentemente todo es igual, aunque esto es algo que debería comprobarse con más detenimiento, salvo en un detalle: en cada uno de ellos tan sólo uno de nosotros tiene existencia real, siendo el otro fruto de su imaginación literaria y viceversa.

-Me parece una reflexión acertada -concedí-. Pero encuentro en ella dos posibles inconvenientes que, mucho me temo, son capaces de arruinarla.

Y, sin darle tiempo a responder, añadí:

-En primer lugar, es una cuestión de probabilidades tal como acertadamente explicaba Borges: ante una infinitud de opciones, la probabilidad de encontrar una concreta de ellas es el inverso matemático de infinito, es decir, cero. No estamos hablando de un premio de lotería, difícil pero en el fondo finito.

-¿Y el segundo?



-Es obvio -en esta ocasión fui yo quien sonrió-. ¿De qué nos sirve, a efectos prácticos, que existan esos infinitos universos paralelos si resulta evidente que todos ellos son estancos entre sí? Podría aceptar la teoría de que el personaje literario creado por un escritor pueda corresponderse con un ser real en otro... o con muchos, puesto que el endiablado concepto de infinito implica que cualquier subconjunto suyo sea asimismo infinito, por lo que también nos encontraríamos con la situación inversa. Pero al no existir interacción entre ellos, nunca podríamos pasar de uno a otro, permaneciendo tú en el tuyo y yo en el mío.

-¿Estás insinuando que te miento? -preguntó con frialdad, añadiendo a continuación:- No te lo reprocho; yo en tu lugar pensaría lo mismo. Pero te puedo demostrar que no es así. Espera un momento.

Dicho lo cual se puso en pie, depositó cuidadosamente la copa en la mesita y... se desvaneció.

Mi sorpresa, por no decir mi pasmo, tan sólo duró unos segundos; era patente que tenía preparado el numerito. Antes de que pudiera reaccionar ya estaba de vuelta, trayendo en las manos dos objetos: una botella de *mi* brandy y un libro.

-Aquí tienes la prueba -saludó sonriendo de oreja a oreja-. Y para que no me tomes por un gorrón, he traído también esta botellita para celebrarlo. ¿Quieres una copa?

Ante mi negativa la dejó junto a su copa y, con gesto teatral, me tendió el libro. Confuso, lo cogí torpemente leyendo en la portada ¡si hasta el personaje dibujado en ella parecía yo! un título en el que figuraba mi nombre junto con un calificativo poco elogioso.

-Me tienes que perdonar -se disculpó turbado al ver que contraía el entrecejo- si no estuve acertado al elegir el adjetivo, pero entonces no era consciente de que existías en realidad...

-No importa -mascullé mientras lo ojeaba-. Al fin y al cabo es cierto.

Lo que no me había librado de quedar en ridículo delante de ¿cuántos lectores? El pie de imprenta indicaba que el libro de marras, el primero de la serie, iba por la vigésimo segunda edición. Y, leyendo párrafos al azar, se dispararon todas las dudas que me pudieran quedar: era yo.

-¿Convencido? -su tono de voz era de todo menos burlón-. Si quieres, te puedo traer las otras once novelas...

-No, no hace falta. Estoy convencido -musité con un hilo de voz-. Pero...

-¿Pero qué?

-Antes hablaste de una situación potencialmente peligrosa...

-Y podría serlo, al menos si seguimos obrando por separado. De ahí mi interés en reunirme contigo. Sólo poniéndonos de acuerdo podríamos evitarlo.

-Pues tú dirás -concedí a regañadientes mientras nos volvíamos a sentar; hice ademán de devolverme el libro, pero lo rechazó.

-Quédatelo, es para ti; tengo muchos más -soltó una risita-. Quizás demasiados.

Acomodándose en el sillón, Tristán comenzó sus explicaciones.

-Desde el inicio de la literatura escrita, y probablemente también cuando ésta era se transmitía por tradición oral, los creadores acostumbraron a jugar con sus personajes como si fueran dioses... y de hecho lo eran, puesto que disponían de sus vidas y de sus muertes a su libre albedrío aunque, claro está, no eran, no podían ser, conscientes de ello; como tampoco lo éramos ni tú ni yo.

-¿Quieres decir que, cuando Cervantes hizo enloquecer a Don Quijote realmente estaba ocurriendo así, en un universo paralelo, a un hidalgo castellano ávido lector de novelas de caballerías?

-Y cuando Aquiles mata a Héctor en la Ilíada, cuando Romeo y Julieta son víctimas de su amor imposible, cuando Ana Karenina se suicida, cuando Margarita Gautier fallece víctima de la tuberculosis... los ejemplos son literalmente infinitos.

-Según este planteamiento, cada uno de nosotros podría ser víctima de los caprichos de un escritor de otro universo... -callé bruscamente mientras un escalofrío me recorría el cuerpo.

-Exacto, mi querido amigo. Y aquí no vale prevención alguna; si a algún ignoto demiurgo se le ocurre hacerte una perrería *ad maiorem eius gloriam*, no te salvarían ni las Parcas. Porque, como has tenido ocasión de comprobar, el efecto es inmediato. Por fortuna -añadió-, o por un insólito azar, nuestras respectivas influencias resultaron estar entrelazadas. Si mis teorías son ciertas se trata de algo excepcional; pero en un entorno infinito todo, hasta lo imposible, puede convertirse en realidad -remedó mi frase-, gracias a lo cual podemos estar aquí intercambiando opiniones y, al menos éste es mi deseo, trazando un plan común que nos ponga a salvo de posibles... tropiezos.

-¿Te refieres a un pacto mutuo de... no maltrato? -musité al fin. Y ante su mudo asentimiento, añadí-. Por supuesto. Pero lo que sigo sin entender, aun admitiendo estas influencias, es la interconexión entre nuestros respectivos universos, o al menos que tú puedas saltar de uno a otro a tu antojo.

-Otro misterio más -sonrió con tristeza-. Pero el hecho es que resulta posible, tal como hemos podido comprobar. No obstante, tiendo a creer que se trate asimismo de otra singularidad, posiblemente vinculada a la anterior; pero resulta imposible ir más allá en su análisis, para ello haría falta desarrollar una teoría completa sobre el multiverso, y posiblemente tampoco sería suficiente de tratarse de algo excepcional con una probabilidad virtualmente nula y no de una propiedad intrínseca suya; sinceramente no me imagino a Don Quijote escribiendo la vida de Cervantes, aunque nunca se sabe. En cualquier caso -añadió-, tampoco es necesario interpretarlo, nos basta con conocerlo lo suficiente para que podamos adoptar las precauciones necesarias que nos permitan evitar riesgos. No creo que esto sea suficiente, pero al menos evitará que, pongo por caso, a cualquiera de nosotros le dé por hacerle la vida imposible al otro.

-Estoy de acuerdo, pero ¿cómo lo hacemos? Aparte de que -sonreí torvamente-, también podríamos aprovecharnos de las circunstancias para *mejorarnos* un poquito... al menos yo, ya que tú no lo necesitas tanto.

-No es mala idea -reconoció-, pero quizás resulte arriesgado. Sí, en mi próximo libro yo podría hacer que te fueran mejor las cosas y dejaras de ser, con perdón, un pringado; aunque al no conocer lo suficiente los lazos que nos vinculan correríamos el riesgo de convertirnos en aprendices de brujo, con unas consecuencias previsiblemente peores. ¿Merecería la pena arriesgarse?

-Posiblemente no -reconoció frustrado-. Para empezar, es probable que tus editores rechazaran una novela en la que me dieras la vuelta como un calcetín; si en su día Escobar hubiera convertido a Carpanta -volví de nuevo al ejemplo- en un personaje acomodado y bien alimentado, lo más seguro es que habría supuesto su desaparición inmediata. Por cierto, ¿existió en tu universo?

-Sí, yo también lo leí de crío, aunque no era de mis favoritos. Prefería los personajes de Ibáñez y Vázquez.

Y se echó a reír. Ante mi sorpresa, explicó:

-Llevamos un buen rato debatiendo sobre personajes literarios *serios* -recalcó el adjetivo-; y de repente me he imaginado unos universos en los que los personajes de tebeo pudieran tener existencia real: Carpanta, Mortadelo y Filemón, el Capitán Trueno, Tintín, Astérix, Flash Gordon... o bien los protagonistas de los cuentos infantiles como Blancanieves, los Tres Cerditos, Cenicienta...

También reí yo.

-Estamos hablando de posibilidades infinitas, ¿no?

-Volvamos al grano -propuso Tristán recobrando la seriedad-. Y sí, tienes razón, es posible que me la rechazaran, aunque eso es algo que no me importaría demasiado; ya te dije que estaba cansado de... -se interrumpió- seguir describiendo tu vida. Sí, podría escribirla y guardarla en el disco duro; daría resultado como te dio a ti conmigo, siempre y cuando diera por cerrada definitivamente la serie sin imitar a Conan Doyle, sino dejándote en paz. Y la verdad es que me agrada la idea, pero tengo miedo de que...

-Déjalo -sonreí forzado-. Como bien acabas de decir, es preferible no tentar a la suerte; al fin y al cabo la aurea mediocritas que me asignaste tampoco está tan mal, y ya me he acostumbrado a ella. Lo que temo es que al dejar de *escribirme* esto pudiera suponer mi final... físico.

-No creo -reflexionó acariciándose la perilla-. Tú únicamente escribiste una novela sobre mí que además quedó inédita, pero fue suficiente para que yo *viviera* sin que su falta de continuidad me afectara en absoluto. En pura lógica a ti te pasaría igual si yo no escribiera más, algo que estoy dispuesto a hacer. Como ves, lo tienes más fácil que yo.

-Eso parece... -vacilé-. Pero sigo si verlo claro. Y esto te afecta a ti.

-¿Cómo? -se sobresaltó.

-Imagina que se perdiera alguno de tus libros; de hecho, dadas sus tiradas, más de uno habrá acabado ya en la basura o convertido en pulpa de papel. Pero siempre quedarán muchos, los suficientes para asegurar mi... *existencia*. Sin embargo, de tu *vida* tan sólo existe un único ejemplar; bueno, dos para ser exactos, puesto que guardo una copia de seguridad de todos los ficheros. Tres, si contamos también la que hiciste tú, aunque no tenemos manera de saber si sería efectiva desde *allí*. ¿Qué ocurriría si desaparecieran? ¿Desaparecerías también tú?

-Una buena pregunta -rezongó- para la que no tengo respuesta. Por cierto -exclamó de súbito-, ¿has intentado publicarla? ¡Ah, ya recuerdo! Me dijiste que no.

Afirmé con la cabeza, repentinamente avergonzado.

-Podrías intentarlo... sí, ya sé que todos los intentos de publicar tus relatos se saldaron en fracasos; no lo voy a saber, si fue por culpa mía. Pero nunca probaste con la novela, ni yo escribí al respecto puesto que desconocía su existencia. Además -añadió en tono pícaro-, yo podría echarle una mano... y también echármela a mí, aunque eso supondría escribir una nueva entrega en la que haría publicar la tuya cerrando el círculo. Así nos ayudaríamos mutuamente... como -rió- las famosas manos de Escher.

-Convinimos en que cualquier intervención podría suponer un riesgo -objeté, pese a que sus palabras me sonaban a música celestial.

-Es cierto, pero entre dos riesgos habrá que optar por el menor de ellos; no me agrada en absoluto la otra alternativa, y el peligro de que se perdiera para siempre el original de tu novela, máxime teniendo en cuenta que estás soltero y no tienes hijos, es lo suficientemente preocupante como para intentarlo. ¿Estás de acuerdo?

Por supuesto que lo estaba; ¡faltaría más! Lo demás resultó sencillo. Convinimos que Tristán escribiría su décimo tercera y última novela convirtiéndome en un escritor de relativo -tampoco era cuestión de abusar, por si acaso- éxito, lo suficiente para que pudiera publicar la mía, ganar un dinerito que no me vendría mal y, quizás, potenciar de forma tardía mi arruinada carrera literaria; aunque eso sería ya tarea mía, porque él tenía decidido colgar definitivamente la pluma.

Y por supuesto le garantizaría también su supervivencia, al menos durante tiempo suficiente para que el inflexible reloj de la biología marcara su hora final... y la mía. Como yo tampoco tenía la menor intención de añadir una sola letra a mi novela, tampoco le afectaría a él el desarrollo futuro de mi carrera literaria. Aunque no estábamos seguros de ello -en realidad no lo estábamos de nada-, suponíamos que, una vez desaparecidas las influencias mutuas, la vida de cada uno de nosotros tan sólo dependería de nuestros respectivos libres albedríos.

Nos despedimos, ya como amigos, prometiéndonos mantener nuestra peculiar relación, promesa que como, cabe suponer, fuimos olvidando poco a poco. Y yo tampoco llegué a visitarle -ni siquiera lo intenté- *allí*.

Lo importante fue que nuestro plan se desarrolló tal como deseábamos, por lo cual ambos quedamos satisfechos por haber logrado salvar con éxito tan desusado embrollo.

Pero ahora... una nueva duda se ha agazapado de tal modo en mi mente que vuelvo a tener miedo. Un miedo que prefiero no transmitir a mi *otra mano*, ya que ninguna seguridad tengo de que mi temor pueda ser real, por lo que es preferible no asustarlo y beber en solitario del amargo cáliz del temor.

Porque, releendo a Borges tiempo después, di con estos preocupantes versos:

*“Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.*

*¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?”*